

Fundamentos Económicos y Sociales de la Independencia de 1821

Por

Alfredo A. Castellero Calvo



I. EL FUNDAMENTO ECONOMICO

Ruptura del equilibrio económico colonial

Harto es conocido que desde que Balboa divisó las aguas del Mar del Sur y reveló por primera vez al mundo occidental la existencia de un nuevo continente, el Istmo fue casi sin interrupción, hasta la primera mitad del siglo XVIII, el lugar de tránsito forzado entre España y sus colonias de Ultramar. El acarreo entre ambos océanos fue desde el principio asunto de gran interés para la Corona española. La idea de la construcción de una vía practicable a través del Istmo, partiendo de Santa María del Darién hasta el Golfo de San Miguel, se originó con el propósito de facilitar la explotación del comercio de especias con las islas del Extremo Oriente. Pero el codiciado comercio de las Molucas jamás se llevó a efecto, y Carlos V vendió en 1529 a los portugueses por dinero constante y sonante sus presuntos derechos sobre las islas. No fue sino con la apertura de las minas argentíferas del Potosí en 1545 y de la concentración del tráfico suramericano en los galeones anuales, cuando el camino ístmico se transformó en vínculo esencialísimo para el sistema de transporte entre España y el Perú, y en punto de mira para los piratas y bucaneros de las Indias Occidentales. (1).

(1) Véase HARING, C. H.: Comercio y Navegación entre España y las Indias, en la época de los Hapsburgos. Desclée, París, Brujas, 1939, págs. 205 ss.

La etapa de expansión ecomercial iniciada entonces transformó profundamente el espíritu y la existencia de la sociedad istmeña. Mientras en el Pacífico, Panamá se convertía en vehículo de poderoso tráfico, multiplicándose poblaciones, puertos y factorías a lo largo de sus costas e islas; en el Atlántico, a partir de 1607, una febril actividad mercantil agitaba anualmente a Portobelo y sus ferias alcanzaban renombre universal. Las ferias, que se habían instaurado con el propósito de realizar transacciones comerciales entre Flandes, la Metrópoli y América, se abrían por cuarenta o cincuenta días, aunque en los últimos tiempos cerrábanse a menudo en diez o doce, y las transacciones se operaban por millones. No pocas sobrepasaron los veinte millones, y la más pobre no bajó de cinco. Para los vecinos del Istmo, "la mayor parte tratantes que no piensan permanecer sino hasta tener hecho su negocio" (2); viajeros sin ningún vínculo con la tierra, que hacían del país una etapa más en la carrera de la fortuna, manteniendo y perpetuando la idea de una permanencia transitoria, éste era el paso obligado del tráfico entre los dos océanos, "la llave de las dos Américas", y la gran vía de comunicación con la Corona y las costas del Sur; y sólo mientras las relaciones de intercambio que mantenía con éstas permitiera la subsistencia de alguna actividad comercial, encontraron en él algún atractivo. En las costas del Istmo, no arribaron, como en las costas de la Nueva Inglaterra, grandes bandadas de pioneros. A Panamá, como al resto de la América española, no vinieron casi sino aventureros, clérigos, doctores, soldados y cortesanos, gentes por lo general muy poco apta para crear núcleos de trabajo. No se formó así en el Istmo, una verdadera fuerza colonizadora que acusara gran capacidad para la creación económica, como no fuera la del fácil intercambio. Por ello, cuando andando el tiempo cesó toda actividad comercial, y entonces las condiciones de vida en el Istmo se hicieron más difíciles y precarias, sus pobladores fueron incapaces tanto de satisfacer sus nuevas necesidades, como de procurarse nuevas fuentes

(2) REQUEJO Salcedo, J.: Relación histórico-geográfica de las provincias de Panamá. En Relaciones históricas y geográficas de América Central. Tomo VIII. Oficina Tipográfica de Idamor Moreno, Madrid, 1908. pág. 71.

de trabajo y producción. El centro de gravedad económica del país cambió de asiento violentamente. Y la Zona de Tránsito hubo de abandonar el liderazgo económico y demográfico del Panamá colonial para cederlo al Interior. Al elenco mercante, bajo cuya responsabilidad y control, se hallaba la faja transistmica no le quedó otro recurso que emigrar a regiones más prósperas del Imperio español o retirarse "a hibernar en sus anémicos latifundios cercanos a la ciudad capital" (3). Para que este nuevo orden de cosas ocurriera, sería preciso esperar, sin embargo, la irrupción del siglo XVIII. En lo sucesivo, en vez de seguir siendo el vínculo multiseccular que había sido hasta entonces entre España y América, el Istmo se convirtió en barrera. Su equilibrio económico, que pudo mantenerse mientras permaneció activa su arteria vital —las zonas terminales de Portobelo y Panamá—, se despeñó ante el bloqueo pirático del Caribe y el cambio radical de la política económica española. La ruta del Istmo es sustituida entonces por la del Cabo de Hornos. Mas los istmeños no podrán, y no obstante, conscientes de su importancia situacional, no intentarán siquiera rescatar el control de la ruta, sino sólo después de pasado medio siglo. A partir del primero tercio del siglo XVIII, el comercio panameño estará condenado a desaparecer, al menos provisionalmente, del amplio marco económico hispano-colonial. La economía del Istmo se derrumba entonces rápidamente. Hacia 1730 las ferias de Portobelo dejan de existir. Mas su decadencia databa ya de los primeros años del siglo.

Cuando en 1739 el Almirante Edward Vernon hace víctima del pillaje a Portobelo, sólo pudo obtener en el asalto la suma de 10,000 pesos; suma insignificante si se tiene en cuenta las cifras a que ascendían las transacciones comerciales en las ferias. Tan sólo medio siglo antes, Henry Morgan había obtenido un botín de 250,000 pesos, y en 1680 los jefes bucaneros confederados Sharp, Cook, Market, Essex y Coxon se apoderaban en el asalto a la ciudad, de 100,000 pesos. Vernon infirió a la decadente urbe más daño que ningún otro corsario, dismanteló sus

(3) PORRAS, Hernán: Papel histórico de los grupos humanos de Panamá. En Panamá, 50 años de República. Edición de la Junta Nacional del Cincuentenario. Imprenta Nacional, Panamá, 1953, pág. 86.

fortalezas, e inutilizó su defensa. Del glorioso pasado de Portobelo no quedó sino un informe montón de ruinas.

Ruralización de la economía

El disloque de la economía transitista que fue base de la vida del Istmo hasta principios del siglo XVIII, favoreció el ingreso de un nuevo ingrediente en el escenario económico nacional: el latifundio. Su nacimiento es, por supuesto, más antiguo. Pero su rol protagónico, a partir de la desaparición del comercio, fue un hecho totalmente nuevo. La tierra será en lo sucesivo, la única fuente de subsistencia, la única condición de la riqueza. Desde esa fecha, Panamá vuelve al estado de región predominantemente agrícola. No debemos engañarnos sin embargo, pensando, como se ha pensado (4), que con el cambio de asiento económico y demográfico de las ciudades terminales al Interior, logró estabilizarse y salir a flote la economía del país. Mientras la urbe capitalina y el comercio intermarino le proporcionaron mercado permanente y medios seguros para realizar el transporte, el latifundio dispuso y, por ende benefició, de una venta regular de sus productos. De esta manera, participaba en la actividad del gran cuadrilátero económico hispano-colonial como productor de artículos de consumo y como consumidor de objetos manufacturados. Pero esta situación cambió cuando el Istmo dejó de existir como puesto de cambio. Muchos de los órganos de la organización económica, desde la paralización del comercio, se volvieron entonces inútiles. El antiguo sistema de abastos, basado principalmente en la producción pecuaria, que convenía a una época en que la constante movilización de transportes y viajeros obligaba a concentrar el consumo de gran parte de los productos del suelo en un área restringida y más o menos distante de los lugares de donde se producían, tenía necesaria e inevitablemente, que derrumbarse cuando la Zona dejó de existir como mercado permanente que les asegurara una venta regular. Y eso fué precisamente, lo que sucedió el día en que cada comarca, a falta de demanda, empezó a absorber, por decirlo así, sus propios productos. Al paral-

(4) Véase, por ejemplo, PORRAS, Hernán, op., cit., pág. 86; y GASTEAZORO Carlos Manuel, Interpretación Sincera del 28 de Noviembre de 1821, Editora El País. Panamá, s. f., pág. 9.

zarse la actividad mercantil, es claramente perceptible en el país, una constante deserción entre los mercaderes (5). Un observador de la época refiere "cuatro emigraciones" (6). Como toda posibilidad de colocar los productos con alguna ganancia se hallaba sustentada por los trajines de la Zona donde operaba aquel elemento, restringido su número, y no hallando salida para una producción cuya única utilidad quedó entonces reducida a la satisfacción de las necesidades de la población de la comarca, ¿qué sentido podía tener, por ejemplo, tecnificar la agricultura y esforzarse por obtener un excedente, que probablemente resultaría un estorbo? ¿A quién, por cierto, se iba a vender, si ya casi no había compradores y a dónde se podía enviar una producción para la que no había demanda, ya que nadie la necesitaba, sino en muy corta escala?

- Al latifundio le tocaría, por otra parte, hacer frente al problema de la falta de brazos. Para la extracción de oro de las minas, para el aserrío de los bosques, para abrir caminos de penetración en las montañas, para el transporte de las riquezas procedentes del Perú, para los trabajos en las grandes plantaciones de tabaco y azúcar, y de las pesquerías en las costas e islas del Mar del Sur, había sido preciso importar, hasta entonces, negros bozales. Mas he aquí, que si bien en el siglo XVIII los grandes propietarios tienen toda la tierra que se puede poseer, en cambio, no tienen hombres bastantes para vivificarla y explotarla. Según Francisco Silvestre (7), hacia 1789, no había en las regiones de Veraguas y Alanje, más de 411 esclavos negros, y de ellos, sólo 199 eran varones. Se sabe, además (8), que los colonos de Azuero, radicados en la zona a principios del XVII, no pudieron contar con

-
- (5) Cf. AROSEMENA, Mariano: Apuntamientos Históricos (1801-1810), Publicaciones del Ministerio de Educación. Imprenta Nacional, Panamá, 1949, pág. 10.
 - (6) URBINA, Juan: Observaciones sobre la importancia del Istmo de Panamá y sus riquezas naturales y situación. Archivo Nacional de Colombia, Bogotá. Milicias y Marina, tomo 44, folios 1 y siguientes. Documento inédito, fechado en 30 de diciembre de 1804.
 - (7) SILVESTRE, Francisco: Descripción del Reyno de Santa Fé de Bogotá, Imprenta Nacional, Panamá, 1927, pág. 86.
 - (8) Cf. PORRAS, Hernán, op., cit., pág. 72.

mano servil y desde un comienzo tuvieron que trabajar personalmente su propia heredad, privando inevitablemente de esta manera, de posibles jornaleros, a las grandes haciendas. Repetidas veces los terratenientes quisieron resolver esta situación introduciendo esclavos negros. Según Urbina, el problema se hubiera resuelto, al menos provisionalmente, importando "siquiera 200 ó 300" (9). Empeño inútil. No es así como se puebla la tierra, y sobre todo, no es así como se la fecunda. No sólo les faltó a los hacendados el esclavo negro para las faenas del campo, sino que ni siquiera pudieron hacer contrato, al menos no muy frecuentemente, de mano asalariada. Esta, comenta un testigo de la época, no se conseguía cuando se necesitaba, o no se derivaban ventajas de su contrato, porque, dice, los jornaleros, "se absorben todos los productos en sus gajes y mantenimiento" (10). Es cierto, no obstante, que en Veraguas y Alanje se llegó a producir en aquella época algún tabaco, según Francisco Silvestre (11), de excelente calidad. Y todo parece indicar que su cultivo se extendió a toda la región. Sin embargo, aunque el tabaco era un bien estancado y probablemente jamás se produjo en gran escala, es presumible que promoviera en aquella zona, aunque efímera, alguna actividad. Sea lo que fuere, su cultivo fue poco tiempo después prohibido en el Istmo, y en lo sucesivo fue preciso consumir aquí tabaco de Cuba. En cuanto al azúcar de caña sea, al decir de un testigo de entonces (12), "por falta de inteligencia en los cultivos y de dirección de ingenieros", sea por la escasez de brazos, o porque la misma elaboración de la caña, como no fuera la producción de la miel, para la "provisión de la administración de aguardiente y el público", no reportase grandes ganancias, lo cierto es que, ya a principios del decimonono, su producción resultaba insuficiente para el consumo local, y debía importarse de los Valles del Perú. Resulta demás decir pues, que en tan precarias circunstancias, el inmenso caudal, consistente en bienes raíces, que poseía la aristocracia terrateniente, no pudo rendir entonces sino una renta insignificante, en relación con su capacidad virtual.

(9) URBINA, Juan, op., cit.

(10) Ibid.

(11) SILVESTRE, Francisco, op., cit., pág. 36.

(12) URBINA, Juan, op., cit.

Por lo que toca a la economía de las aglomeraciones rurales, por ejemplo, de las sabanas de Azuero, ésta siguió siendo, como probablemente había sido hasta entonces, una economía de subsistencia, y se hallaba constreñida a la sola producción para el consumo doméstico (13). Poco importaba a estas pobres gentes, como sucede ahora, producir más allá de aquellas necesidades fundamentales a la conservación de la existencia. A principios del siglo XIX, el Virrey Benito Pérez, refiere que en la región del Chagres, por donde hizo el trayecto para trasladarse de Portobelo a Panamá a su arribo al Istmo, la situación de sus poblaciones era sobremañera crítica. Estas, dice, "se hallan despobladas con sólo una u otra choza de paja o palma, viviendo sus habitantes en la mayor desdicha y miseria" (14). Sin duda, esto es únicamente la confirmación local de un fenómeno que se extendía al resto del país. Juan de Urbina asienta, por cierto, en la misma época, que hallándose la agricultura "en su infancia", "las siembras de maíz, arroz, y algunas muestras hechas con imperfección y sin arar las tierras llenan todas las obligaciones y deseos del labrador. Se agrega a esto, continúa, la siembra del plátano, algunas yucas y ñame; es decir que el labrador no come otro alimento que el producido por dichas especies y la carne salada cuando puede comprarla" (15).

En posible, y aún probable, que en aquel entonces, la necesidad de abastecer las poblaciones de la capital y de algunas zonas semi-rurales y semi-urbanas del Interior, haya contribuído a sostener, por intervalos, en ríos, puertos y caminos, cuando menos, un comercio interlocal fortuito. En fin, un condimento necesario para la vida, la sal, se halla sólo en ciertas regiones donde por fuerza se tiene que ir a buscarlo. No obstante, todo hace pensar que, en general, el tipo de economía que privó fue, por decirlo así, el de una economía regional cerrada, que imponía a cada comarca la obligación de satisfacer por sí sola todas o gran parte de sus necesidades. Esto explica, por ejemplo, que en el curso del siglo, para procurarse de las vestimen-

(13) AROSEMENA, Mariano: op., cit., pág. 10 .

(14) Archivo General de Indias, Sevilla. Ministerio de Hacienda, No. 17, mayo de 1812. Estante 116, cajón 7, legajo 2.

(15) URBINA, Juan: op., cit.

tas necesarias, que no podían adquirir en otras partes, los pobladores humildes del Istmo recurrieran a la fabricación de “lienzos muy ordinarios de Tocullo blanco”, de “encajes de algodón que imitan en la labor algunos que vienen de España”, y de “medias ordinarias del mismo material” (16).

Paralización de la actividad comercial

Por lo que hace a la actividad portuaria del Istmo durante la segunda mitad del siglo XVIII, es por demás decir que estuvo sujeta a los azares de un comercio casual que mantuvo a duras penas con algunas colonias del Sur. Los textos nos permiten únicamente vislumbrar la circulación de uno que otro barco cargado de harina, procedente de Cartagena, Chile o Perú (17). Existe, además, algún movimiento de transportes marítimos para la exportación de maderas —varas de mangle, algunos tablones de caoba y trozos de manzanillo—, y de pita, “que los indios civilizados de Penonomé trenzan o hilan poniéndola en cadejos conforman unos paquetes de a libra, poco más o menos” (18). Pero la exportación de maderas era de “corta consideración” y la de pita se hallaba limitada a las demandas del Perú dependiendo éstas de que hubiera abundancia o escasez de hilo de lino en el Sur. Por lo demás, todo parece indicar que de la producción de la pita nunca se obtuvo más de “16 ó 20 pesos” (19).

En cuanto al llamado comercio clandestino de los ingleses con los indígenas del Darién (20), éste se concretaba a turbias operaciones de intercambio, en que, a cambio de grandes porciones de carey extraídos de la costa atlántica darienita, aquellos salvajes recibían de los mercaderes ingleses armas, municiones y licor. Por el puerto de Garrote (en el Atlántico, cerca de Portobelo) y la población de Palenque (entre puerto Garrote y la punta de San Blas), solían también hacer algún contrabando los judíos de Curacao y Jamaica, “hasta llegar el caso, comenta Francisco Silvestre, de hacer tomar los Gé-

(16) *Ibid.*

(17) Véase SILVESTRE, Francisco: *op.*, *cit.*, págs. 38 y 40.

(18) URBINA, Juan: *op.*, *cit.*

(19) *Ibid.*

(20) *Ibid.*

neros a nuestras embarcaciones Mercantes, y tomarles en cambio los frutos, o plata que llevaban" (21). Pero no hay que considerar estos hechos como síntomas de renacimiento comercial. Son tan sólo la prolongación de una actividad que se inició en tiempos de las primeras incursiones piráticas en el Istmo, a inicios de la Colonia, se legalizó en el tratado de Utrecht de 1713, con el asiento de negros concedido con derechos exclusivos a los ingleses, y el privilegio de enviar Inglaterra anualmente a Portobelo un buque de 500 toneladas de cargamento; y perduró, nuevamente en forma clandestina, hasta el siglo XIX. Basta por cierto leer los testimonios que nos han quedado de aquella época para convencerse de que entonces no existía en el Istmo ningún tráfico normal ni regular. El mercader se improvisa, por decirlo así, de acuerdo con las circunstancias. Sin una actividad comercial específica, y menos aún profesional, la compraventa no es, ni puede ser, ocupación normal de nadie. Es un recurso que se emplea cuando la necesidad lo impone. El comercio ha dejado de ser ya uno de las ramas de la actividad social. El Istmo fue declarado entonces zona indigente. Y en lo sucesivo se vio forzado a permanecer sosteniéndose de las migajas "de los sueldos y gastos que se pagaban de los situados" (22).

(21) SILVESTRE, Francisco: op., cit., pág. 39.

(22) Cf. "El Constitucional del Istmo". Panamá, sábado 28 de enero de 1832. No. 9. El situado era una especie de subsidio o socorro anual con que el gobierno metropolitano, de las rentas de sus colonias más productivas —México o el Perú—, proveía a otras colonias más pobres. Tal el caso de Puerto Rico, Chile, Panamá, etc., etc. Distintas fuentes coinciden en afirmar que era del Perú de donde le venía al Istmo aquel auxilio (Cf. "El Constitucional del Istmo", No. 9; Francisco Silvestre: op., cit., p. 10, etc.). Otras afirman, por su parte, que los situados del Istmo eran pagados también de los fondos de Cartagena (Cf. "El Constitucional del Istmo" No. 9) y Santa Fé (Archivo General de Indias. Sevilla, Audiencia de Panamá, Cartas y Expedientes. Años 1816 a 1818. Estante 109, cajón 3, legajo 11). Por desgracia, los datos de que disponemos no nos permiten establecer con precisión la fecha del decreto o concesión que le asignaba al Gobierno de Panamá aquel amparo. Tampoco podemos determinar con exactitud por qué tiempo profirió el país de ese beneficio, de qué manera era distribuido, o a cuánto ascendía.

Decadencia de la urbe capitalina

El hecho de que la sustitución de la ruta del Istmo por la del Cabo de Hornos haya venido a cerrar esta arteria como puerto de cambio, tuvo como consecuencia inevitable la rápida decadencia de la capital. En el curso del siglo los mercaderes abandonaron el puerto y emigraron a regiones más prósperas, como hemos señalado atrás. El número de los consumidores se restringió. Se nota, además, un empobrecimiento general y un vertiginoso apagamiento de la vida urbana. Pero si las catástrofes que asolaron al Istmo posteriormente —las frecuentes epidemias, y las luchas contra los naturales, refractarios a la civilización, etc., etc.—, contribuyeron en gran parte a ello, los terribles siniestros ocurridos en la ciudad en 1737, en 1756 y en 1781, causaron estragos aún mayores. Ya en 1739 se determinaba, por Real Cédula de 23 de mayo, para la restauración de Panamá, parcialmente destruida por el incendio ocurrido dos años antes, la distribución, entre sus vecinos, “por vía de limosna, según la necesidad de cada uno” (23), una porción de dinero tomada del valor de los Cuatro Títulos de Castilla, concedidos al Istmo por Felipe V. Subsistiendo entre miserias y ruina, Panamá siguió siendo, sin embargo, centro de la administración diocesana, cabecera del gobierno civil y militar, y sede de la Universidad jesuítica. Obispos, gobernadores, capita-

Creemos, como se verá más adelante, que el situado dejó de existir en el Istmo a inicios de la década del diez, en el décimonono. Mariano Arosemena se limita a decir que el Gobierno del Istmo recibió el situado “por algún tiempo” (Cf. Apuntamientos, pág. 10). Aquel, sabemos por Francisco Silvestre, le venía en 1789 “de Lima, para la Guarnición y obras de fortificación hasta 300 mil pesos” (Cf. Descripción, pág. 37). Y según Informe de la Contaduría General firmada en Madrid el 19 de abril de 1815 el situado anual que, para cubrir sus “cargas ordinarias”, se le asignaba al Istmo, ascendía a la suma de 320,000 pesos (Cf. Archivo General de Indias, Sevilla. Audiencia de Panamá, Cartas y Expedientes. Años 1816 a 1818. Estante 109, cajón 3, legajo 11).

- (23) Archivo General de Indias, Sevilla. Audiencia de Panamá, Cartas y Expedientes. Años 1816 a 1818. Estante 109, cajón 3, legajo 11.

nes generales y doctores, conservaban en ella su residencia y reunían a su alrededor un numeroso clero (24), un pequeño séquito de burócratas, alguna tropa y unos cuantos estudiantes, pero su significación económica era prácticamente nula. En aquella época, asimismo, la población de la ciudad deja de crecer, y esta interrupción es ya un síntoma irrecusable de debilitamiento y paralización sociales, de la extinción de una actividad económica que había llegado a su apogeo.

Regresión económica bajo los borbones

Se podría creer, como acaso se haya creído, que la nueva política liberal de la casa de borbón, sobre todo a partir de la promulgación del Reglamento de Comercio Libre de 1778, mejoró la situación de anemia comercial en que se hallaba el Istmo después de que en 1748, como consecuencia de la suspensión del sistema de galeones, quedó privado de toda actividad mercantil. Como es sabido, a lo largo del siglo XVIII, la política económica española presionada por nuevas doctrinas económicas y por el resultado de las guerras sostenidas con la Gran Bretaña, modificó radicalmente su estructura. La antigua reglamentación exclusivista y restrictiva del comercio colonial fue poco a poco suplantada por un nuevo sistema más liberal en su contenido. Se organizaron compañías mercantiles en distintos puertos del norte de España con privilegios importantes para dedicarse al comercio de ciertos géneros en diversas comarcas americanas. Se establecieron en 1764 correos marítimos mensuales entre España y sus posesiones de Ultramar. Por decreto de 16 de octubre de 1765 se habilitaron nueve puertos peninsulares más para el tráfico con las Antillas, Margarita y Trinidad. Se permitió el comercio intercontinental americano, en 1774, entre los cuatro reinos del Perú, Nueva España, Nueva Granada y Guatemala. Se autorizó igualmente, en 1776, el comercio entre Buenos Aires y Chile y las colonias del interior. Y por último, en 1778, se promulgó el Reglamento de Comercio Libre y Aranceles Reales para el comercio de España y las Indias, que amplió las facultades del puerto de

(24) MEGA, Pedro: Compendio biográfico de los Iltmos. y Excmos. Monseñores Obispos y Arzobispos de Panamá. Imprenta Nacional, Panamá, 1958, pág. 200 s.

Buenos Aires y abrió luego veinticuatro puertos más, lo que hizo del Atlántico otra vía comercial directa.

Los resultados de esta política liberal, comentaba en 1836 el mexicano José María Luis Mora, fueron tan rápidos y visibles, "que cuando en 1778 la exportación en mercancías españolas y extranjeras apenas ascendía a 3.745, 292 pesos, dejando de derechos 18,858 pesos, en 1784 la exportación total fue de 81.520,490 pesos, y la de sólo el puerto de Cádiz en 1792 ascendió a 13.600,000 pesos. En 1778 España toda no tenía quinientos buques mercantes, y sin conocerse otra causa que la libertad dada al tráfico, en 1792 sólo en las costas de Cataluña había más de mil, y en Cadiz pasaban de cien los propietarios de buques mercantes" (25). Por otra parte, afirma Clearence H. Haring, "el comercio de Cuba, que en 1770 se hacía con cinco o seis navíos, necesitaba 200 en 1778. La exportación de cueros de Buenos Aires aumentó de 150,000 anuales a 800,000" Y continúa, "al final del período colonial, las provincias españolas de América gozaban de mayor prosperidad y bienestar que nunca. Las colonias españolas poseían riquezas mucho mayores que las colonias inglesas del norte de América y adquirieron todos los símbolos exteriores de la opulencia, como importantes edificios públicos, universidades, catedrales y hospitales, en ciudades bien pobladas que eran centros de lujo, de enseñanza y de cultura" (26).

Mas he aquí, que contra lo que era de esperarse, los efectos de esta política en el Istmo resultaron bien opuestos. Es cierto que, según afirma Berthold Seeman (27), el país hubiera podido retener entonces un moderado grado de prosperidad por el transporte de mercancías ligeras, como cien años más tarde lo tuvo —poco antes de la cons-

(25) MORA, José María Luis: México y sus Revoluciones. Editorial Porrúa, México, 1950, T. I., pág. 205.

(26) HARING, C., H.: The Spanish Empire in America, New York, Oxford University Press 1947. En OTS CAPDEQUI, J. M. El Estado Español en las Indias. Tercera Edición, Fondo de Cultura Económica. México, 1957, pág. 46.

(27) SEEMAN, Berthold: Historia del Istmo de Panamá. En "Lotería", No. 43. Segunda Epoca. Panamá, junio de 1959, pág. 83.

trucción del ferrocarril transistmico—, con verdadero éxito. Pero los istmeños, demasiado habituados, por una tradición dos veces secular, al mismo intercambio uniforme, tan libre de especulación y esfuerzo, no sólo no fueron capaces de salvar el país de su inmovilidad económica, sino incluso de “comprender lo que estaba sucediendo”. (28). Se hubiera podido ensayar importar negros bozales, de que tanto se carecía, para realizar el acarreo de las mercancías procedentes de España y de las colonias del Sur. Pero no había en el Istmo, confiesa Juan de Urbina, “grandes capitalistas que (pudieran) hacer compras numerosas” (29). Es evidente, asimismo, que no se hizo el menor esfuerzo por mejorar el precario sistema de transportes —marítimo, fluvial o mulero— que entonces existía. Y todo parece indicar que tanto para el criollo ciudadano, cuanto para el terrateniente, las rentas, en plena crisis desde hacia medio siglo, permanecieron como habían estado hasta entonces. Sin duda, eran víctimas de un sistema económico anticuado que les impedía aprovechar las ventajas del nuevo orden de cosas. Las exigencias del tráfico de galeones y la facilidad con que se acumulaban riquezas, durante los siglos XVI y XVII, habían atraído toda su atención. Esta misma facilidad había apartado a los hombres de la explotación del agro como fuente de riqueza. “Sólo se dedicaron —dice Urbina— a crear haciendas de ganado” (30). Es claro que esta producción estuvo entonces limitada a la provisión de los viajeros (31) y su utilidad fue cada vez menor a medida que cesaba la actividad comercial. Hacia 1804 Urbina refiere que el número de bestias que había en el Istmo, apenas resultaba suficiente para alimentar la población “porque todos se alimentan de carne cuando pueden; y es muy poco lo que se extrae desde Chiriquí al Chocó y no pasará de 400 reses” (32). Se comprende entonces que al instaurarse el nuevo sistema económico del régimen borbón, y hallarse el país sin “grandes capitalistas” falto de los vehículos necesarios para el transporte intermarino, y hallarse de aquella manera restringida la produc-

(28) Ibid.

(29) URBINA, Juan, op., cit.

(30) URBINA, Juan op., cit.

(31) AROSEMENA, Mariano; op., cit., pág. 10.

(32) Ibid.

ción pecuaria a la sola satisfacción de las demandas del mercado local, el Istmo, desprovisto aún de aquel elemento indispensable, se encontrase impotente para suplir las necesidades del nuevo intercambio.

La eclosión escicionista y el renacimiento comercial

Pero el panorama económico nacional altera su fisonomía al irrumpir la segunda década del decimonono y producirse la eclosión escicionista en los pueblos americanos. El centro de gravedad geo-económica se desplaza entonces hacia la capital, y la Zona de Tránsito vuelve a asumir un rol hegemónico en el escenario económico del país. Para comprender el inesperado e irruptivo renacimiento de la actividad transitista en el Istmo es preciso, sin embargo, observar la serie de circunstancias especiales que concurrieron a promover tal situación. Refiere Mariano Arosemena en sus "Apuntamientos" (33), que en 1810 una gran parte de la targa de varios buques mercantes procedentes de la Península que estaba destinada a la Nueva Granada, "a consecuencia de los embarazos que la revolución del reino oponía para llevarlo al interior de él", tuvo que trasladarse a Panamá. Este incidente, agrega Arosemena, trajo como consecuencia "la apertura de las relaciones con el Perú", formándose, a partir de esa fecha, "espediciones a Paíta i Lima" (34). Y como al poco tiempo la navegación de la marina española por el Cabo de Hornos se hizo cada vez más difícil por la amenaza de las fuerzas navales de Buenos Aires y Chile, entonces, ya no sólo el del Perú, sino también todo el comercio de Quito, Cuenca y Guayaquil, del Chocó, y las provincias del Sur de México se tuvo que hacer por el Istmo (35). Esta abrupta oscilación de la ruta del Cabo sureño hacia las costas istmeñas tuvo que dejar huellas muy hondas en la psicología del elenco ciudadano de la Zona, durmiente por casi un siglo.

(33) Pág. 47.

(34) Ibid.

(35) AROSEMENA, Mariano; LEWIS, Luis; REMON, Damián: Memoria sobre comercio presentada a la sociedad de Amigos del País por, en la Sesión ordinaria del 1o. de diciembre de 1831. Imprenta de Jayme Bousquet. Panamá, 1834, pág. 4.

El comercio de contrabando

Para ese entonces, el tráfico con la isla de Jamaica, hasta hacía poco, mantenido en la clandestinidad, había asumido "grandes proporciones" (36). Poco tiempo atrás, "el Comandante General, Gobernador de Panamá, anota Don Mariano, para acallar nuestro deseo de emanciparnos de España, que se anunciaba por la conducta de los istmeños" (37), había autorizado ese comercio. Luego, hacia 1810, lo permitió aún "más abiertamente que antes, gerivando el tesoro del Rei algunas sumas de dinero, por los derechos de importación de las mercaderías" (38). Aunque los textos no nos permiten una apreciación exacta, podría creerse que, pese a que el comercio clandestino realizado en el Istmo durante el siglo XVIII jamás fué interrumpido, no fué sino hasta el décimonono cuando se intensificó y fué regularizado de manera más sistematizada. "Todo el año anterior, relata Arosemena refiriéndose a 1803, transcurrió sin que hubiera venido al Istmo ni un solo buque mercante de España" (39). La Corona había intentado restablecer la casa de contratación de Indias, para renovar el comercio con sus posesiones americanas, pero "parece, añade Arosemena que la renovación de la guerra con Europa, i la que la misma España emprendiera contra la Gran Bretaña, fuera el obstáculo que se presentara a la realización del proyecto" (40). En tal estado de cosas, concluye entonces, no quedó a los istmeños "otro expediente que abrazar que proveer, como remedio al mal, a sus poblaciones, de jéneros de contrabando" (41). He aquí cómo describe Don Mariano la forma como éste se realizaba:

"Los buques contrabandistas, dice, unas veces se presentaban en la costa de Coclé, otras en la de Chagres, i los interesados en obtener las mercancías iban en embarcaciones menores hácia los buques, a bordo de los cuales se ajustaban los contratos. Viniendo a tierra los cargamentos, había luego que vencerse la ma-

(36) AROSEMENA, Mariano; Apuntamientos, pág. 47.

(37) Ibid. pág. 46. El subrayado es nuestro.

(38) Ibid., pág. 47.

(39) AROSEMENA, Mariano, Apuntamientos, pág. 17.

(40) Ibid.

(41) Ibid. El subrayado es nuestro.

yor de las dificultades, que era la traslación de las mercancías a nuestras poblaciones, aquellos en que se acostumbraba importar los productos agrícolas e industriales del país, de unos a otros lugares, i algunas veces bajo otras formas, aprovechándose la oscuridad de la noche". (42).

De la escasa documentación de que disponemos no es posible extraer datos estadísticos ni siquiera aproximados que nos permitan apreciar con exactitud la intensidad de este comercio. Testigos de la época coinciden en afirmar que el nuevo y vigoroso impulso comercial iniciado entonces, enriqueció al Istmo "hasta un punto increíble" (43). He aquí los comentarios que al respecto hacía, en 1832, "El Constitucional del Istmo":

"Aunque entraba poca parte en las aduanas por la facilidad del contrabando que se hacía, era tanto el comercio —decía aquel periódico—, que bastaba aquella para todos los gastos y dilapidaciones del país, i se olvidó la necesidad del situado. Los gastos de el tránsito se difundían en abundancia sobre el pueblo que gastaba también sin reparo en cuanto apetecía, haciendo el círculo diario superior, diez tantos más del necesario. El lujo tomó un incremento inconcebible, i hasta lo más superfluo se creía de buena fé un simple necesario" (44).

Pero aunque ésto no hubiera sido totalmente cierto, nuestras fuentes, por deficientes que sean, no nos permiten dudar que el comercio de contrabando produjo en algunos sectores fortunas de cierta consideración. La presencia, en 1812 de la fragata británica "Arethusa" del capitán Coffin, en la rada de Portobelo, que alarmó tanto al Virrey Benito Pérez que temía que estos viajes causarían "desconfianza al pueblo" (45), no es sino un caso particular, de un fenómeno que venía sucediendo en las costas del Istmo cada vez con más frecuencia (46). Ha-

(42) Ibid. págs. 17 y 18.

(43) Cf. AROSEMENA, Mariano; LEWIS, Luis; REMON, Damián: Memoria sobre comercio. . . pág. 4.

(44) Cf. "El Constitucional del Istmo", No. 9.

(45) Archivo General de Indias, Sevilla. Ministerio de Gracia y Justicia, No. 4 de febrero 21 de 1812. Estante 117, cajón 1, legajo 26.

(46) Ibid.

cia 1810, relata Don Mariano, los extranjeros “nos visitaban ya en crecido número” (47), “sin cuidarse de la prohibición para ello por las leyes coloniales” (48), mientras que por su parte, agrega, los mismos istmeños hacían frecuentemente viajes de negocios a “algunos lugares del Atlántico i el Pacífico” (49). La existencia de los mercaderes extranjeros y los riesgos de toda clase, inherentes al comercio operado en la clandestinidad, hecha cada vez con más audacia, supone un espíritu que no podía hallarse sino en un medio material capaz de ofrecer las más ricas posibilidades. Un mercader cartagenero radicado en el Istmo, Manuel José Hurtado —“negociante grueso” como lo llamara Santander en carta a Bolívar de 6 de Diciembre de 1823 (50)— viajó en aquella época a Inglaterra. Hurtado, poseedor de una regular instrucción comercial (51), de mucha práctica en los negocios de cambio y de créditos y, sin duda, de algún conocimiento de las grandes plazas mercantiles americanas, e incluso probablemente de Europa, con las que acaso se hallaba en buenas relaciones (52), fué el fundador de una tradición comercial familiar que alcanzó gran prominencia en el Istmo durante el siglo XIX. Y es sabido, que su hijo Manuel José, heredero directo de esa tradición, en tanto que explotador de la Zona durante el aluvión migratorio californiano de mediados de siglo, como dueño de transportes de viajeros, tesoros y mercancías valiosas en el camino de Cruces a Panamá, llegó a ser —al decir de Salvador Camacho Roldán, quien lo trató personalmente (53)— “innensamente rico”.

Convertido el Istmo nuevamente en lugar de tránsito forzado del comercio intermarino colonial, la nueva clase de hombres bajo cuyo control quedó la explotación y cuidado de la Zona, pudo sin duda realizar, además, algunos progresos en el incremento de su riqueza, sin que necesariamente tuviera que recurrir al contrabando. La

(47) AROSEMENA, Mariano : Apuntamientos, pág. 47.

(48) Ibid., pág. 40.

(49) Ibid., pág. 47.

(50) O'LEARY, Florencio : Memorias, T. III, pág. 131.

(51) Ibid.

(52) Cf. “El Constitucional del Istmo” No. 9.

(53) CAMACHO ROLDAN, Salvador: Notas de Viaje, Cuarta Edición. Tipografía Garnier, Hermanos, París. 1898. pág. 314.

provisión de los transportes —marítimo, fluvial y mule-ro—, en un tiempo en que la escasez de las recuas y de las embarcaciones hacía ascender el costo del acarreo de Cruces a Panamá a 25 pesos, y a 50 el transporte de Panamá a San Blas (54); y la celebración de contratos para el avituallamiento de los relativamente numerosos ejércitos acantonados en el Istmo para la sofocación de la gesta libertadora americana ofrecen sin duda, una oportunidad para realizar pingües negocios. Pero es innegable que las causas de la prosperidad del nuevo grupo, anterior a la guerra de Independencia, y durante la lucha de más de diez años que llevó su asentamiento, se hallan principalmente en las transacciones clandestinas. La misma autorización del Gobernador, de a principios del siglo, de realizar tratos comerciales de los mercaderes panameños con Jamaica, entonces un gran emporio británico; y la concesión hecha al Istmo en 1811 por la Regencia española, merced a las instancias, también del Gobernador, de realizar con carácter casi exclusivo y con amplias libertades, operaciones comerciales “en buques y por comerciantes del país, con las Colonias alsadas y rebeldes” (55), denota, por cierto, una actitud de convivencialidad cordial de parte de la autoridad peninsular para con el criollismo local; pero sobre todo, el reconocimiento de una innegable situación de hecho que entonces resultaba contraproducente y totalmente inútil combatir. Es cierto que la economía del Istmo —que, como se escribía en Madrid en abril de 1815, “ha mejorado de suerte” (56)—, logra con aquel privilegio, no sólo cubrir “sus cargas ordinarias”, sino también pagar los sueldos de la Audiencia y del Virrey que existen en su seno” y socorrer “a los empleados que emigraron de las Provincias disidentes” (57); y que, probablemente, con la ampliación de las franquicias concedidas por la Península a sus colonias, debido a las múltiples gestiones de la diputación colonial en las cortes de España, el Comercio

(54) AROSEMENA, Mariano; LEWIS, Luis; REMON, Damian: *Memoria sobre comercio...* pág. 4.

(55) Archivo General de Indias, Sevilla. Audiencia de Panamá, Cartas y Expedientes. Años 1816 á 1818. Estante 109, cajón 3, legajo 11.

(56) *Ibid.*

(57) *Ibid.*

istmeño pudo aún ensanchar sus prerrogativas. Pero como es sabido, al poco tiempo, el 27 de junio de 1814, la Regencia, presionada por el alto Comercio gaditano, hizo suspender estos privilegios. Probablemente esta medida tuvo repercusiones lo bastante lamentables para que la actividad comercial se hubiese resentido. Sin embargo, lo más probable, es que las relaciones de intercambio entre el Istmo y el mundo hispano-colonial, y por ende, la prosperidad económica del país, merced al comercio clandestino, pudieron mantenerse vigorosos casi hasta 1821.

Hasta esa fecha el Istmo vive, por decirlo así, demasiado confiado de sus posiciones adquiridas. Y como "se tenía por invariable el estado del comercio en que se hallaba, porque no se conocían esactamente las causas que lo habían producido" (58), sus vecinos no tuvieron otro objeto que el de satisfacer las necesidades del tráfico de larga distancia; y mientras éste duró, "no se pensó en mejorar ni abrir caminos, en proteger la agricultura, ni en economisar los capitales" (59), repitiéndose así lo que en los primeros tiempos del auge comercial colonial ya que, habiéndose desarrollado uno solo de los órganos de la actividad económica, después de pasado el apogeo transitista, que antes había durado un par de siglos y ahora sólo una década, el Istmo se halló, como entonces, totalmente impotente para mejorar una situación que empeoraba cada día. Sin duda, creyeron tener asegurado definitivamente un intenso comercio intermarino por la Zona. Por ello, cuando casi inesperadamente el impulso económico se detuvo, como si se hubiese agotado, no quisieron darle crédito a sus ojos. Y esto fué precisamente lo que sucedió el día en que "la revolución comenzó a mudar de aspecto, i cada pueblo empezó a calcular sus intereses, i abrir sus puertos a los extranjeros, hasta hacer necesario disminuir las erogaciones, economizar los gastos, i meditar mucho las empresas" (60). El Istmo vuelve entonces a sumergirse en una honda depresión económica de la que no podrá salir sino después de pasados 30 años.

(58) Cf. "El Constitucional del Istmo", No. 9.

(59) Ibid.

(60) Ibid.

II. EL FUNDAMENTO SOCIAL

La aristocracia terrateniente.

El capítulo de la historia económica panameña que se abre con la suspensión del tráfico de galeones y el reemplazo de la ruta del Istmo por la del Cabo de Hornos, y se cierra con el resurgimiento del comercio intermarino ya en el décimonono, plantea la irrupción de un nuevo ingrediente en el escenario socio-político del país: la aristocracia feudal. Es obvio que la aparición del nuevo elemento no constituyó, bajo ningún concepto, un fenómeno totalmente inédito. Pero el rol protagónico que lo tocó desempeñar, a partir de la paralización del comercio, fue una innovación. Cabe señalar aquí, sin embargo, que una mentalidad aristocratizante no encuentra, en nuestra historia, raíces verdaderamente profundas. A menudo se ha dicho, en efecto, que el curso de la historia del Istmo está marcado por su ubicación geográfica excepcional. La indagación de historiadores, sociólogos y pensadores ha coincidido, en destacar la peculiaridad "transitista" de esa realidad. Precisamente de ahí, de la particularísima condición situacional del Istmo, se ha desprendido un importante e inevitable corolario; a saber, la manquedad de la explotación del agro, como fuente de riqueza, y el carácter esencialmente transitista de su economía. Esta experiencia no tardaría en generar, en la estructura de la sociedad istmeña, una cierta psicología caracterizada por la sobreestimación del momentáneo éxito comercial, de la que ha provenido una manifiesta supervalorización geo-política del Istmo a la que no es fácil renunciar ya; y que a la postre, ha resultado la clave enigmática con que reiteradamente, se ha pretendido celar el secreto de nuestra unidad originaria: el "mito geográfico". Desde el punto de vista psico-social, éste es quizás el fenómeno más señalado y característico de la realidad istmeña. Halla su origen en los primeros tiempos de la actividad colonial, y se extiende, con el breve interregno agrarista del siglo XVIII, hasta nuestros días.

Es sabido que nuestros nucleos ductores del siglo XVI y XVII, no hicieron reposar sus intereses en la existencia de bienes mayorazgos, esto es, en la vinculación de propiedades territoriales en favor del primogénito.

creadas con el fin de preservar el lustre y la prosperidad de ciertas familias privilegiadas; ni derivaron en consecuencia, sus ingresos del agro, sino de los azares del transitismo. Pervivía aún para ese entonces, la idea —de añeja tradición hispana— de que la carrera de comercio era atentatoria contra la honra señorial. Sólo podía practicarla sin riesgo de empañar su rancio lustre nobiliario, el corredor de lonja. Pero aquella prevención no lograría prosperar en el Istmo. Y ya sea porque Panamá poseía una gloriosa tradición mercantil que evocar, y los hidalgos descendientes de españoles derivaron todos sus bienes de fortuna, del teje meneje de la actividad transistista, o bien, la misma necesidad, lo cierto es que, a la postre, el ambiente mercantil cotidiano acabaría por imponer la superación de aquel rancio prejuicio y, en consecuencia, inclinar las vocaciones hacia la empresa comercial. Era pues de esperarse, que en tales circunstancias, resultara poco menos que imposible la formulación de una auténtica conciencia aristocrática en el Istmo.

Forzado a vegetar en feudos anémicos, sin tradición local, y obviamente empobrecido, lo que al latifundismo criollo del dieciocho en realidad le tocó hacer, para decirlo en una imagen, fué el triste papel de impedir que muriera el país de muerte violenta, para sumirlo, con una tambaleante y anémica economía agraria, en una agonía insufriblemente larga. Es cierto que entonces vino a reemplazar al alto Comercio capitalino, que se desvaneció como grupo al desaparecer el tráfico mercantil y apagarse la vida urbana en la Zona. Pero la crítica histórica no debe dejarse confundir con espejismos. Por cierto, si queremos ser congruentes con nosotros mismos, no debemos engañarnos pensando, como acaso se haya pensando, que la aristocracia criolla del dieciocho, estuvo constituida por un cuerpo colectivo reciamente estructurado. De que esto no es así, lo demuestra el hecho, harto elocuente, de la facilidad con que en pocos años, retornó al escenario directivo de la vida nacional el grupo mercante, al volver a trocarse la Zona en centro gravitacional geo-económico del país. Y la impotencia demostrada por el grupo latifundista al dejarse arrebatar el liderazgo nacional, y la ocasión de desempeñar un papel protagónico en la gesta escisionista. En una lucha donde eran bases reales, concretas materiales las que se debatían: no era pues de extrañar que aquel grupo, falto de

consistencia financiera, y de vigor económico, quedara relegado a ocupar un rol totalmente marginal.

Llama ciertamente la atención, la fría indiferencia con que José de Fábrega, máximo representante del latifundio veragüeño, acuerpara la gesta novembrina. E, igualmente, el temor, mal velado por cierto, de los santeños de que Fábrega, a la sazón, por una suerte de circunstancias casuales, al frente del gobierno colonial, tomara "muchas providencias", y empleara "todo cuanto estuviera a su alcance" (61), a fin de sofocar el grito del diez. Y la renuencia e indecisión del Cabildo santiagueño de sumarse al movimiento emancipista (62). Es posible, y aún probable, que entonces, latifundistas y comerciantes hubiesen creído, que eran representantes de intereses antagónicos, o cuando menos, de intereses muy distintos entre sí. Resulta pues perfectamente natural que en aquel trance, el latifundismo veragüeño, probablemente el más férreo, creyendo protegerse, hubiese intentado adversar la independencia. Más tarde, cuando por fin, y acaso a regañadientes, adscribe al movimiento, no hace, evidentemente, sino plegarse a una situación objetiva que entonces resultaba necio e inútil combatir.

La revolución panameña, contraria en esto a la del resto de los pueblos americanos, no produjo una estrecha colaboración entre la aristocracia terrateniente y la burguesía comercial. Pero sería probablemente una exageración atribuir este hecho a violentas tensiones de coexistencia entre dos grupos que entonces se creían representantes de intereses contradictorios. O al hecho de que la aristocracia,

(61) Documentos Fundamentales para la historia de la nación panameña. Edición de la Junta Nacional del Cincuentenario. Imprenta Nacional. Panamá, 1953. pág. 6.

(62) Como es sabido, esta actitud del Cabildo de Veraguas motivaría, de parte del Ayuntamiento de Natá, una amenaza de apelar al recurso de las armas, si aquella Provincia demoraba más su integración al movimiento. No fue preciso, sin embargo, materializar aquella amenaza. Y pocas semanas después, en diciembre, Veraguas, sin duda porque no le quedaba otra salida, aunque la última, suscribe también la independencia. Véase Acta de Independencia de la Provincia de Veraguas. En "La Estrella de Panamá", lunes 26 de agosto de 1957.

aún cuando no se hubiese resistido al influjo de las ideas liberales, o no hubiese dejado manifestar su deseo de librarse de la Corona, haya ensayado impedir, aunque veladamente, que la nueva y vigorosa clase en ascenso le frustrase sus ansias de constituirse en poder. Esta hipótesis implica por cierto demasiadas conjeturas, tanto por lo que se refiere a una posible amenaza de oposición clasista, claramente definida, como a la eficacia que a la aristocracia feudal, como clase, se le pueda atribuir. Por nuestra parte, preferimos creer que la falta de audacia y decisión del elenco aristocrático para oponerse al ascendente núcleo mercante, en el trance novembrino, halla su mejor explicación en la inconsciencia de su misión como grupo. Y que, en razón precisamente, de esa inmadurez colectiva que le vedó rendir la talla social indispensable, aún cuando acaso hubiese alcanzado a intuir algún aparente encuentro de intereses en oposición que, pensaba, era preciso e inevitable cuanto antes debatir, fuera sobrepujada por el más definido y mejor estructurado elenco mercante, detentador indiscutible desde entonces y en los subsecuentes treinta años, del poder económico-político del país. En resumen, no es que neguemos que hubiese en aquella coyuntura, cuando menos, amago de oposición. Tímida e irresoluta, como se quiera, pero la hubo. En lo que insistimos, es que a la aristocracia feudal le faltó vigor colectivo, consistencia ideológica; y sobre todo, una clara noción de su significación social como grupo. De ahí, precisamente, que en aquel trance, se hubiese encontrado totalmente incapaz de contrarrestar los efectos de la burguesía comercial; y de que, igualmente, en los sucesivos treinta años, quedase literalmente arrinconada, constreñida al área provincial veragüeña, y allí se hubiese opacado, sin resistencia, mediocrementemente.

En las tres décadas siguientes, esto es, de lo que va de 1821 a la primera mitad del siglo XIX, se destacan por cierto dos hechos claramente perceptibles que llaman sobremanera la atención. Por una parte, el contacto, sino francamente hostil visiblemente frío y a distancia, que creemos deliberado, entre el alto Comercio de la Zona y la feudalidad conservadora del Interior. Por otra, un manifiesto señorío de la Capital sobre el Interior y, en consecuencia, de la oligarquía liberal mercantil sobre el latifundismo conservador. Basta, en efecto, acercarnos

a los dos acontecimientos capitales que tuvo el país en aquel lapso —los ensayos secesionistas del 31 y del 40—, para comprobar que esto fué así. Por cierto, resulta sumamente indicador el hecho de que ambos separatismos fueron obra de un grupo circunscrito: la minoría liberal mercantil de la Zona. Tanto en el bisoño pronunciamiento del 31 como en el más osado y mejor concebido del 40, la Capital funge de única intérprete y vocera de la nacionalidad, e impone, arbitraria e inconsultamente, tanto a sus cantones como a la Providencia de Veraguas, que trata como a un cantón más (61), la línea directiva de la que considera mejor política a seguir. Pero hay algo más: por primera vez, el “mito geográfico”, halla su consagración oficial. Y el nuevo Estado proclama su destino estrecha y permanentemente vinculado a las comitancias del “giro comercial” (62). Se organizan, entonces, varias agrupaciones mercantiles; nacen El Gran Círculo Istmeño y La Sociedad de Amigos del País. Las polémicas sobre la Franca Comunicación Interoceánica se ponen a la orden del día. Y llega a su cresta la ola de la fe en el libre cambio, al que Don Mariano dedica varias poesías y en “Comercio-Libre”, “Los Amigos del País”, “El Noticioso del Istmo Americano”, “El Comercio Libre”, y otros órganos periódicos de entonces, aparece el tema, casi diríamos, con obsesante reiteración.

La brusca irrupción de “La California” y el ferrocarril interoceánico, marcan la encrucijada donde por primera vez convergen económica, social y políticamente, la oligarquía liberal de la Zona y la feudalidad conservadora del interior. En aquella coyuntura, latifundistas y mercaderes caen en la cuenta, sin duda por primera vez de que en realidad unos y otros eran representantes de los mismos propósitos e intereses; y de que, en el fondo, lejos de ser contradictorios, no sólo había entre ellos plena complementariedad de intereses, sino que en verdad, como subgrupos a distancia, obedecían a unos mismos impulsos de clase. Entonces, al conservatismo y al liberalismo, cuyo contraste doctrinario hasta esa fecha no se percibe sino como la rivalidad entre la capital comercial y el interior feudal; como la continuación de aquel anta-

(61) Documentos Fundamentales para la historia de la nación panameña. págs. 21, 26 y 28.

(62) Ibid. pág. 18.

gonismo prohiado en la gesta del 21, entre los latifundistas descendientes de la feudalidad y la aristocracia coloniales, y los mercaderes criollos capitalinos, herederos de la retórica liberal de la Independencia, se les ve fundirse en un sólo haz y reforzarse mutuamente. En lo sucesivo, sus líderes máximos laborarán unificadamente, y se esfumarán, prácticamente, los distingos políticos. Ya no habrá más conservatismo incontaminado, "puro" por decirlo así, sino un conservatismo "liberalizado". Evidentemente, el latifundio había descubierto que el ideario liberal se conformaba más con los intereses y las exigencias de la nueva vida económica del Istmo —vuelto otra vez a su tradición transitista, interrumpida tres décadas atrás—, que el conservatismo aristocratizante y clerical. Conservadores y liberales se declararán indistintamente, entonces, federalistas y librecambistas, anseatistas o francamente autonomistas. ...Y cosa curiosa, mientras los ricos en aquel trance devienen cada vez más liberales; las masas de Azuero y del arrabal santanero, si bien no podemos afirmar que se conservatizan, aún cuando se proclaman a sí mismas liberales, acaban por excluir de su programa político, dos postulados característicos del ideario liberal: el libre cambio y el federalismo.

La burguesía comercial

En la primera parte de este estudio, habíamos señalado que en el período de la revolución americana que va de 1810 a 1821, al volver a trocarse la Zona en centro de gravitación geo-económica del país, sus *profiteurs*, directos o indirectos, reasumieron su tradicional papel de elenco dirigente en el escenario nacional. Un ambiente social común, ciertas prerrogativas, alicientes y restricciones —al menos, con toda seguridad, por lo que hace al contrabando, "regularizado por unos pocos", con "apariencias legales" y carácter "exclusivo" (63)— revelan a las minorías comerciantes de la capital, los elementos comunes de sus posiciones y les permiten llegar a una definición común de su papel en la sociedad. Poco a poco, van aclarándose las ideas, precisándose los objetivos sociales, económicos y políticos, y adquiriendo vigor la conciencia de grupo. Se observa que en el tránsito

(63) Cf. "El Constitucional del Istmo", No. 9.

vertiginoso que marca el apogeo y decadencia de ese efímero pero activísimo período de auge comercial, un descontento social parece revelar a la vez el deseo y la impotencia de mejorar una situación que muchos se niegan ya a reconocer como válida. El nuevo hombre panameño, adquiere, sobre la base de aquella experiencia, la creciente convicción de que su vida no se presta más, en su aspecto social y económico, a seguir siendo interpretada y regulada por los principios y valores de la tradición peninsular. La adaptación necesaria a las variaciones del nuevo clima comercial requiere respuestas inmediatas y juicios independientes, libres de ilusiones convencionales o superracionales. El individuo que debe vivir de sus juicios y aprovechar sus oportunidades cuando se presentan, siente ya la necesidad de librarse de los antiguos moldes de vida, generalmente prescritos de antemano. En esta visión, surgente de los hechos de la vida misma, de urgencias vitales, concretas, el efecto inmediato es una racionalidad creciente, primero en la conducta económica, luego en determinadas situaciones derivadas de ella y, finalmente, en la concepción de los intereses propios de cada uno.

El 17 de agosto de 1810 se reúne en la Sala Capitular de Panamá, el Ayuntamiento provincial para escoger el diputado que debía representarlo en las Cortes extraordinarias convocados por la Junta de Gobierno de Sevilla (64). Al poco tiempo, el Istmo envía una segunda representación, y entonces, se perfilan definitivamente las aspiraciones colectivas. Por primera vez, en más de tres siglos, la voz de un pueblo, de sus anhelos y sus necesidades, iba a hacerse escuchar en el supremo cuerpo deliberante de España. ¿Qué solicita a las Cortes la diputación panameña? : franquicias comerciales y de inmigración, el restablecimiento de las antiguas ferias y, para su capital, el fomento de la vida educativa. La solicitud de nuestros representantes, José Joaquín Ortiz y Juan José Cabarcas, patentiza no sólo una clara noción de la función transitista del Istmo sino, y sobre todo, el grado de desarrollo que había alcanzado ya la conciencia criolla pre-independista. Por primera vez, el criollo de

(64) CASTILLERO R., Ernesto J. : El Dr. José Joaquín Ortiz y Gálvez, diputado panameño a las Cortes de Cádiz. En "Lotería", No. 75, Agosto, 1947. pág. 15.

la capital, ha cobrado plena conciencia de sí, esto es, de su realidad autóctona, pero sólo porque previamente se ha percatado de su inmersión en una circunstancia cuya explotación implica irremediablemente la superación de la antinomia istmeño-peninsular. Aquella inflexión representativa expresa, sin embargo, algo más que el mero ahondamiento de las raíces distintivas de una aguda oposición clasista; es ante todo, el surgimiento de una conciencia criolla, en tanto que totalidad específica. Ortiz y Cabarcas, se sentían, sin duda, exponentes —legalmente autorizados por cierto— de unos principios cuyo sustento real trascendía a sus respectivas individualidades. Su empeño no resultó por ello, mera defensa de intereses personales; por el contrario, fué la manifestación de necesidades urgentes, comunes a un grupo en proceso de consolidación y desarrollo.

A nadie escapaba que la perinecia transitista del Istmo —removido por fin de su prolongado letargo al retornar a su vieja tradición de País-Tránsito—, reclamaba enérgica y tenazmente realizaciones concretas e inmediatas: las gestiones de Ortiz y Cabarcas, son un claro índice. Desde sus inicios la carrera ha sido tal vez demasiado vertiginosa y, por tanto, menos segura. Y como una conciencia plétórica de sí misma, del Istmo como “centro y llave de ambas Américas” y de sus hombres, movía ahora las tendencias minoritarias, todos se arrojan en frenética competencia a la explotación de la veta que se piensa inagotable. Pero ni la imprudencia para asegurarse los éxitos alcanzados casi en forma inesperada, ni la irresponsable inatención de otros aspectos de la economía interna del país, impidieron al criollismo urbano insistir con tenacidad en conservar lo conquistado. Por ello, si su respuesta a la insurrección americana comenzó por un voto de lealtad a la Corona, éste fué válido sólo mientras la Metrópoli pudiera garantizar al alto Comercio del Istmo la seguridad de sus posiciones adquiridas. Desaparecidas éstas, sólo la excesiva concentración de tropas españolas pudo retardar en el Istmo, hasta 1821, el triunfo de la causa independista.

En efecto, las concesiones de la Regencia española y del propio Gobernador, de un sistema de amplias libertades comerciales y del privilegio para la restauración de las antiguas ferias, habían indudablemente predispuerto favorablemente los ánimos para que en agosto de 1812

se jurase en el Istmo con "general aplauso y regocijo" (65), la fidelidad al rey y la Constitución monárquica, expedida en la península el 19 de mayo de aquel año. Al Virrey Pérez se le antojó el Istmo, aquel día, un pueblo de "fidelísimos vasallos" (66). Y si el arrabal de extramuros prorrumpió en aclamaciones y gritos de "viva la nación: viva el Rey" (67), cuando desde el altar de la parroquia de Santa Ana, el cura Manuel Cayetano Betancourt, revestido de capa pluvial, lo exhortaba al cumplimiento de la Constitución; la alta sociedad capitalina concurreó al magno acontecimiento con "varias obras poéticas alusivas al asunto" y "dos Piezas Patrióticas" —que, dice un testimonio de la época, fueron representadas por "sugetos y damas principales del País" (68).

Probablemente, las ideas de la revolución francesa y de la Constitución norteamericana, a causa de que existía, aunque embrionariamente, una burguesía comercial, encontraron en el Istmo un clima favorable a su difusión. Pero evidentemente, la independencia no era para la nueva clase en formación, una simple aventura del pensamiento, o una empresa romántica. Ni el hecho intelectual ni el sentimental eran anteriores o superiores al hecho económico. Por ello, mientras las autoridades peninsulares siguieron velando por la seguridad y protección de sus intereses, permitiéndoles negociar sin trabas con todas las naciones, cualquier tentativa revolucionaria invocando aquellos principios, carecía totalmente de sentido. No debe extrañarnos entonces que hasta tanto al Istmo no le fuesen arrebatados aquellos beneficios se declarase el más humilde y fiel vasallo de la Corona. De ahí que despreciase "las invitaciones que le hacían los Gobernadores de Cartagena, Santa Fé y Antioquia, para que se uniese, adoptase y obedeciese los Planes de insurrección establecidos en todo el Reyno"; prepararse una expedición de 200 hombres, "400 fusiles y 4 cañones de Compañía, Artilleros y todo lo necesario para el servicio

(65) Archivo General de Indias, Sevilla. Ministerio de Gracia y Justicia. No. 31. Septiembre de 1812. Estante 7, cajón 1, legajo 26.

(66) Ibid.

(67) Ibid.

(68) Ibid.

de esta arma, costeándolos por Mar hasta Guayaquil, para que contubiesen los primeros progresos, que en aquella época hacía la insurrección" en Ecuador; enviase a Popayán "200 fusiles, 2 cañones de Campaña, sables, municiones y Artilleros"; y al Chocó, "una Compañía de 100 hombres del Batallón fixo al mando del Capitán Don Joseph de Fábrega" a fin de contener el alzamiento de aquellas provincias; remitiese a Santa Marta "la compañía de Granaderos de Infantería para contener a los de Cartagena, que la impedían"; enviase en "varias ocasiones al mismo punto más de 300 soldados"; pidiese a la Regencia el restablecimiento en el Istmo, del Tribunal de la Audiencia y el Virreinato de la Nueva Granada "al haberse arrojado de la Capital del Reyno" las autoridades legítimas y contribuyese "con dos terceras partes de los sueldos" que entonces se pagaban, a todos los empleados que a causa de la revolución tuvieron que emigrar a sus tierras, socorriese, asimismo, a la causa peninsular "con miles de pesos en efectivo y en harinas, menestras y tabacos y cuanto ha considerado necesario para que pudiese resistir a las tentativas de los revoltosos". Y, ¡el colmo!, costeasen sus señoras, con "un vestido completo a cada soldado, y 1000 pesos de obsequio" al Batallón Albuera, recién llegado a Santa Marta, procedente de Cádiz, obsequio que envió "el vello sexo", "con las mayores demostraciones de afecto..." (69). Etc., etc.

Mas he aquí, que en junio de 1814, merced a las instancias monopolistas del alto Comercio gaditano, la Regencia de España revoca el decreto sobre comercio libre que había concedido hacía sólo un mes a los pueblos americanos. La suspensión de aquel decreto, comenta Don Mariano, produjo consecuencias lo bastante importantes para que, al menos la actividad comercial no clandestina en el Istmo haya sido sensiblemente afectada, ya que —al menos así lo creía—, éste sería "el principal agraviado, por cuanto su posición geográfica lo hacía el depósito de mercaderías extranjeras. Y la duana de su nacionalización" (70); pero sobre todo, porque probablemente no sólo quedaba privado de un beneficio cuyo goce era de data

(69) Ibid

(70) AROSEMENA, Mariano: *Independencia del Istmo*. Imprenta Nacional, Panamá 1959, pág. 3.

muy reciente, sino también de todos aquellos otros privilegios que había venido aprovechando con carácter casi exclusivo desde hacía casi un lustro. Los efectos de aquella medida en la conducta socio-política del Istmo resultaron decisivos. **Entonces, comenta Don Mariano, sólo entonces “empezó a conocer Panamá la importancia de su independencia” (71).** Fué, en efecto, como si de un sólo golpe se hubiesen aclarado a la nueva clase, los últimos puntos oscuros que su conciencia colectiva no había alcanzado a precisar. En los restantes años de sumisión colonial, el grupo pudo aún realizar algunos progresos económicos, sobre todo a base de la explotación del comercio de contrabando. Pero como en lo sucesivo las autoridades peninsulares no podían seguir favoreciéndole, no tardó en ver en ellas, sino un émulo importuno e inútil que importaba a todo trance suprimir. Entonces fué claro que el desenlace inevitable no podía hacerse esperar más.

Ha sido pues del planteamiento objetivo de la realidad transitista del Istmo de donde ha arrancado, en definitiva, la conciencia del criollismo comercial como clase social autónoma. Ha comenzado a adquirir conciencia de sí, de su rol histórico como grupo. Pero porque al criollo se le revela que no constituye una entidad particular, aislada del conjunto, sino que representa una realidad colectiva y es la expresión de la síntesis de aspiraciones y necesidades comunes. De ahí deriva la clara noción de su significación social y de su misión histórica, la idea de la emancipación mental del coloniaje, de la realización plena del Istmo, de su independencia económica, política y espiritual, de su indisputable preeminencia intelectual, plenamente satisfactoria para el ejercicio burocrático y la reestructuración integral de las nuevas formas nacionales. Sabe que no podía permanecer por más tiempo relegado a un oscuro rincón de la vida social istmeña. Y que, en consecuencia, se imponía cuanto antes, complementar su fuerza económica asumiendo el poder político.

Afluencia y naturalización de “ideas exóticas”.

Es un error pensar, como sin duda ha sucedido, que se puede comprender la génesis del 28 de noviembre de

(71) Ibid.

1821 como fruto del influjo de un cuerpo de doctrinas liberales oriundas de Europa. Con ello, por cierto, no sólo no lograríamos rescatar las verdaderas fuentes histórico-sociales que explican aquel movimiento, sino que ni siquiera podríamos revalidar un factor de nuestro acacer ideológico, sobremanera importante, que desgraciadamente, ha sido poco menos que ignorado por la historiografía patria: la génesis del liberalismo panameño. En realidad, tanto nuestro liberalismo como los sucesos del trance novembrino, hallan sus orígenes en la agudización de una tácita contradicción clasista cuyo precipitado —la antinomia istmeño-peninsular— concluiría por disolver definitivamente el coágulo que ahogaba la existencia social istmeña. Las violentas transformaciones que en la estructura mental de la Colonia, a causa del “conflicto de lealtades”, que como consecuencia de la invasión napoleónica a España se produjo; la abrupta alteración de la vida económica del Istmo; y por último, la conmoción revolucionaria americana, motivaron innegablemente, en la conciencia de nuestros criollos, mayor impacto que el que probablemente pudo ejercer la asimilación del nuevo elenco de doctrinas. Es cierto, que el efluviio de ideas modernas procedentes principalmente de Europa, halló en el Istmo un clima propicio a su difusión. Pero esto fué así, porque aquí había un cuerpo colectivo en proceso de estructuración y crecimiento, que a causa de sus necesidades e intereses económicos, no podía permanecer totalmente inmune al virus revolucionario que aquellas ideas de cuño liberal traían consigo. Si el nuevo ideario arraiga en el Istmo, es porque el criollo ilustrado de la Zona, halla en él la expresión formal de sus problemas concretos, materiales. Y porque se percata de la posibilidad de resolver con él las múltiples tensiones que en su vida cotidiana ha vivido en forma de conflicto social. Todo ello implica, que el proceso de adaptación y trasplante del nuevo sistema de ideas en el Istmo, se nos muestra desde sus inicios, como una proyección del planteamiento objetivo de la situación social que en él se había producido. O, lo que es igual, que el ensayo de “naturalización” del nuevo ideario, no era ni primero ni anterior a aquella realidad histórico-social, de la cual, en realidad, procedía. Primeramente ha sido entonces, una conciencia colectiva, ranurada ciertamente por hondas inquietudes sociales y económicas; sólo después, una ex-

presión ideológica, en función de los intereses y requerimientos de la misma. Por cierto, será sólo más tarde, cuando aquella adopción de ideas foráneas, filosóficas y políticas, alcanza a cristalizar en un repertorio de ideas y valores que "sirven" para realizar las múltiples aspiraciones, intereses e ideales del nuevo grupo.

El pueblo en la gesta novembrina.

En la lucha independista el conjunto criollo y las masas populares de la Zona se funden en un sólo haz de resistencia frente al coloniaje. Pero si es explicable la uniformidad de ese sentimiento colectivo en el momento inicial de la emancipación, el proceso social posterior, que escindió los grupos en tendencias antinómicas queda aclarado, en cambio, por la diversidad que es fácil establecer en los grupos que formaban la sociedad panameña de entonces, cada uno de los cuales poseía una mentalidad, e intereses sociales, políticos y económicos hartó distintos, en función de los cuales reaccionó ante el hecho consumado de la revolución. Por cierto, no había en lo absoluto coincidencia, no sólo de ideas; ni siquiera de propósitos en el afán emancipista de ambos grupos, entonces, sólo virtualmente antagónicos. Esta diferencia emana precisamente de un evidente contraste clasista que hacía imposible cualquier adecuación de intereses e ideologías. Este contraste se enuncia, por una parte, en el notable desdibujamiento del grupo popular como entidad social específica, con elenco de valores propios e intereses definidos y por otra, en la clara conciencia de grupo, por parte de nuestros próceres ilustrados, plenamente convencidos de sus aspiraciones materiales y poseedores de un cuerpo de doctrinas relativamente bien estructurado.

Es obvio que la fórmula ideológica de cuño liberal en las clases criollas ilustradas no podía descender a la masa totalmente libre de escorias. Verdad que no faltaron guías espirituales. Pero la masa analfabeta estaba muy lejos de ofrecer un campo propicio para la asimilación de principios filosóficos conducentes a la formación de una conciencia revolucionaria ampliamente generalizada. El pueblo reaccionaba más por instinto de defensa contra las persecuciones y los hechos materiales que conspiraban contra su seguridad y el libre juego de sus intereses. Había, con todo, objetivos concretos, inmediatos que la masa intuía con agudeza; urgencias

vitales que, sin duda, al menos así el pueblo lo creía, encontraban respuesta en aquel lenguaje claro y transparente de la nueva ideología. Por eso, cuando el criollo se lanza a la revolución para expulsar al peninsular y sustituirlo en el poder, el pueblo le sigue porque intuye un cambio que ha de significar el cambio de su situación. Evidentemente, no ha podido adivinar que lo que se debate en la empresa libertaria no son sus intereses sino los de las élites ilustradas.

Hacia el 22 de octubre de 1821 el Gobernador del Istmo, Mariscal Juan de la Cruz Mourgeon, a quien la Corona había prometido el título de Virrey si lograba reconquistar las dos terceras partes de la Nueva Granada, zarpa hacia Quito con una expedición militar. Del destacamento de unos mil cuatrocientos hombres que guardaba al Istmo, Mourgeon llevó en su expedición "pacificadora", "dos cuerpos de infantería, Cataluña y Cádiz, dos escuadrones desmontados i algunos artilleros" (72), en total unos mil cien soldados, dejando los restantes trescientos en Panamá bajo las órdenes del militar istmeño José de Fábrega. "Los momentos, comentaba Mariano Arosemena, eran de aprovecharse para ir preparando la ejecución del plan de nuestra emancipación de España" (73). Pero, agrega, "no era dable hacer mediante sólo la voluntad, lo que requería una posibilidad perfecta para la empresa" (74). Y concluye, "era el cuidado de los corifeos de la independencia istmeña prevenir todo acto inconsulto y precipitado" (75). De modo que hallándose el Istmo en condiciones óptimas para precipitar la gesta, al mando de las tropas, considerablemente reducidas, un militar panameño, y los ánimos plenamente dispuestos, todavía nuestras élites seguían considerando toda tentativa "un alzamiento repentino" (76), y aún se pensaba que "no había sino adoptar medidas que con seguridad nos condujeron al fin apetecido" (77). La delicada cuestión que éste último párrafo plantea no ha hallado aún

(72) AROSEMENA, Mariano : Apuntamientos pág. 125.

(73) Ibid.

(74) Ibid.

(75) Ibid. El subrayado es nuestro.

(76) Ibid. pág. 126. El subrayado es nuestro.

(77) Ibid. El subrayado es nuestro.

por desgracia entre nuestros historiadores, una adecuada respuesta. El mismo Mariano Arosemena coautor del movimiento, se desentiende, deliberadamente creemos, del problema. La única fuente, que hasta donde sabemos, se ha referido al asunto, la constituye el libro de viajero francés Gaspar Mollien, "Viajes por la República de Colombia en 1823" (78). Mollien, para quien el acontecimiento novembrino no podía ser motivo sino de una observación imparcial y desapasionada, hacia al respecto el siguiente comentario: la coyuntura que ofreció la salida de Mourgeon y sus expedicionarios hacia Quito, no podía ser más propicia "a los criollos para sublevarse". Y agrega, "pero temiendo que los negros se aprovecharan del momento para insurreccionarse, ellos, a su vez, se ingeniaron para prevenir esa catástrofe" (79). Esto significa en pocas palabras, y creemos que la apreciación de Mollien es exacta, que aquella "prudencia" tan decantada por nuestros independentistas, obedecía a razones de orden más hondo, evidentemente, a un vago temor de que con la participación violenta de las masas en la gesta, se alterara el "status" social prevaleciente. Fuente de desórdenes y corrupción, las masas desposeídas constituían por cierto, una amenaza latente a la propiedad. Y, después de todo, o al menos así lo confesaba Un Istmeño (probablemente Blas Arosemena), "la seguridad de la persona y de las propiedades fue el objeto de nuestra santa lucha" (80). Estas palabras, que aparecen en el texto de donde han sido tomadas, como conclusión a unas consideraciones sobre el pensamiento de Benjamín Constant, probablemente el más grande liberal francés del siglo XIX, de-

(78) MOLLIEU. Gaspar: Viaje por la República de Colombia en 1823. Publicaciones del Ministerio de Educación de Colombia. Imprenta Nacional, Colombia, 1944.

(79) Página 315. El subrayado es nuestro.

(80) 1825. Debates de la Cámara del Senado de la República de Colombia del día 4 de febrero del año décimo quinto, sobre el reconocimiento del acta de independencia de Panamá, á consecuencia del proyecto de decreto que presentó el Dr. Blas Arosemena senador por el Departamento del Istmo; y documentos exhibidos para su lectura. Por Juan Antonio Calvo. Cartagena, Colombia. 1826, pág. VII. Subrayado nuestro.

notan, por cierto, un temprano dominio y una honda penetración —con todo lo que ello implica— de la filosofía política del autor de “Curso de Política Constitucional” y “De l’Espirít de Conquete et de l’Usurpation dans leurs rapports avec la Civilisation Européenne”; pero sobre todo, revelan el alto grado de conciencia de aquel pensamiento —y Blas Arosemena eran un genuino representante de las élites criollas—, de estar sirviendo a objetivos específicos de las clases propietarias. Se comprende entonces, que para el nuevo grupo fuera indispensable evitar a todo trance, cualquier riesgo que pusiera en peligro su existencia como clase social privilegiada y, por ende, la posible entronización de cualquier otro grupo; y que, en consecuencia, la independencia “debiera” realizarse con “suma cautela” (81) “estrategia y diplomacia” (82) y sin violencias ni “desgracias” (83) —“por excusar el derramamiento de sangre” (84)— cuyas imprevisibles consecuencias, de quien sabe qué posibles proyecciones sociales, acabarían con toda probabilidad por estropear sus altas pretensiones de comando sobre el nuevo Estado en proyecto. (85).

A nadie escapaba sin embargo, que la soldadesca veterana, así y todo reducida como estaba, constituía aún un freno de contención relativamente peligroso a los planes escisionistas. Pero los momentos eran preciosos y no había tiempo que perder. Entonces, confiesa don Mariano,

(81) AROSEMENA, Mariano: *Independencia del Istmo*, pág. 33.

(82) *Ibid.* pág. 38.

(83) *Ibid.* pág. 44.

(84) *Ibid.*

(85) Esta marcada tendencia a impedir en la gesta escisionista la participación de las masas, o de cualquier otro grupo: de ensayar tomar decisiones, con la deliberada omisión del voto de otros grupos o clases, y a escala nacional; o, para decirlo en jerga sociológica, de querer representar la sociedad global (Véase Gurvitch Georges, *El Concepto de Clases Sociales*, de Marx a nuestros días, Ediciones Galatea/Nueva Visión, Argentina, 1957), dice mucho de la nueva clase en ascenso. Por cierto, este hecho no ha escapado totalmente a nuestra historiografía. En los escritos de Don Mariano, conspicuo representante de la nueva clase, escribe Rodrigo Miró, “asoma un complejo clasista y urbano. A ratos, al hablar del

y sólo después de “profundas meditaciones” (86), fué que la clase propietaria llegó a reconocer que, por su significación numerica, las masas se podían aprovechar. Rápidamente, añade don Mariano, se ensayó “popularizar las ideas sobre la independencia por medio de sociedades políticas, compuestas de las masas populares” (87). Pero este hecho, de la decisión repentina y tardía, casi en los albores mismos de la gesta, de las élites criollas, de hacer uso de las masas, revela ya algo sumamente indicador; a saber, que si bien le niegan significación a la mayor o menor consciencia que éstas pudieran tener sobre lo que estaba sucediendo, reconocían en cambio, el peligro que, precisamente por ello, por inconscientes, sin el control por sociedades secretas y una opinión bien regulada por élites ilustradas, podrían representar.

No fue preciso, sin embargo, apelar a las masas populares, y la independencia pudo consumarse en forma incruenta. Sobre los recursos que los criollos emplearon para hacerla posible, decía Gaspar Mollien desenfadadamen-

pueblo sentimos que interpone una distancia. Por otra parte, alude al movimiento de la Villa de Los Santos en términos que pretenden restarle significación” (MIRO, Rodrigo: *Dos Palabras*, En Mariano AROSEMENA, *Independencia del Istmo*, pág. XV.). Es la misma actitud que vemos repetirse constantemente en el curso de los años sucesivos. Tal es el caso, por ejemplo de José de Obaldía, cuando se refiere a la “despreciable revolución de castas” de 1830, promovida por José Domingo Espinar en unión del arrabal santanero (Véase Gaceta Oficial de Bogotá, No. 1171, 17 de noviembre de 1850. También, ESPINAR, José Domingo: *Resumen histórico que hace el general..... de los acontecimientos políticos ocurridos en Panamá en el año de 1830. apellidados ahora revolución de castas por el Señor José de Obaldía*. Imprenta de José Angel Santos. Panamá, 1851); El caso también de los “istmeños”, que así se autodenominaban los de casaca y levita de intramuros, cuando aludían despreciativamente a los negros y a las masas humildes del arrabal con el sobrenombre de “mongutos”. Cfr. las Actas de los movimientos emancipistas de 1831 y 1840, que aluden a Veraguas restándole importancia.

(86) AROSEMENA, Mariano: Apuntamientos. pág. 126.

(87) *Ibid.*, pág. 126-127.

te: "Se pusieron al habla con los oficiales españoles, persuadiéndolos de que toda la población estaba de acuerdo para acabar con ellos, les hicieron ver la confianza que tenían en sus propias fuerzas comparándolas con el escaso número de hombres que ellos tenían bajo sus órdenes; no les costó mucho trabajo inducirlos a traicionar su bandera pagándoles a toca teja los dos meses de sueldo que les debía el Gobierno español; aquel mismo día se les envió a Chagres, desde donde se embarcaron para La Habana..." (88). Cuando el General Montilla, encargado de preparar en el Magdalena una expedición militar para liberar al Istmo de la Corona, supo que los istmeños se le habían adelantado, acto seguido exclamó: "no puede negarse que Panamá es un país de comerciantes: ha sabido evitar los horrores de la guerra, especulando a buena hora su independencia" (89). En defensa pues, de sus intereses de grupo, es la minoría comerciante de la Zona, la sólo autora del 28 de noviembre. En toda la fuerza del término, ha sido un movimiento de clase, como lo revelan los medios ingeniosos que el criollismo urbano supo emplear con increíble sagacidad política; la clara percepción de los intereses económicos, transitistas, que se hallaban a su base; y su resistencia más o menos radical a compartir las responsabilidades de la gesta con cualquier otro grupo. La obra que realizaron demuestra altamente la significación de su fuerza como realidad colectiva; la clara conciencia de su misión histórica como clase social; y sobre todo, es una anticipación precoz de lo que el nuevo hombre panameño será capaz de realizar durante el siglo XIX.

(88) MOLLIEEN, Gaspar: op., cit. pág. 315.

(89) "Comercio-Libre" No. 15, domingo 23 de marzo de 1834.

Algunos Comentarios sobre el Informe de la CEPAL

Por

Carlos E. Ayala Jr.

El tema del crecimiento económico no puede calificarse de preocupación de reciente origen. Aún admitiendo que no hubiese una conciencia clara de los objetivos y de los medios con qué alcanzar dichos objetivos, y de que fuesen o no planteados en términos comunales, el hecho sencillo de producirse un excedente económico —en el sentido de producirse bienes en exceso de las necesidades de consumo inmediatas— representa, si se quiere, el paso entre salvajismo y barbarie. Este hecho, elemental, indudablemente, ha sido sustentado en las investigaciones de más de un antropólogo. Parece ser cosa generalmente aceptada que el crecimiento del excedente económico y su usufructo por determinadas clases sociales ha desempeñado una función estratégica en las luchas que han caracterizado el desenvolvimiento de las civilizaciones. La antigüedad, el medioevo y el mundo contemporáneo podrían representarse, en una hipótesis audaz si se quiere, como etapas de crecimiento del excedente económico, proyectándose la lucha por su control en los debates ideológicos entre los apologistas de los sistemas vigentes y aquellos que defendían los intereses de los grupos de reciente formación.

Si hay un área donde esta lucha parece adquirir perfiles más precisos es en el campo de la ciencia económica, particularmente a partir de los escritos de los fisiócratas y los mercantilistas. Pero no fue sino con la publicación, a finales del Siglo XVIII, de la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith cuando parece iniciarse un estudio sistematizado del progreso económico, señalándose sus factores determinantes y los obstáculos que entorpecían su desarrollo. Smith indicó que el aumento de la "riqueza

nacional" se debe al aumento de la productividad del trabajo, consecuencia ésta de la división de las actividades productivas y de la acumulación de capital.

Thomas Robert Malthus, otra figura de la llamada escuela clásica, resaltó la contradicción entre la necesidad de la acumulación de capital (proceso ahorro-inversión) y su consecuencia, la contracción de la demanda efectiva. Su contribución primordial a la teoría del crecimiento económico fue, sin embargo, la formulación del concepto de población como una variable —magnitud económica que cambia dentro del tiempo y espacio que sirve de marco a las investigaciones— y no como un factor inmutable.

Friedrich List, ubicado por los historiadores de la teoría del desarrollo económico como perteneciente a la Escuela Nacionalista, publica en 1841 su **Sistema Nacional de Economía Política**. Su posición respecto al crecimiento económico hay que interpretarla a la luz del atraso que en materia de industrialización experimentaba en esa época su país natal, Alemania, y las relaciones económicas que de esa situación se derivaban entre países poco desarrollados y países altamente desarrollados. Los conceptos contemporáneos de periferias y centros de dominación encuentran en List un precursor, igual que su descripción de las etapas de desarrollo como la agrícola, la agrícola-manufacturera y la agrícola - manufacturera - comercial coinciden con las que los economistas contemporáneos han dado en llamar actividades primarias, secundarias y terciarias. La necesidad de la industrialización de un país eminentemente agrícola a fin de que pueda absorberse el excedente de población rural y la protección arancelaria como vehículo de la industrialización son dos de las más significativas contribuciones de List a la teoría y la práctica del desarrollo económico.

Extraordinariamente difícil resulta en una reseña de esta naturaleza señalar, aún someramente, las aportaciones de Carlos Marx al desenvolvimiento de la teoría del desarrollo económico. Su concepción de los sistemas económicos como "organismos" —a diferencia de la tendencia clásica a considerarlos como "mecanismos"— que nacen, se desarrollan y fenecen para dar lugar a nuevos sistemas; la introducción y elaboración del fenómeno que él calificó de correspondencia necesaria entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; su análisis de

los factores que impulsan las fuerzas de desarrollo capitalista; sus modelos de reproducción capitalista contruídos en base a las divisiones entre el sector productor de bienes de consumo son apenas algunas de las contribuciones de Marx como economista a las preocupaciones contemporáneas por la dinámica, la desocupación estructural, la estrechez del horizonte de inversiones.

Que el contenido de **La Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero**, publicada por John Maynard Keynes en 1936, pueda ser calificado de revolucionario es cuestión de opinión, de simpatía —o ausencia de ella— o en último análisis de semántica. El hecho importante es que si rompió Keynes con muchos vínculos que podríamos calificar de fundamentales con la Escuela Neo-Clásica formada por los continuadores de Marshall, Jevons, Walras y Pareto. Aunque parece haber conservado ciertos conceptos que todavía lo identifican con la escuela subjetiva del valor —el análisis marginal y bastante dosis de psicologismo— Keynes negó la validez de la teoría de mercados de Jean Baptiste Say (al cambiarse los productos contra los productos, la oferta global es siempre igual a la demanda global), indicando la insuficiencia de la demanda, como la verdadera realidad. Las relaciones de causalidad, que parecían haber sido descuidadas por los Neo-Clásicos, fueron señaladas por Keynes como características del sistema económico, sustituyéndolas por las consagradas relaciones de funcionalidad o interdependencia. **La Teoría General** fué, indudablemente, una nueva postura ante la crisis del capitalismo occidental en la década de los treinta, y representa, aún con sus limitaciones, el esfuerzo de mayor trascendencia entre los "ortodoxos" por analizar la realidad económica del capitalismo contemporáneo, diagnosticar sus males e indicar los remedios a la enfermedad.

Aunque el tema primordial de la **Teoría General** fué el análisis a corto plazo de una economía altamente industrializada —enfoque que considera como constantes algunos factores de la realidad económica tales como el acervo de capital, la población, la distribución de los ingresos— los instrumentos de análisis incorporados por Keynes a su obra y desarrollados posteriormente por sus seguidores han ejercido una importancia significativa en el desenvolvimiento de la teoría de desarrollo económico. Enfoques como el **Macroeconómico** o de conjunto, a diferencia del

Microeconómico de los Clásicos que tendía a circunscribir su campo de estudio al análisis de una unidad económica dada, aislándola de los llamados "efectos perturbadores" originados en el comportamiento de otras unidades económicas; su interés por hacer del estudio del Ingreso Nacional y sus componentes básicos, el Consumo y la Inversión, un primer, y significativo paso, hacia la cabal comprensión de la realidad económica contemporánea su aplicación —discutible en muchos casos, si se quiere— de las "propensiones marginales" (respuestas de sujetos económicos ante incrementos o disminuciones en su ingreso) son algunos de los pilares que sostienen el aparato teórico al que se denomina hoy día Teoría del Desarrollo Económico, y que han dado lugar, entre otras cosas, a los modelos de crecimiento.

Es dentro del contexto de este aparato teórico, cuya trayectoria ha sido muy superficialmente señalada en los párrafos anteriores, donde deben ubicarse los estudios de las economías nacionales efectuados durante los últimos años por organismos especializados de las Naciones Unidas. Dichas investigaciones responden a las preocupaciones que parecen experimentar los gobiernos por problemas cuya solución en el nivel académico y práctico se había confiado a los "mecanismos de mercado y precios", solución ésta que presumía la existencia de condiciones que difícilmente se dan en los países llamados sub-desarrollados.

Parece ser que los bajos niveles de vida, la desocupación y la subocupación, las tasas de crecimiento demográfico más allá del incremento de nuestra capacidad productiva, la vulnerabilidad de nuestras economías a las intensas fluctuaciones en los mercados internacionales, todos estos síntomas de una crítica enfermedad "estructural" que experimentan los países sub-desarrollados, han originado un profundo impacto en la opinión de los grupos que hasta fecha reciente habían considerado como inevitable la miseria generalizada, y que habían señalado insistentemente como causas de ésta factores que no juzgaban susceptibles de soluciones racionales.

Los experimentos en planificación de los países socialistas y el aumento resultante en su capacidad productiva y en sus niveles de vida —por más que a este hecho no parece dársele la trascendencia que merece— conjuntamente con una toma de conciencia por parte de grandes sec-

tores de nuestras poblaciones de la crítica condición de nuestra realidad económica parecen haber contribuido mayormente a un cambio de actitud hacia el tema del desarrollo económico.

El Desarrollo Económico de Panamá (1) está dividido en dos campos de análisis y exposición: el histórico, cuyo objeto es el estudio del desenvolvimiento de la Demanda Global y la Oferta Global (2) y sus componentes durante el período comprendido entre 1945 y 1956; y el predictivo que, basándose en los cambios en las relaciones estructurales observados durante el período histórico, establece mediante el método de proyecciones, la evolución de la economía panameña durante el período comprendido entre 1957 y 1966 hacia dos situaciones alternativas. Una de ellas, la pesimista, predice una disminución en el nivel medio de vida del panameño. La otra establece la posibilidad de un mejoramiento del consumo privado por habitante. La diferencia fundamental entre ambas proyecciones estriba en la intensidad de los cambios en los componentes de la Demanda Global (la evolución de la capacidad para importar, el consumo privado, la inversión privada y los gastos públicos) y la Oferta Global (la evolución del producto bruto y de las importaciones).

Nuestra posición geográfica, señala El Análisis, que tradicionalmente ha sido el factor determinante de los auges y contracciones de nuestras actividades económicas, sigue representando durante el período 1945-1956 un papel por demás estratégico. El aumento sustancial durante la Segunda Guerra Mundial de las actividades de construcción y defensa de la Zona del Canal, así como el marcado incremento de la población civil y militar tanto en la Zona del Canal como en la República de Panamá, trajo como consecuencia un aumento significativo en la demanda de bienes y servicios. Este hecho en sí, con las modalidades inherentes a distintas etapas históricas, no deja de ser sino una repetición de situaciones anteriormente

(1) Comisión Económica para América Latina, Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico: El Desarrollo Económico de Panamá, Documento mimeográfico No. E/CN.12/494, 1o. de abril de 1959.

(2) La Oferta Global es definida como la disponibilidad real de bienes y servicios, siendo la Demanda Global los sectores que compiten por su uso.

vividas por el país. Pero surge una variante fundamental que parece ser el elemento determinante de los cambios de estructura durante el período histórico de estudio.

Anteriormente los períodos de auge y contracción poco afectaban la estructura económica del país. Debido a la relativa inelasticidad de la oferta interna —consecuencia a su vez de un escaso desarrollo del capital social básico del país y de la orientación tradicional institucional, así como el verse expuesto el productor panameño a la competencia del productor extranjero— los aumentos en la demanda global se traducían en un aumento en las importaciones o en cierta tendencia alcista en los precios. Se diluía —si se puede expresar en esta forma— la bonanza en un beneficio para los países que tradicionalmente han servido de proveedores nuestros y en un aumento en las utilidades de los grupos que por su posición dentro de la realidad institucional nuestra eran los que en mejor situación estaban para aprovechar los beneficios de los aumentos de precios.

Durante el período de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, la capacidad productiva norteamericana (nuestra fuente principal de suministros de bienes) estaba dedicada en alto grado a la satisfacción de las necesidades bélicas propias y de sus aliados. Este hecho, conjuntamente con las limitaciones en las facilidades de transporte, disminuyó sustancialmente nuestra posibilidad de satisfacer el decidido incremento en la demanda de bienes de capital y consumo. Vivíamos una situación que podría describirse como de una continua y creciente inyección de ingresos y serias presiones a la disponibilidad de bienes de origen externo.

Dado que era difícil prever la duración del conflicto bélico y aparentemente ante la situación crítica que, muy bien podría agudizarse —basta recordar que no fué sino hasta años recientes cuando hemos dejado de depender de la importación de algunos productos alimenticios básicos— no le quedó otra alternativa a nuestro gobierno que establecer una política tendiente al incremento de nuestra producción interna. Se ampliaron los sistemas de carreteras, se establecieron centros de compras de productos agrícolas en distintos lugares del país, y se intensificó la distribución de semillas, insecticidas e implementos de trabajo del campo.

En la medida en que le fué factible debido a las limi-

tadas posibilidades de importación de bienes de capital, la inversión privada se reorientó hacia la producción interna al no verse expuesta a la competencia de productos extranjeros. La integración a la economía monetaria de importantes sectores agrícolas que hasta ese período habían estado en mayor o menor grado marginados de los mercados urbanos, el crecimiento apreciable en la población urbana —desplazamiento de población rural hacia las ciudades e inmigración— y la “creación de grupos económicos cuyo interés vital reside en el mantenimiento del nivel de producción interna” (3) parecen ser los rasgos principales que caracterizaron la economía panameña al terminar la Segunda Guerra Mundial. La acumulación de fondos líquidos y la concentración en las ciudades de Panamá y Colón de una fuerza de trabajo con distintos niveles de destreza o calificación, pueden quizá completar la descripción de nuestra estructura económica hacia el año de 1945. Con la terminación de las actividades relacionadas con la defensa del Canal de Panamá, la caída de la demanda externa —representada en nuestro caso particular por la remuneración de la fuerza de trabajo y los ingresos por los suministros de bienes y servicios de dicha Zona— repercutió significativamente en los otros componentes de la Demanda Global. Las necesidades de consumo e inversión diferidas durante el período de guerra y la acumulación de fondos con qué satisfacer dichas necesidades retardaron los efectos depresivos de la violenta caída de la demanda externa hasta el trieno de 1949-1951.

Entre los años de 1952 a 1956, últimos del período de estudio, se experimenta una recuperación de la actividad productiva, aunque no se vuelve al nivel de ocupación del período inicial debido al hecho de que la demanda externa representada por la Zona del Canal de Panamá y el renglón de Tránsito y Turismo tienden a normalizarse por debajo de los niveles alcanzados durante la guerra.

Señala el Análisis que el fenómeno de mayor importancia durante el período 1945-1956 fué el cambio en la composición de la Demanda Global. Efectivamente, la Demanda Externa disminuyó su participación del 36.5% de la Demanda Global experimentada en 1945 a un 20.7% en 1956. Es de notar que los porcentajes indicados representan participaciones de una Demanda Global que cre-

(3) Página 8.

ció de B/.361.1 millones en los inicios del período a B/.447.2 millones en el año de 1956.

El consumo privado por habitante creció durante el período a un ritmo anual del 2.7%. Este aumento se debió a la satisfacción durante este lapso de las necesidades de consumo que hubo que diferir durante los años de guerra y al aumento en los niveles mínimos de consumo privado también resultado del período de auge anterior. Es fenómeno conocido el hecho de que ante disminuciones en su nivel de ingresos, el consumidor privado no disminuye en igual proporción su consumo; existen, por así decirlo, niveles mínimos socialmente condicionados por patrones de consumo experimentados en períodos anteriores de bonanza.

El comportamiento de la inversión privada, indica el Análisis, reflejó, con cierto atraso, los cambios en la demanda externa. Esta relación de causalidad parece ser de particular importancia al procederse posteriormente a postular las hipótesis de desarrollo.

Los gastos del sector público experimentaron contracción durante los cinco primeros años del estudio. Aumentaron significativamente a partir de 1950, siendo financiado dicho aumento con un aumento apreciable en la deuda pública interna. Señala el Análisis la relativa inflexibilidad del sistema tributario panameño debido mayormente a su dependencia de los impuestos indirectos, particularmente a los que gravan las importaciones.

El impacto del aumento en los gastos públicos a partir de 1950 fue altamente beneficioso. Además de sus efectos sobre la demanda interna mediante la generación de ingresos, contribuyó en grado importante a la formación de capital y a la consiguiente ampliación de la capacidad productiva del país.

Es interesante resaltar el hecho de que el aumento en el gasto público no significó una contracción en el gasto privado. Señala el Análisis que ésto se explica por la colocación de porciones importantes de las obligaciones del gobierno en instituciones del estado, haciendo posible la utilización de fondos hasta entonces ociosos.

Podría esperarse, así mismo, que los efectos saludables del aumento en el gasto público pudieran haber sido debilitados por un aumento en las importaciones. Este fenómeno —denominado por los economistas contemporáneos de filtración o escape— no sucedió, posiblemente de-

bido al cambio de orientación de la producción hacia la actividad interna, con el consiguiente aumento en las disponibilidades de bienes de consumo de origen nacional.

Procede luego el Análisis a considerar el desenvolvimiento de la Oferta Global durante el período 1945-1956, señalando que sus componentes —Producto Bruto e Importaciones— se desarrollaron en forma parecida. A pesar de que el producto bruto creció de B/264.8 millones en 1945 a B/429.4 millones en 1956, el producto bruto por habitante disminuyó durante el mismo período de B/.377 por persona a B/.346. Este fenómeno contrasta marcadamente con el desarrollo del consumo privado por habitante que aumentó durante el mismo lapso de B/.234 a B/.281, adelantándose como explicación a esta aparente contradicción el cambio ocurrido en la composición del producto bruto por sectores a favor de las actividades internas y en desmedro de las actividades orientadas a la exportación.

En la utilización de los recursos productivos del país se pueden observar, continúa el Análisis, dos períodos fácilmente identificables: uno de ocupación plena de instalaciones productivas y fuerza de trabajo; y otro en el cual, al disminuir considerablemente la demanda externa, tiende a mantenerse la demanda interna a niveles elevados, caracterizándose este período por la coexistencia de un alto nivel de ocupación del equipo productivo y desocupación de parte importante de la población activa del país. “Ello se debe fundamentalmente a que mientras la demanda que se redujo era básicamente una demanda de servicios personales, la que estaba expandiéndose era sobre todo una demanda de bienes y servicios básicos. En la producción de estos últimos, el monto de la ocupación está determinado por el equipo de capital existente, y es evidente que éste no pudo haber crecido en un período tan corto en la medida necesaria para absorber la fuerte proporción de recursos humanos ociosos”. (4) Aún admitiendo el caso hipotético de que hubiese podido crecer tan rápidamente el equipo productivo —añadiríamos nosotros— podría señalarse la posibilidad de que las inversiones llevadas a cabo durante el período hayan sido de alta composición de capital fijo ahorrador de mano de obra.

Señala el Análisis el papel orientador que jugó durante el período de estudio el cambio en la estructura de

(4) Página 111.

costos relativos de Panamá con el resto del mundo (particularmente con los Estados Unidos de América). Los precios en este último país subieron en forma apreciable después de 1948 mientras que el nivel de precios en Panamá disminuye decididamente desde esa fecha. Los costos de producción en Panamá tienden así a bajar en comparación con los de los Estados Unidos de América, razón por la cual el producto panameño tiende a "abaratarse" en el exterior lográndose, hasta donde fué posible, un aumento en las exportaciones tradicionales e iniciándose la exportación de nuevos productos. El "encarecimiento" relativo del producto importado —particularmente de alimentos elaborados— contribuyó notoriamente al proceso de sustitución de importaciones, proceso que se había iniciado con el cambio en la política económica del país de una posición más o menos librecambista hacia la decidida protección de las actividades productivas nacionales.

Continúa el Análisis con el estudio del comportamiento de los sectores de la oferta interna durante el período 1945-1956, destacando los cambios experimentados por dichos sectores. El aumento en el producto bruto de los sectores Agropecuario, Manufacturero, Construcción, Electricidad, Gas y Agua, Transportes y Comunicaciones, tiende a orientarse hacia la producción interna, respondiendo así al crecimiento en el consumo privado.

Al comentar la oferta de origen externo, se señala el hecho de que las importaciones durante el período de estudio aumentaron en un 20.0%. Es interesante notar que se calcula que durante los años de 1945 y 1946 las compras en la Zona del Canal representaban cerca de una tercera parte de las importaciones, mientras que en los años siguientes, y como consecuencia de la notable reducción de la fuerza de trabajo panameña en la Zona del Canal, las compras efectuadas en dicha jurisdicción se redujeron al 15% del total de las importaciones del país.

El Análisis indica entre las posibles repercusiones de la cesación de privilegios de compra en la Zona del Canal, por parte de los empleados panameños, una disminución del ingreso real de los trabajadores afectados debido al nivel más alto de precios en la República de Panamá, y un mejoramiento consiguiente en las utilidades del sector urbano comercial.

Es conveniente llamar la atención con referencia a este asunto, a lo que parece ser un caso evidente de la si-

tuación de fuerza relativa de ciertos grupos que han participado —y todavía participan— en la lucha por la consecución de mayores y mejores ventajas para Panamá como país que hizo posible la construcción del Canal. El cambio en la fuente de abastecimiento de productos de consumo de los empleados panameños de la Zona del Canal hacia las organizaciones de venta situadas dentro de nuestra jurisdicción, en vez de resultar en un aumento en el nivel de ocupación de por lo menos parte del sector comercial, parece más bien haber mejorado las utilidades de ciertas empresas cuyos volúmenes de venta han tenido que multiplicarse. El grado de integración que prevalece particularmente en las pocas empresas importantes que se dedican a la venta de productos alimenticios ha tendido a facilitar el aprovechamiento de esta situación. El aumento sustancial de sus volúmenes de venta y la consiguiente baja en los costos unitarios de operación no se han reflejado en precios menores para el consumidor. Indica el Análisis, sin embargo, que “—en la medida en que ciertos artículos que se compraban en la Zona eran importados —como el azúcar, el café, la carne, y otros que se producen en Panamá— esa importación desaparecerá y contribuirá en cambio a ampliar la demanda interna del producto panameño”. (5)

Finaliza el estudio del período histórico destacándose

-
- (5) Página 176. Es interesante señalar el hecho de que la carne, el café y el azúcar no parecen representar una proporción importante de la suma que del presupuesto familiar destinan los empleados panameños en la Zona del Canal a su alimentación. Podría inclusive sugerirse en el nivel conjetural que los patrones de consumo de alimentos de los empleados panameños en la Zona del Canal abarcan mayor variedad de productos alimenticios elaborados. Lo importante, sin embargo, es insistir en que el deterioro de la posición real del trabajador panameño en ese sector no parece haberse tomado en cuenta, sobre todo cuando se descubrió que los aumentos en los niveles de sueldo en la Zona del Canal no se podían hacer efectivos sino con posterioridad. El decidido apoyo financiero y administrativo del gobierno panameño al establecimiento de una cooperativa de consumo hubiese sido quizás una solución que aunque más acertada, no hubiese tenido la aprobación de los intereses que con ello se hubieran perjudicado.

el hecho de que la proporción de bienes de consumo se mantuvo alrededor del 59% del total de las importaciones y que esta alta proporción es sintomática de la etapa de desarrollo en que al final del período objeto de estudio se encontraba la República de Panamá, etapa que sugiere atractivas oportunidades de mayores sustituciones de importaciones. A pesar de que tanto la importación de bienes de consumo no duraderos como los duraderos se elevan durante el período de investigación, estos últimos crecen a una tasa mayor, fenómeno que refleja la importancia de las actividades transformadoras —particularmente la elaboración de productos alimenticios— que han reemplazado las importaciones tradicionales en este renglón.

El aumento sustancial en la importación de combustible y lubricantes es el resultado del incremento experimentado por las actividades de los sectores de transportes, energía e industria manufacturera. Por otra parte, se nota durante el período una tendencia estacionaria en la importación de materias primas para la industria, indicándose como determinante de esta tendencia el hecho de que el proceso de desarrollo industrial que se ha llevado a cabo en Panamá durante los últimos años del período ha hecho uso en importante medida de la materia prima nacional de origen agrícola o pecuario.

Es de particular importancia señalar que las importaciones de bienes de capital —en cuyo renglón se incluyen los materiales de construcción— han representado alrededor del 20% del total de las importaciones durante el período histórico de estudio. Con la debida cautela se puede llamar la atención al significativo margen que parece todavía existir para la importación de bienes de capital y bienes intermedios, sin que notemos, aún superficialmente, las profundas repercusiones a que daría lugar una decidida política del gobierno panameño conducente a la intensificación de nuestro desenvolvimiento industrial y agropecuario, mediante el aprovechamiento racional (en términos de productividad social) de nuestra capacidad de importación.

La labor de recolección, clasificación e interpretación de la enorme variedad de cifras, el proceso de estimaciones y cálculos de magnitudes económicas y su incorporación a un esquema de desarrollo del país durante el período comprendido entre 1945 y 1956 constituyen, sin duda alguna, un aporte de enorme trascendencia al estudio de

la estructura económica de Panamá. (6) Ha servido el análisis de las series históricas para conocer las variables estratégicas del sistema y descubrir su comportamiento ante los estímulos de origen interno y externo.

No deben dejar de tomarse como aproximaciones, sin embargo, los valores que se asignan a ciertas variables de la estructura económica de Panamá. Esto parece ser el resultado de la falta o deficiencia de ciertas cifras estadísticas en el país durante el período de elaboración del Análisis.

Tampoco debe olvidarse el hecho —que tiende a ser característico de cualquier enfoque macro-económico— de que el proceso de agregación de múltiples unidades económicas tiende a oscurecer la situación real de las unidades que integran los grandes agregados. Al destacarse, por ejemplo, el aumento, durante el período histórico estudiado, del consumo privado por habitante no es difícil determinar el aumento real en la disponibilidad de bienes y servicios de aquellos grupos sociales —mayoristas, sin lugar a dudas— cuyos ingresos se originan exclusivamente de la venta de su fuerza de trabajo. (7) Refleja, acaso, el aumento en el consumo privado por habitante un incremento más que proporcional en mayores y mejores bienes y servicios finales por parte de aquellos cuyos ingresos se originan en el disfrute de derechos de propiedad, o que

(6) No puede dejar de mencionarse en igual sentido Estructura Económica de Panamá — México, 1958, de David Turner Morales, obra que representa un esfuerzo serio y bien orientado sobre este importante aspecto de la realidad panameña, pero que lamentablemente no parece haber sido debidamente comentada por nuestros economistas.

(7) Es interesante anotar a este respecto, que en base a estudios llevados a cabo por la Dirección de Estadística y Censo, se descubrió que en la ciudad de Panamá un 36.3% del número de familias recibieron en 1952-1953 un ingreso familiar anual que no excedía de B/.1,499.00 (Ver Cuadro II-6, página 239 del Análisis). Interesante hubiese sido investigar en qué grado se modificó —si es que lo hizo— la distribución del ingreso familiar durante el resto del período. Posiblemente hubiésemos podido determinar, aunque fuese muy aproximadamente, cómo se distribuyó el aumento en el consumo privado.

están estrechamente vinculados en carácter de agentes inmediatos a dichos grupos?

La estimación de los valores de los distintos sectores o componentes del sistema es evidentemente un proceso bastante complejo. El mayor o menor grado de monopolio —o monopsonio— de las empresas dominantes en ciertos sectores bien pudieron resultar en una tendencia hacia la sobreestimación de su contribución al producto bruto dentro del sector estudiado, ya que en algunos casos éste fué calculado en base a los precios recibidos por el productor. (8).

Siendo difícil recurrir a un criterio de racionalidad que sea aplicable al esquema de magnitudes económicas, el comportamiento de los distintos sectores y componentes del sistema no parece decirnos mucho sobre los aciertos y errores en la actividad conducente a la creación de valores económicos.

Sin embargo, sí podemos derivar del estudio del período histórico patrones de estímulos y reacciones de grandes agregados de los sujetos económicos que conjuntamente con su valoración cuantitativa sirven de punto de partida para la elaboración de las proyecciones.

Necesario es que anotemos aquí antes de proceder a comentar la parte predictiva del Análisis, que en un afán de aprovechar las virtudes del método abstracto y el de la observación directa, los economistas han diseñado un instrumento de análisis al que se le ha dado el nombre de Modelo. Se puede definir el Modelo como una representación de las relaciones de interdependencia o causalidad entre variables económicas, trasladando dichos patrones de conducta a un "universo" económico. Es, por así decirlo, la construcción, con elementos tomados de la compleja y vasta realidad social, de un mundo sencillo, cuyo comportamiento es más fácilmente observable por el investigador.

Hay en un Modelo factores constantes o datos, variables exógenas o independientes (aquellas que se originan fuera del sistema económico analizado), y variables dependientes o inducidas (aquellas que se originan dentro del sistema). El Modelo pretende describir el comportamiento de las variables dentro de un período de tiempo determinado.

(8) Parte II — Apéndices.

En la elaboración de las proyecciones globales de la economía panameña para 1966, el Análisis ha recurrido a un Modelo que se basa en el comportamiento futuro de la Capacidad para Importar (variable exógena independiente), la Tasa de Formación de Capital y la Relación Producto-Capital (10) (éstas últimas clasificadas como variables endógenas inducidas o dependientes).

Se procede, entonces, a estimar la Oferta Global —es decir, la disponibilidad de bienes y servicios— mediante el análisis del probable desarrollo de la Capacidad para Importar (demanda de origen exterior de bienes y servicios nacionales). y del comportamiento de las variables inducidas.

En base a lo que se denomina una Hipótesis "A", la que prevee una marcada continuidad en el comportamiento de las variables, concluye el Análisis que el consumo privado por habitante hacia 1966 disminuirá en un 7%. Aún cuando el producto bruto proyectado por persona se mantendría en el mismo nivel y el consumo privado por habitante disminuiría, estas proyecciones se basan en supuestos que implican cambios en el comportamiento de las variables tales como el mantenimiento de una tasa de inversión relativamente alta, un aumento sustancial en la participación del producto bruto en la oferta global, lo que equivaldría a una intensificación en la sustitución de las importaciones.

Es interesante anotar que el problema de la desocupación adquiriría proporciones más serias que las experimentadas en el período comprendido entre 1945 y 1956. Debido a una mayor capitalización, es de esperarse que la productividad por persona sería aún mayor (lo que equivale a decir que la misma fuerza de trabajo crearía una cantidad mayor de valores económicos) situación que conjuntamente con el ritmo de crecimiento de la población activa del país conduciría a una agudización del problema de la desocupación.

(9) En su acepción más amplia se considera la formación de Capital como la parte del producto nacional que se dedica a la producción de bienes y servicios que no son de consumo final

(10) La Relación Producto-Capital podría definirse como el valor del flujo de bienes que se originan de un equipo productivo dado.

Prosigue entonces el Análisis a la elaboración de la Proyección Global de una Hipótesis de Desarrollo Económico, no sin antes llevar a cabo una descripción muy aleccionadora sobre los obstáculos de origen institucional y estructural que entorpecen la consecución de una mayor tasa de desarrollo de Panamá.

El hecho de que el país no posea un organismo con las facultades necesarias para condicionar la oferta monetaria así como la estrecha relación que existe entre las fluctuaciones en el medio circulante y los cambios en la balanza de pagos internacionales, son factores que limitan una mayor tasa de desarrollo económico. Convendría anotar aquí, sin embargo, que a pesar de reconocer el Análisis la necesidad de que la política monetaria sea determinada primordialmente por "las necesidades de financiamiento del proceso de desarrollo económico interno, y no por las cambiantes condiciones de la balanza de pagos", (11) no se sugieren, ni siquiera en una primera aproximación, los cambios que parecerían convenientes a fin de que el sistema monetario de Panamá sirva de estímulo a la movilización y canalización del ahorro hacia su mejor aprovechamiento.

La falta de estímulos a la inversión debido a lo que se denomina la "sobreevaluación" del balboa —la ausencia de protección cambiaria—, conjuntamente con la escasa productividad —bajo rendimiento de recursos físicos y humanos— es otro de los factores entorpecedores que confronta la economía panameña.

La estrechez del mercado en la que se destaca tanto la desigual distribución del ingreso como la gran proporción de la población del país que vive marginada del mercado monetario nacional; y el alto nivel de costos monetarios resultado, primordialmente, de la influencia de los elevados niveles de salarios en la Zona del Canal y del elevado valor de los precios de los productos alimenticios, contribuyen a limitar un desarrollo más acelerado.

Precisa llamar la atención sobre la interesante exposición que se hace sobre la protección a las actividades productivas internas, en la que se establece como criterio para determinar la ventaja o desventaja de la protección, la contribución del sector, industria o actividad al crecimiento económico. "Con el encarecimiento del producto importa-

(11) Página 230.

do, o el elevado precio o tal vez menor calidad del sustituto nacional, el país en su conjunto obtendría una ganancia neta, tanto en términos de ocupación como de nivel medio de vida" ... "En la medida en que la protección estimule una mayor inversión y ocupación de recursos ociosos, dicho mayor gasto monetario no hace sino transferirse a otros sectores de la comunidad, y especialmente a los obreros que pudieran ser ocupados en las nuevas empresas. Como el gasto en importaciones de consumo se reduciría, el poder de compra correspondiente no se filtraría hacia el exterior, sino daría lugar, sucesivamente, a nuevos ingresos y gastos en la propia economía." (12)

Conviene insistir, sin embargo, en que esta generalización pareciera ser válida en la medida en que las actividades productivas protegidas ocupen realmente una mayor proporción de recursos humanos. El mismo Análisis llama la atención sobre la tendencia marcada a la implantación de métodos y técnicas de trabajo altamente capitalizado o ahorradores de mano de obra. No podríamos dejar de consignar aquí el hecho institucional que en este aspecto parece restársele importancia: dado el régimen de propiedad dentro del cual se desenvuelven las actividades económicas en el país, con sus características altas concentraciones de la propiedad, control y dirección de las actividades industriales propiamente dichas, la protección arancelaria aplicada a aquellas actividades con alta densidad de producto-capital (13) que se dedican a la transformación o elaboración de bienes, debe ser objeto de intenso y extenso estudio.

En algunos casos, extremos quizás, el encarecimiento del producto nacional debido a la política proteccionista, puede resultar en el deterioro del ingreso real del consumidor conjuntamente con el incremento de los altos ingresos minoritarios —vía la distribución de dividendos y utilidades— y apenas un aumento insignificante en el nivel de ocupación de la fuerza de trabajo. Aumentaría, no pareciera haber duda, la capacidad productiva del país, disminuiría la importación del producto sustituido, pero se estrecharía el ingreso real del consumidor del producto. Este problema adquiriría mayor importancia en aquellos ca-

(12) Página 248.

(13) Se usa el término en el sentido de composición y no de eficiencia.

sos en que el producto sustituido es de consumo mayoritario. (14)

La Proyección Global de la hipótesis de desarrollo (la proyección optimista) se basa en un aumento en la tasa de inversión bruta y una mayor utilización de la capacidad productiva instalada, estableciendo como meta un aumento en el consumo privado por habitante del 2% anual.

La demanda de origen externo crecería en un 44.5%, caracterizándose dicho crecimiento por un aumento sustancial en las exportaciones de productos nuevos y en las actividades turísticas.

Teniendo como objetivo un aumento del nivel medio de vida del 2% anual, el Análisis señala que ya que se estima el crecimiento demográfico durante el período en un 2.9% anual, el consumo privado total tendría que incrementarse en un 61% entre 1956/1966. Dado el menor aumento en la capacidad para importar, el producto bruto tendría que crecer en un 92.2%. Un aumento de esta magnitud necesitaría una alteración significativa en la composición de las importaciones: más combustible, materias primas, productos intermedios, maquinaria, y menos bienes de consumo final.

No admite el Análisis que se pudiera mantener un exceso de importaciones sobre la capacidad de importar —exceso que representó un 12% en 1956— ya que “dicha diferencia parece ser excesiva si se tiene en cuenta que una proporción creciente de recursos tendrá que irse destinando al servicio de la deuda pública externa. Además, es posible que Panamá, por las razones indicadas anteriormente, no pudiera atraer un flujo muy considerable de capital externo”. (15)

No parece quedar otra alternativa que la sustitución de las importaciones y el consiguiente aumento de la par-

(14) Este aspecto del problema de la protección es complejo y sus posibles soluciones implican cambios de gran envergadura que afectarían más de un interés creado. Lamentablemente, se plantea en nuestro medio con demasiada frecuencia en términos de repercusiones inmediatas, con poca o ninguna atención a sus efectos más amplios.

(15) Página 253. Las razones indicadas son, entre otras, la estrechez del mercado nacional. Conviene observar, sin embargo, que la estrechez del mercado es a su vez consecuencia del escaso desarrollo económico del país.

ticipación del producto bruto en la Oferta Global. Por medio de proyecciones sectoriales se estima que el sector agropecuario tendría que crecer aproximadamente en un 74%, el sector industrial tendría que duplicarse y los sectores de servicios, transportes y comunicaciones aumentarían también su participación en la Oferta Global.

Cabe señalar la creciente importancia que adquiriría el sector público. La participación de las inversiones públicas aumentaría del 24% de las inversiones totales en 1956 a 44% en 1966. La composición de los gastos públicos se alteraría significativamente. Mientras que en 1956 el gobierno no dedicaba una cuarta parte de sus gastos a la formación de capital, la proyección optimista indica que en 1966 dicho renglón llegaría al 46%. Las profundas repercusiones a que daría lugar los cambios en la naturaleza de los gastos del sector público así como su mayor participación en la formación de capital no pueden ser señaladas, ni siquiera superficialmente, en esta reseña.

Parecen existir, en el Análisis, dudas con respecto a la solución del problema del desempleo. A pesar de que podría esperarse que con el incremento de las actividades productivas internas la desocupación y subocupación deberían disminuir, el crecimiento mucho más lento del sector de servicios —en que la fuerza de trabajo empleada por unidad de producto es bastante mayor— puede limitar el logro de un nivel más alto de ocupación de recursos humanos. Igual preocupación parece existir con relación a la tendencia a introducir en los sectores productivos técnicas ahorradoras de mano de obra.

Se señala seguidamente que ya que el desarrollo y ampliación del sector agropecuario traería como consecuencia un aumento significativo de la productividad, ello "daría lugar a un aumento de los ingresos y del nivel de vida rural. En la medida en que esto último ocurra, el sector agropecuario retendría una mayor proporción de la población rural, y atenuaría así una de las causas principales de la acumulación de un excedente de población en las ciudades." (16) Esta pareciera una hipótesis razonable en cuanto a si el aumento de la productividad rural sea el resultado de técnicas y métodos de trabajos más eficientes y no la consecuencia de una sustitución de fuerza de trabajo

(16) Página 250.

por maquinaria, particularmente en las grandes unidades que producen en escala comercial.

Cabe señalar, finalmente, que a través del Análisis la Tasa de Inversión parece ser la variable estratégica fundamental, y que de su incremento depende en forma apreciable la obtención del nivel proyectado de desarrollo económico. La ampliación del capital social básico como condición indispensable para una mayor productividad asigna al sector público una función mucho más dinámica y agresiva que en el pasado, especialmente si se tiene en cuenta las limitaciones de nuestro sistema tributario y la inexistencia de la banca central en Panamá.

Que el comportamiento probable del sistema económico panameño (ya sea evolucionando hacia menores niveles medios de vida o en sentido contrario hacia incrementos razonables en el consumo privado por habitante) nos obligue a pensar en la necesidad de programación en el sentido nacional parece ser el impacto primordial de las proyecciones del Análisis. Este hecho es particularmente importante en un país como el nuestro, en que se ha confiado —hasta extremos infantiles, muchas veces— en las olas de bonanza originadas siempre en factores exógenos, independientes de nuestra estructura económica.

Si las hipótesis en que se basan las proyecciones se aproximan en mayor o menor grado a nuestra probable realidad estructural durante el período 1957/1966 es asunto, pensamos nosotros, de importancia inmediata secundaria. (17) Es de esperarse que tanto las cifras estadísticas como la medición del comportamiento de las variables del

(17) No es éste el lugar adecuado para comentar, aunque sea brevemente, los supuestos e implicaciones de la ecuación de crecimiento que sirvió de base a la elaboración de las proyecciones del producto bruto. Si juzgamos importante señalar, sin embargo, que el Análisis parece estimar en el estudio del período 1957-1966 la existencia de un Sector Público que representa conjuntamente las necesidades de los distintos grupos económicos del país, y que en el ejercicio del poder gubernamental no entran en juego los intereses de aquellos que aún en una democracia representativa como parece ser la nuestra, tienden a ejercer una hegemonía que no se compagina necesariamente con su composición estrictamente numérica.

sistema y sus relaciones de interdependencia se vayan modificando y refinando a medida que la observación e investigación lo requiera. Lo fundamental parece ser que se nos presenta una oportunidad de adquirir una conciencia nacional sobre un problema nacional; que ya la discusión de los problemas económicos nuestros no tienden a plantearse casi exclusivamente en los estrechos términos de la micro-economía; que se tenga una noción precisa sobre la necesidad de aumentar la producción nacional (Producto Bruto) y de asignar porciones crecientes de dicha producción hacia la Formación de Capital (aumento de la capacidad productiva interna del país), teniendo siempre presente, sin embargo, la distribución personal del Ingreso Nacional como vehículo hacia la ampliación del mercado nacional; que todo este asunto que se ha dado en llamar desarrollo económico, además de seguir siendo objeto de investigación de los especialistas, se convierta en tema de preocupación de amplios sectores de nuestra población. Quizás se contribuya en esta forma a desterrar las nociones bastante generalizadas sobre la inevitabilidad del atraso económico.

★

Rutas y Metas Panameñas en el Problema del Canal *

Por David Turner Morales

No vengo a hablar aquí como economista, y menos, como jurista, puesto que no lo soy; vengo a hablar como panameño. Mi opinión sincera es que a veces somos insinceros con nosotros mismos. Vemos conquistas y triunfos en donde no los hay. Somos más dados a la forma que al fondo, a la palabra que al concepto. Y es un ardid de la diplomacia saxo-americana en su trato con nuestra región indo-latina, contentarnos y contenernos con el término hueco pero sonoro, con el mañana que nunca llega, con la esperanza incierta... Hoy, por ejemplo, estamos bajo la impresión de un triunfo tan sólo porque un funcionario norteamericano declarara ayer que a Panamá le corresponde la soberanía titular sobre el territorio zoneita. Y la gesta del 3 de noviembre retropróximo está a punto de perderse con un giro jurídico que no captamos y unas banderitas de memoración carnestoléndica... Y, saben ustedes cuál es el significado que para los norteamericanos tiene la SOBERANÍA TITULAR? Basta para ello con repetir textualmente las palabras del Secretario Taft, en las que ya, desde 1905, se nos reconocía la soberanía titular sobre ese territorio. Decía Mr. Taft, refiriéndose al Artículo III de la Convención de 1903: "Es peculiar este artículo en cuanto que no confiere la soberanía directamente a los Estados Unidos, sino que da a los Estados Unidos los poderes que ellos tendrían si fueran soberanos. De aquí emana la inferencia necesaria de lo que el Gobernador Allen de Ohio denominó en cierta ocasión 'una idealidad desierta', pero para la mentalidad española o latina, poética y sentimental, dotada de refinamientos intelect-

(*) Conferencia dictada en la Universidad de Panamá.

tuales y que concede gran importancia a nombres y formas, ello no puede carecer de importancia en modo alguno"

Después de esta declaración y como ha ocurrido siempre, inclusive en las negociaciones posteriores, los Estados Unidos nos han otorgado "algunas gracias" formales, no sin solicitar compensaciones a cambio, reservándose para sí los sustantivos, o bien de derecho, o bien de hecho.

En lo fundamental, en el ejercicio de la soberanía y de la jurisdicción que emana de la misma, continúa prevaleciendo la viciada y unilateral convención del TRES, la que, como se ha visto aquí, nos fuera impuesta. Y por si fuera poco, la vigencia de una práctica que va mucho más allá del precepto jurídico para aferrarse en el derecho de la fuerza, en la imposición del poderoso sobre el débil, de la sinrazón sobre la justicia...!

Hemos vivido, pues, confundidos. Nos confunde la discusión sobre el detalle. Nos confunde la pasión y el sentimentalismo; la erudición y la poesía; la pedantería libresca... Y también, por qué no decirlo?, la ignorancia. Conocemos poco el problema; no hemos meditado bastante sobre el mismo. Carecemos de objetivos, de rutas o de caminos a seguir...

Y no deseo que se malinterpreten mis palabras. Considero que todas las tesis panameñas acerca de las relaciones con los Estados Unidos en función del Canal tienen, cual más cual menos, un valor ya sea éste de carácter ético, ya de orden jurídico, social o económico.

Sin embargo, tengo para mí también, que la multiplicidad de soluciones que se plantean, la heterogeneidad de razonamientos y de enfoques al exponer el problema; la erudición, a veces; la poquedad, en otras; tienden a confundir la opinión pública nacional e internacional en cuanto a la verdadera situación existente y de la lucha por seguir.

Por ello procuraré con mi intervención aclarar, en los términos más sencillos, sin alardes eruditos, cuál es la situación existente; cuáles son los problemas derivados; cómo y por qué debemos luchar los panameños en la actualidad.

Me saldré un poco del tema que me ha sido señalado por los organizadores de este acto; de esta feliz iniciativa que es merecedora de todos los encomios y que, conjuntamente con las anteriores, le han dado ya nombre y fa-

ma, a la Escuela de Temporada y a nuestra propia Universidad.

Y me salgo del tema porque considero que la Sustitución Integral de los Tratados actuales no debe acordarse así no más. Los nuevos tratados, convenios o contratos, deben ser el RESULTADO de una lucha previa, en la que en un solo haz de voluntades demostraremos al mundo, a los gobiernos y a los pueblos que no creen en el derecho de la fuerza, y sí en la fuerza del derecho, la razón y la justicia que nos asiste; la equidad de nuestros reclamos y la bondad de nuestra causa... El resultado será mayor, y la justicia más justiciera, entre más grande sea nuestro empeño y más clara nuestra posición. En otras palabras, tendremos el triunfo que nos corresponde conforme a la justicia si conseguimos unirnos en torno de una idea y marchar en una sola dirección.

Dicho esto, pasaremos al análisis...

A mi modo de ver en nuestras relaciones con los Estados Unidos, originadas por la construcción y la operación de un Canal en nuestro suelo, existen dos situaciones y dos problemas a elucidar. Las situaciones son: 1) la de la Zona canalera, y 2) la del Canal. No se me escapa la íntima relación existente de las situaciones y de los problemas entre sí. La clasificación la hago con el único objeto de facilitar la exposición y de hacer notar con mayor claridad las relaciones de causa a efecto y de efecto a causa.

NUESTRO ANALISIS:

A) **La Situación de Hecho:** La situación de hecho, digámoslo sin rodeos, consiste en que los Estados Unidos en la práctica detentan el ejercicio de la soberanía en la Zona del Canal. De hecho existe un gobierno extraño en nuestro territorio. Por sí y ante sí, el gobierno norteamericano ha establecido un Estado en una porción de tierra panameña, incrustado en el corazón mismo del territorio nacional. Dividen con ello nuestro país, en dos porciones: usurpan derechos que sólo corresponden a Panamá, y asumen disposiciones violatorias a la misma Convención, que nos fuera impuesta por ellos sin negociación alguna. Esta Convención, conviene establecerlo, no merece llevar el título de tal. El Doctor Demetrio Porras la ha bautizado con el nombre de "Tratado de Traición y Soborno". Yo me permito, desde esta tribuna, sugerirle al Doctor Porras

que, en virtud de que no hubo tratado —como él bien lo dijo: Por la flata de negociación y de ratificación directa por el órgano legislativo panameño—, la rebautice con el mote de “LA IMPOSICION NORTEAMERICANA DE CHANTAGE, DE TRAICION Y DE SOBORNO”.

INVASION, leo en el Diccionario Razonado de Derecho de Don Joaquín Escriche, es “EL ACTO DE APODERARSE A LA FUERZA O POR VIA DE HECHO DE UNA COSA, RAIZ O INMUEBLE CONTRA LA VOLUNTAD DE SU DUEÑO”. Por ésta y otras definiciones semejantes y por los estudios que llevo realizados, tengo para mí que la situación de hecho existente en la Zona del Canal tiene todas las características de una INVASION. Tómese en cuenta que INVASION es también, como lo señala la Enciclopedia Jurídica Española, “abrogarse facultades y atribuciones ajenas ejerciendo un cargo usurpado”.

Si, como lo señala el Doctor Porras y otros connotados juriconsultos panameños, la mal llamada Convención del Canal Istmico es nula de derecho; si como bien lo ha demostrado el Doctor Quintero y tantos otros distinguidos internacionalistas e inclusive todos y cada uno de nuestros Gobiernos; si, como lo demuestra la práctica diaria, los Estados Unidos detentan y usurpan derechos que corresponden al soberano territorial, la República de Panamá, yo no veo otra forma de explicar la situación de hecho existente en la Zona del Canal si no como INVASION, simple y llanamente, INVASION.

Como no soy abogado pido a los eminentes juristas que participan en este Forum Abierto que expliquen y aclaren esta concepción, la que considero muy importante puesto que, como dice la Enciclopedia Jurídica Española: “Cuando se invade y apodera a la fuerza o por vía de hecho de la posesión ajena, contra la voluntad de su legítimo dueño, se comete el despojo que da lugar al interdicto de RECOBRAR LA POSESION DE LA COSA INVADIDA”.

Considero importante esta aclaración, además, porque voy a sentar la Tesis de que nuestra lucha inmediata debe ser única y exclusivamente, POR LA RESTITUCION REAL Y EFECTIVA DE LA SOBERANIA Y POR LA DEVOLUCION DEL TERRITORIO ZONEITA A SU LEGITIMO PROPIETARIO.

Por último, considero necesaria esta aclaración, porque ella explicaría, tal vez, el hecho de que nuestros Go-

biernos, timoratos y medrosos, no hayan pedido antes la NULIDAD de la Imposición norteamericana de 1903.

Se invade, dice el multicitado Diccionario Español, "empleando la fuerza o amenazando con ella". Y no cabe la menor duda de que la amenaza cuando no la fuerza ha sido empleada siempre en contra de nuestro país, por el Coloso del Norte. El "status necessitatis" y la "vis-compulsiva" de que hablara el Doctor Consentini, tan magistralmente citado por mi amigo el Doctor Porras, tiene así un carácter permanente, que explican, si bien no justifican, los Tratados Posteriores...

Pero ya he ofrecido no ocuparme en detalle del aspecto jurídico ni de la interpretación de estos instrumentos, pues además de correr el riesgo de equivocarme y de confundir aún más nuestra opinión pública, considero que el sistema contractual que se establezca en sustitución de los existentes, vale repetirlo, sobrevendrá como resultado de nuestra acción y de nuestras luchas y acometimientos.

De hecho, los Estados Unidos han asumido la jurisdicción completa en el territorio de la Zona, han establecido una organización administrativa propia, erigido tribunales que forman parte del engranaje judicial norteamericano, y constituido un sistema legislativo sui-générés.

De hecho cuentan con un sistema especial de política exterior en el que se asientan normas sobre migración, etc., y se expiden exequátur a los cónsules ya autorizados por nuestro Gobierno como requisito para que éstos puedan prestar sus servicios en la Zona Canalera.

De hecho se han introducido las más odiosas formas de discriminación nacional, racial, social, económica y de trabajo. Muchas de las cuales no existen siquiera en los más atrasados y racistas Estados del Sur de la Unión Norteamericana. Los Estados Unidos han aceptado para su país normas internacionales de trabajo, como los principios de a trabajo igual salario y tratamiento igual, el derecho de descanso y de jubilación y de pre-aviso en los despidos injustificados, etc., que en este territorio no se cumplen en grave detrimento de los empleados no norteamericanos y de color...

De hecho han establecido un sistema fiscal y político, también discriminatorio, que va desde el establecimiento de impuestos directos e indirectos, de derechos, o sea lo que en Panamá llamamos tasas, hasta la imposición de multas de todas clases y la explotación de servicios.

El gobierno norteamericano explota en forma comercial, en esta Zona, los más variados tipos de empresas, muchas de las cuales le son vedadas explotar en su país, puesto que corresponden allá en forma exclusiva a la iniciativa privada.

Y también de hecho se han establecido en la Zona, un gran número de empresas privadas, bancarias, comerciales, industriales, agrícolas, ganaderas, de transporte y de otros servicios.

Vemos así que la Zona se integra cada vez más como un Estado (Estado sui-géneris y odioso) y adquiere también una fisonomía e individualidad propia.

Es un Estado de hecho, esta tierra de nuestros amores y dolores en mala hora concedida, aunque no legitimada la concesión, para que pudiera utilizarse para la construcción de una obra que ha beneficiado a todo el mundo, principalmente a los Estados Unidos, menos al Estado dueño de este importante recurso estratégico! Pareciera que la gran tragedia de los pueblos débiles, en este mundo injusto en que vivimos, es precisamente la tenencia de dones naturales. Oh paradoja inaudita, nuestra pobreza y nuestra humillación es el tener riquezas, riquezas potenciales.

No, profesor Carles, no, señores y señoras; no hemos tenido desarrollo económico en función del Canal... Tendremos desarrollo cuando explotemos nuestros recursos en provecho de nosotros mismos... Tendremos desarrollo cuando podamos explotar este recurso natural estratégico, el máspreciado don que nos otorgó la naturaleza, en nuestro beneficio. Mientras veamos pasar los millones, mientras estemos supeditados a las migaja de la humillación, que se nos dispensa como a entes inferiores y siempre que les venga en gana, porque nos portamos bien y por nuestra disposición servil, no sólo dejará de haber desarrollo y progreso sino estancamiento y miseria. La miseria de la riqueza entregada. La riqueza que ha contribuido al magnificente progreso del norte y del envilecimiento propio!

Pero, prosigamos y evitemos que la pasión se desborde y obnuble nuestros pensamientos...

B) La situación de Derecho. La que pudiéramos llamar Situación de Derecho se origina en la llamada Convención del Canal Istmico de 1903. Este instrumento además de los vicios de nulidad de que adolece, como lo han

demostrado, con mayor autoridad que la mía, los doctores Porras y José M. Quirós; además de que ha sido incumplido, como bien lo señaló el Doctor Quintero; además de no ser práctico, como bien lo expresara el Profesor Carles, se resiente de muchas otras deficiencias. Algunas de estas fueron señaladas de paso por los doctores Galileo Solís y Antonio de León. No obstante, para la mejor claridad de mi exposición voy a referirme a las principales razones que juzgo dieron origen a las contradicciones y deficiencias anotadas.

No está demás decir que la irreflexión, la celeridad y el abuso en que se procedió para tratar de legalizar el despojo, fueron la causa principal de que los Estados Unidos no tomaran e instrumentaran providencias que hicieran viable, en su provecho, claro está, la aplicación de un convenio a perpetuidad. Hubo en su elaboración mucho de maña y artificio y poco, casi nada, de razonamiento. Esto, independientemente de que no se les pudiera pedir a los autores una inteligencia predecible de los cambios que se iban a operar en el mundo.

Ambas partes, lucharon por aprovechar las circunstancias tan sólo en favor de lo que consideraban sus respectivos intereses. El señor Hay como Secretario de Estado, por conseguir lo más con un mínimo de gastos... (Téngase en consideración que la Ley Spooner que autorizaba al Ejecutivo a negociar establecía un límite de diez millones de dólares para obtener la concesión). Por su parte, ya se ha dicho aquí, el señor Bunneau Varilla sólo tenía interés en hacer un negocio redondo para sí.

Para aprovechar la circunstancia y hacer posible que el gobierno panameño que se encontraba bajo el acoso de las armas colombianas, diese su aprobación al instrumento, era imprescindible la garantía de la Independencia del Istmo, por parte de los Estados Unidos... Sin cuya garantía y por la mayor fe, que no la tenían, que se les suponga a los autores del movimiento secesionista, éstos no hubieran dado su sanción, pues estaba su vida de por medio y cabía la posibilidad de justificar ante nuestro pueblo, en su más mínima parte, un instrumento tan entreguista..

La mentalidad oportunista de los autores del Proyecto, la Ley Spooner y la circunstancia a que me he referido son las determinantes de que se elaborara un Tratado tan confuso, el cual puede calificarse de sui-géneris, pues no sigue ninguna de las normas del Derecho Internacional

Los tratadistas no han podido ni podrán determinar que principios siguieron en el mismo. En este mamotreto, la Zona no se da en arrendamiento, ni en venta, ni en algo determinable. Y aunque se da el uso, ocupación y control, para los fines específicos de construcción, mantenimiento, funcionamiento, saneamiento y protección de un Canal, se establecen cláusulas que nada tienen que ver con el disfrute de esta concesión. Manifiesto está, pues, el deseo de tomar para sí, lo más posible, sin importar los perjuicios causados a un país cuyo único delito ha sido el de ser débil.

Según interpretaciones jurídicas los Estados Unidos no estaban en posibilidad de garantizar la independencia y luego, en otra cláusula, solicitar el ejercicio de la soberanía, pues quien tiene el encargo de sanear —dice un precepto legal— no puede despojar. Pero tampoco el Ejecutivo norteamericano podía comprar la Zona, pues además de no estar en venta, no estaba el Ejecutivo en capacidad económica de comprarla, en este Tratado, pues el territorio les hubiese costado mucho y el Secretario de Estado se encontraba constreñido por la Ley Spooner. Por otra parte, legalizar la compra y determinar su valor llevaba tiempo... Y, "había que proceder con celeridad".

Era necesario, pues, amañar el documento; conseguir el objetivo principal buscado por Estados Unidos: y operar el Canal, y de paso aprovechar la circunstancia, "el status necessitatis" y la debilidad panameña, para sacar lo más posible...

Se consuma mediante procedimientos irregulares el nefando instrumento del despojo y no contentos con las inmensas concesiones recibidas, dizque legalmente, se dan al atraco de lo que resta. Así vemos cómo de hecho detentan el ejercicio de la Soberanía y se constituyen en amos y dueños del territorio.. de la Zona... Pero existe un peligro mayor: ya vimos que el que garantiza la integridad territorial despoja al dueño. Panamá, todo su territorio, es una especie de Estado Garantizado o Protegido; el que roba protege. Existe una cláusula en que se le permite usurpar por sí y ante sí, al usurpador de cualquier área fuera del territorio zoneíta...

Por otra parte existen situaciones de hecho que a los Estados Unidos les conviene legalizar; algunos otros aspectos que fueron dejados en el tintero de Mister Hay. ésto y otras circunstancias producen los Tratados y de-

más disposiciones posteriores al instrumento de 1903. Toda ellas son, sin embargo, tan sólo modificaciones o parches que se realizan. En el fondo, sigue subsistiendo el confuso y deleznable mamotreto.

Y lo que realmente rige nuestras relaciones con Estados Unidos en razón del Canal es la situación de hecho. Poco, muy poco, es la que se ha cumplido y se cumple de los Tratados y demás instrumentos. Han cumplido con los pagos, porque es menester reconocerle a ese país su disposición mercantilista, cumplidora de los pagos señalados en dinero. También han cumplido en todo lo que significa concesiones para ellos y las han cumplido en exceso... Algo más, muy poca cosa, y basta.

Antes de pasar al análisis de los problemas, quisiera destacar un hecho que resulta de interés y sirve de pauta para la Tesis que deseo sustentar esta noche. Casi todas las cláusulas de estos instrumentos, se refieren a concesiones y derechos que se realizan sobre el territorio de la Zona del Canal, inclusive los pagos que se otorgan por estas concesiones. Pero nada en que tengamos relación los panameños, se establece en función de la obra del Canal. Y en esto anda errado nuestro amigo, el Licenciado Aquilino Boyd... No existen dos socios, uno rico y otro pobre. Simple y sencillamente no somos socios, puesto que no poseemos una sola acción ni en el Canal ni en ninguna de sus múltiples agencias; ni siquiera se nos toma en cuenta para la administración y defensa del Canal.

Por lo dicho, queda claro que la situación de hecho y la que podríamos dehominar de Derecho están relacionadas entre sí, la situación de hecho a veces se basa en los instrumentos: en otras ha querido explicarse en función de interpretaciones unilaterales, y las que restan, simplemente han sido asumidas por el derecho del fuerte. Igualmente, cabe señalar que existe una inter-relación entre estas situaciones. En algunas ocasiones una situación de hecho ha dado pie a que se reconozca ésta en instrumentos posteriores; y algunas de las que llamamos de derecho, se ejercitan en la práctica.

EL PROBLEMA DE LA ZONA DEL CANAL.

Pues bien, esta situación tan confusa y tan especial ha dado origen a dos problemas, los que también se encuentran íntimamente concatenados. Y creo yo que esta

trabazón, esta relación de causa a efecto, tiende y crea confusiones. La Zona tuvo su origen en la construcción y demás del Canal, pero esta relación no significa necesariamente que el problema sea el mismo.

Es en la Zona del Canal en donde se comete con nosotros la más grande de las injusticias; su existencia en la forma establecida no tiene ninguna justificación. Es este territorio el que no permite nuestra integración, ni en lo político, ni en lo social, ni en lo económico... Es aquí en donde se lesiona nuestra soberanía y dignidad de país libre e independiente. Es este "Estado de hecho" el que obstruye nuestro desarrollo económico y el que no permite que recibamos los más de los beneficios a que tenemos derecho... En fin, es la Zona la que representa la iniquidad Norteamericana... que no tengamos ingresos ni participación del Canal es una injusticia... pero, que se nos explote y se nos humille en un territorio que es nuestro, bueno, ésto, es ya el colmo!

Por esta razón y sobre todo porque considero, como enseguida lo demuestro, que la solución para el Problema de la Zona, como territorio, es distinta al Problema del Canal, refiriéndome a este como obra, en sus instalaciones, equipos y demás, es por lo que me ha parecido conveniente analizar uno y otro problema por separado.

El Problema de la Zona no tiene otra solución para nosotros que la de la recuperación del ejercicio de nuestra soberanía. Tenemos derecho a ejercer nuestra soberanía efectiva a todo lo largo y ancho del territorio nacional. Y este derecho nadie nos lo puede discutir. No ha sido éste delegado en convenio alguno. El artículo 3º del instrumento de 1903 no podía establecerla sin violar el artículo primero en que se garantiza la independencia del país. Tampoco era ni es la soberanía necesaria para los fines del Canal. Se amañó el artículo III, de este instrumento, tan sólo para conseguir algunas concesiones adicionales; concesiones éstas que representan el gran triunfo, el inicuo triunfo, de Mr. Hay.

Los Estados Unidos de hecho, han detentado el ejercicio de la soberanía y no quieren ahora despojarse de intereses creados de mala manera. Ello explica por qué sólo se ocupan, para tratar de excusar el despojo ante el mundo y ante su propio pueblo, de malinterpretar el artículo III, como si ese Convenio, o como se llame, sólo tuviera un Artículo!

No voy a repetir aquí los autorizados argumentos de verdaderos valores en el campo internacional que se han ocupado del asunto, para demostrar que no hubo cesión de soberanía. Lo que quiero destacar es que para Panamá no cabe otra solución que la recuperación del ejercicio de la soberanía y la reintegración del territorio zóneíta a su legítimo dueño. No cabe aquí, la nacionalización porque el territorio es nacional. No cabe la expropiación, porque el territorio es de nuestra propiedad. Menos cabe el fifty-fifty y menos aún la internacionalización, ya que no tenemos por qué repartir lo que es nuestro y lo que tanto necesitamos para podernos integrar y con ello mejorar nuestra condición de miseria...

Como ya hemos visto, el territorio de la Zona se concedió para su uso, ocupación y control, y permitir con ello, la construcción, el mantenimiento, saneamiento y la protección del Canal. Pero ocurre que la etapa de construcción transcurrió desde hace rato, y sucede que los tiempos han cambiado... Y, como magistralmente lo señalara el Doctor Solís, la época que corre representa la antítesis de la que fue en el nacimiento del siglo. Este período de brutal expansión imperialista, de "empuñar el gran garrote" estaba representado por el derecho de la fuerza; hoy la evolución del mando y la correlación de fuerzas, impone el mantenimiento de la fuerza del derecho, pero de un derecho que significa justicia e igualdad jurídica entre las naciones... Señores: estamos viviendo la década de la revolución y la transformación de las colonias y de las semi-colonias en Estados Libres e Independientes... Qué país del mundo, qué pueblo del mundo, qué indolatino, se atreverá a negarnos su concurso en esta hora del reclamo?

La Zona nos pertenece, es un territorio nuestro; la etapa de la construcción del Canal pasó; para el mantenimiento y funcionamiento de éste, no se necesitan más que las áreas e instalaciones contiguas al Canal y a sus obras auxiliares, no tamaña extensión usurpada! El saneamiento del territorio es materia en la que estamos nosotros más interesados que los estadounidenses y Panamá dispone de los recursos suficientes no sólo para mantener el estado actual sino para superarlo... En cuanto a la protección del Canal, ah!, esto bien merece punto y aparte.

Durante la guerra pasada, los Estados Unidos se dieron cuenta de que para defender el Canal en caso de ata-

que, requerían bases muy alejadas del territorio nacional... El área de la Zona, con ser grande, y debido a la ampliación de las armas de entonces, era innecesaria para tal objeto... Decíamos entonces como contra-réplica a la pretensión de los Estados Unidos de apropiarse de los cientos y tantas bases que ocupaban a lo largo del territorio nacional, alegando la necesidad de la defensa del Canal. Los Estados Unidos arguyen que debido al desarrollo de las armas modernas, requieren de las bases... De aceptarse este argumento se les dará pie para solicitar después no sólo todo el territorio nacional sino también toda el área del Caribe, incluyendo México (Nuestro comunicado, de la Asociación Panameña Residente en México, APREM, lo lanzamos en este país hermano, por cierto que ocasionó cierto estado de temor en el pueblo azteca). De continuar el desarrollo de las armas, como tiene que ser, el pedido continuará, y se le hará poco la dominación de esta área y so pretexto de la defensa del Canal, solicitarán el dominio del Mundo entero!

Hoy, compruebo que nos habíamos quedado cortos! Ese argumento serviría mañana para solicitar no sólo el dominio del mundo, sino de todo el Universo!

Los proyectiles teleguiados de largo alcance que viajan a una velocidad varias veces superior a la del sonido; y que pueden cargar un poder explosivo suficiente para hacer desaparecer toda el área del Canal y de las ciudades de Panamá y Colón con todos sus habitantes, nos está indicando que la mejor defensa del Canal no es la fortificación de la Zona, sino el mantenimiento y cumplimiento de la cláusula de neutralidad... El peligro que se cierne sobre el Canal, el peligro que se cierne sobre nosotros y sobre nuestros hijos, es, señores y señoras, el empecinamiento de malos norteamericanos en hacer de la Zona un bastión militar... El rescate de la soberanía panameña en la Zona es lucha por nuestra propia supervivencia. Cuando logremos dicho rescate, que hemos de lograrlo si ponemos toda nuestro empeño en esta lucha, hemos de declarar como ciudades abiertas todas las poblaciones de dicho territorio, inclusive las de Panamá y Colón...

En resumen, vemos, que Panamá no ha renunciado al ejercicio de su soberanía en la Zona del Canal, y que, los Estados Unidos no requieren para operar con eficiencia el Canal de este territorio, y menos del mantenimiento de un Gobierno en el mismo. Antes por el contrario,

la fortificación de la Zona con violación de los Tratados, es un riesgo que no es conveniente correr... El Canal sigue siendo y lo será por mucho tiempo, una vía de comunicación que coadyuva a la integración del gran coloso norteamericano; la neutralidad de esta vía no se contrapone, sino que complementa su poder estratégico... Los Estados Unidos es la potencia militar que se encuentra menos distante de esta vía, pudiendo hacer un mejor uso de ella...

Por otra parte, la existencia de un gobierno de hecho en la Zona del Canal y de un Estado que por sí y ante sí se ha dado a la tarea de desarrollar toda clase de actividades que no sólo significan un gravámen interno a la economía nacional, sino una lesión a los derechos y a la dignidad de la población panameña, son y serán fuente permanente de fricción entre Panamá y los Estados Unidos. Panamá por el mismo hecho de ser un territorio de dimensiones pequeñas y de un consenso nacionalista muy arraigado, es tal vez el pueblo americano más celoso de su soberanía. Precisamente esta lucha que nace en el momento mismo que se nos impuso el nefando Convenio del Tres, es lo que más une al panameño... Es su lucha más clara, su anhelo más firme, la causa y la razón de nuestro fervor patriótico. No hay nada que una tanto a un pueblo, como la conciencia de una injusticia...

EL PROBLEMA DEL CANAL

El Canal en sí, me refiero a la obra y a sus instalaciones, aunque íntimamente conectado al territorio zoneíta, es otro problema. Las soluciones son o pueden ser distintas. En la Zona no cabe otra solución que la recuperación del ejercicio de la soberanía, que la reintegración a Panamá de este territorio. El Canal sí admite varias soluciones; puede dejarse en propiedad a los Estados Unidos; puede compartirse, entre este país y Panamá; entre los diversos países de América; entre las diversas naciones del orbe. En fin, Panamá puede hacerse de la obra, ya por expropiación o nacionalización, ya porque un Tratado Público así lo determine a su expiración...

Sin embargo, alrededor de estas ideas también tenemos confusiones. Cuando se habla de fifty-fifty, los autores de la iniciativa parecen referirse a algo así como un

gravamen. El Estado dueño del territorio cobra un tributo a la empresa que lo opera igual al 50% de los ingresos brutos de la misma. Esto, desde luego, es posible y no es necesario que la empresa cambie de dueño para imponer el gravamen. Desde el punto de vista fiscal no es admisible la discusión sobre si es justo o no la base sobre la que se paga el impuesto, ya que su fijación es un atributo del fisco. Lo que el contribuyente puede discutir es si la cuota, o sea el impuesto, es alta o no. El fisco tiene el derecho de gravar todos los ingresos de una empresa, ya sean directos o indirectos, ya los reciba la empresa, o ya que los transfiera... Desde el punto de vista fiscal y económico, no existen bienes intangibles, esta es una expresión contable... Estos ingresos desde un punto de vista fiscal son y deben ser determinables... Cuando el Estado no tiene los medios directos para obtenerlos, los calcula y los expresa en un guarismo... y toca al contribuyente demostrar que el cálculo es incorrecto y que por tanto el monto del impuesto es inequitativo... Es esto, creo yo, y desde el punto de vista de las finanzas públicas no andan muy descaminados los señores del fifty-fifty. A mí, en lo personal y habida cuenta que no tenemos en el Canal ninguna otra participación directa, me parece que un impuesto de unos 25 millones resulta pobre en las actuales circunstancias. Otra cosa sería si recuperáramos el disfrute de todas las actividades derivadas del Canal y una participación como socios o dueños de la obra...

Y ya que viene a cuento, vale recordar que nuestra contribución o aportación de capital en la obra del Canal, es varias veces superior a la de Estados Unidos. Nuestro recurso natural, la existencia del río, etc., y de las tierras utilizadas, son cuantificables y resultan de un valor mucho mayor que el de la inversión norteamericana...

Fifty-fifty, es pues, una especie de gravamen. La nacionalización del Canal o la expropiación, sugieren la idea de tomar en propiedad el Canal.

Los que hablan de inter-nacionalización o inter-americanización del Canal, generalmente se refieren a conceptos distintos... Unos piensan en la internacionalización de la Administración. Otros, involucran el aspecto defensivo... Otros piensan, equivocadamente por supuesto, que lo que se debe es "internacionalizar el paso..." cuando ya

sabemos que el Canal ha sido declarado vía internacional. Ello independientemente que se cumpla o no con la cláusula de neutralidad. El incumplimiento es, ya lo dijo el Doctor Quintero, causa de reclamo..

Algunas de estas ideas pueden no agradar ni a quienes la sustentan. Funcionarios norteamericanos la propagan, en virtud de su deseo de participar en el manejo de otras vías internacionales. Me parece que esta idea, en la que estoy completamente de acuerdo fue expuesta por el Doctor Quintero en este mismo fórum...

Sin embargo, la participación equitativa en la propiedad de la obra, en que lógicamente le tocarían a Panamá y a los Estados Unidos la mayor parte de las acciones, su administración y defensa por parte del Concierto Mundial de Naciones, no es idea deleznable, puesto que contribuye a la armonía en la Paz, internacionales. Panamá contribuiría en ello con su grano de arena, sin recibir perjuicio alguno...

No cabe duda que la idea más cara o más grata a los panameños es la de la NACIONALIZACION del Canal... Sin embargo, nosotros no estamos en las mismas condiciones de Egipto.. La correlación de fuerzas es distinta... La hegemonía de Estados Unidos en nuestra órbita es superior a la de Inglaterra y Francia... El apoyo latinoamericano es más endeble en nuestros días que el del mundo árabe... Egipto contó con el apoyo de Estados Unidos y de Rusia... Desconocemos el apoyo, y su grado, que en esta tarea puedan prestarnos Inglaterra, Francia, La URSS o China... Lo que digo no lo digo por temor sino como advertencia... Aún de conseguir un apoyo por parte de estas potencias, podría caber el reclamo de indemnización por parte de los Estados Unidos, para conseguir su anuencia... Y ya sabemos cómo cobra este país sus intereses...

Por todas estas razones y sobre todo porque considero que la lucha por la nacionalización del Canal puede poner en peligro el triunfo de la causa más justa y más necesaria, cual es la recuperación de la Soberanía y la reintegración del territorio de la Zona del Canal, yo me declaro partidario de luchar en cuanto al Canal, como obra, por la adopción de un instrumento que regule la

operación del Canal, y la distribución de sus ingresos... Y que, en un plazo fijo, en que se considere que la inversión de la obra queda completamente cubierta, revierta la misma, con todas sus instalaciones, al Estado dueño del recurso natural-estratégico, es decir, a Panamá.

Señores y Señoras; compañeros de ideales: No se les escapa a ustedes que ésta es una lucha desigual... El gobierno norteamericano, poderoso en razón de la fuerza, de la fuerza bruta, se mantiene todavía hoy empeñado en no abrirle paso a nuestras justas demandas... En cambio, nosotros todavía no nos ponemos de acuerdo sobre lo que queremos... Hay quienes se conforman con migajas y quienes luchan por imposibles... Por enfrentar fuerza a la fuerza... Algunos piensan en sutilezas, en introducir en un parche más alguna conquista muy erudita y también muy aparente... Algunas banderitas en un carnaval cualquiera. No! No! señores señoras, ya lo he dicho, para obtener un triunfo verdadero y la justicia que nos corresponde debemos marchar todos unidos, en torno de una idea y en una sola dirección... El instrumento que se acuerde será un resultado, será el producto de nuestras luchas... Ya no más parches... Basta ya de engaños..!

Tomemos ejemplo en nuestras propias luchas, en nuestra propia experiencia, ningún convenio a espaldas del pueblo... La historia nos demuestra que cuando el pueblo concurre, tendremos triunfo! No hay pueblos cobardes y el nuestro es valiente y aguerrido como ninguno... Las bases fueron recuperadas gracias al concurso del pueblo... A la unión de todos los panameños... El humillante Tratado de 1926 no se realizó, gracias al pueblo, a la unificación, al tener ideas precisas sobre lo que queríamos...

Otra cosa han sido los parches pegados al instrumento de 1903... Se realizaron las enmiendas a espaldas del pueblo; sin ideas precisas de lo que se quería y...y se falló en redondo!

Marchemos, pues, unidos. La idea central y generatriz es la soberanía, el ejercicio de la soberanía efectiva y real, sin menoscabo, en la Zona del Canal... Estoy seguro del triunfo si marchamos unidos; estoy seguro del respaldo y apoyo de todos los pueblos, si logramos hacerles ver la justicia que nos asiste... Prueba de ello es el respaldo del Congreso Venezolano... triunfo éste de un gru-

po de periodistas, a los cuales no se les agradece todavía bastante su gestión... Que la inercia y la apatía no nos detengan, tenemos derecho a reclamar justicia!

Estoy tan convencido del triunfo; estoy tan identificado con la lucha de la soberanía, que legué mis sueldos, mi único ingreso, a excepción de este temporal que se me ha asignado como profesor universitario, a la compra de Bonos de Soberanía... Estoy siendo ahora un hombre de palabras, perdónenme.. No es este mi deseo... Deseo pasar de la palabra, a la acción, a los hechos... Contribuir como un simple soldado de esta justa y noble causa.

Por ello...para que no nos perdamos en palabras...quiero proponerle a este FORUM UNIVERSITARIO la siguiente resolución, que es un llamado de la Unión, a la Unión en torno de esta idea de Soberanía, y que deseo que todos firmemos: los participantes y los asistentes de hoy... Cámbiense si se quiere las palabras, dejemos el contenido de lucha...



Los Instrumentos Modernos de Información y su Reglamentación en los Diversos Regímenes

Por Leopoldo Fuentes del Cid

Existe en todas partes una mayoría evidentemente preocupada por conocer a fondo cuál es el uso más adecuado que debe darse a la prensa, el cine, la radio y la televisión como los medios más poderosos que la ciencia ha dado a la humanidad para llegar a la mente e influir en la opinión pública y en la manera de vivir del hombre moderno. Al lado de los problemas que implica el desarrollo económico y técnico de cada país, el empleo de estos instrumentos modernos de información, viene a constituir preocupación permanente.

No obstante, ese interés permanente se basa en diversos criterios. Unos creen ver en ellos los medios propios para una promoción universal del conocimiento y comprensión entre los pueblos; otros, la vía expedita para retener las riendas del poder público o el poderío económico; aquéllos, los instrumentos propios para la salvaguarda de sus intereses privados o una inagotable mina de comercio.

De allí surge la selva amazónica de las reglamentaciones, estatutos, convenciones, donde no siempre están representados los intereses colectivos, por entre la que debe operar con sus alzas y bajas la libertad de expresión que la Declaración Universal de Derechos del Hombre (Artículo 19) expresa tan nitidamente así: "Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el difundirlas sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión". Veamos ahora cómo opera a través de los medios modernos de expresión ese interés universal.

A todos los españoles se les concede el derecho "de expresar libremente sus ideas" (Fuero Español del 13 de Julio de 1945—Artículo 12), pero ese derecho sólo existe en la medida que las ideas "no perjudiquen los principios fundamentales del Estado", y se agrega (Artículo 33): "El ejercicio de los derechos que se reconocen en el presente Fuero no podrá atentar a la unidad espiritual, natural y social de España". La Falange contribuye a la enunciación de esos principios ("26 Puntos de la Falange", Punto 6) de la siguiente manera: "Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad de la patria. Todos los Españoles participarán en él a través de un función familiar, municipal y sindical. Nadie participará al través de los partidos políticos. Se abolirá implacablemente el sistema de partidos políticos con todas las consecuencias..." El Fuero Español es uno de los textos básicos del régimen actual de España y los "26 Puntos de la Falange" expresión doctrinal de la voluntad oficial. Ambos documentos expresan principios claros y terminantes sobre los que descansan los fundamentos mismos del Estado y la unidad que se supone que encarna. Los medios de información, en consecuencia, dependen estrictamente del gobierno, porque de otro modo peligraría su esencia misma.

A todos los ciudadanos de la Unión Soviética se les garantiza el derecho de información (Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, 1936, Artículo 125), y de la manera siguiente: "...de acuerdo con los intereses de los trabajadores y a fin de afianzar el régimen socialista, están garantizadas por la ley a los ciudadanos de la Unión Soviética: a) la libertad de palabra; b) la libertad de prensa. Los derechos de los ciudadanos quedan así asegurados al poner a disposición de los trabajadores y de sus organizaciones las imprentas, los depósitos de papel, los servicios de comunicaciones y otros medios materiales necesarios para el ejercicio de sus derechos". La existencia de este principio en la Constitución soviética lo atribuye el Dr. Fernand Terrou, consejero jurídico de la presidencia del Consejo del gobierno francés y eminente investigador y expositor del derecho de información, a la "Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado" donde Lenin expresa que "La libertad verdadera no existirá nada más que en el régimen... en el que no haya la posibilidad de so-

meter, directa o indirectamente, la prensa al poder del dinero y en el que sea posible a cada trabajador o grupo de trabajadores, cualquiera que fuera su número, tener y ejercer el derecho, igual para todos, de utilizar los depósitos de papel y las imprentas públicas”.

Mas la misma Constitución soviética contiene más adelante el texto del Artículo 126, mediante el que expresa que el Partido Comunista “representa el medio dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado”.

Estos regímenes, el español y el soviético y sus afines, han pretendido estampar de ese modo en sus constituciones el precepto que ampara la libertad de expresión ocupando uno de los primeros lugares entre los derechos del hombre ya que es la prolongación y la práctica de la libertad individual de pensar. La subordinación del derecho de información al poder público es clara y terminante.

El poder federal de los Estados Unidos de América está definido por diversos textos constitucionales, entre éstos las enmiendas I y XIV, en los que el legislador sólo se limita a afirmar la libertad de expresión. Mas en las constituciones de los Estados, además de reafirmarse el principio de los textos federales, aparecen las primeras restricciones. “Todo ciudadano puede hablar, escribir y publicar libremente sus opiniones, a reserva de responder del abuso de este derecho”, expresa la del Estado de Oregón y más o menos la misma fórmula se va repitiendo en Nueva York, Illinois, Virginia, etc., etc. Se estatuye así, sin reservas, en los textos constitucionales la consagración de la libertad de expresión a la vez que se coloca al mismo nivel el principio de las limitaciones.

Las constituciones de los pueblos indoamericanos afirman principios similares a los de las constituciones de los Estados del Norte. La Constitución panameña lo expresa así en su Artículo 38. “Toda persona puede emitir libremente su pensamiento, de palabra, por escrito o por cualquier otro medio, sin sujeción a censura previa. Pero existen las responsabilidades legales cuando por alguno de estos medios se atente contra la reputación o la honra de las personas o contra la seguridad social o el orden público”.

Como principio general, se afirma, pues, en todas es-

tas constituciones de América que una libertad no existe verdaderamente más que cuando se reprimen los abusos que con ella pueden cometerse en perjuicio de los derechos de un tercero o del cuerpo social. En todo caso, el problema capital estriba en delimitar esos abusos y estatuir la manera como han de ser prevenidos o sancionados. Con respecto a los medios materiales del proceso de información, la diferencia salta a la vista, si comparamos este régimen con el español o el soviético. Para éstos el conjunto de medios de información depende estrictamente del gobierno, puesto que de otro modo pelagra su esencia misma. En otras palabras, la expresión de ese derecho en la Ley Fundamental o en otros instrumentos expositores de la doctrina oficial, sólo viene a reafirmar categóricamente que los medios de información son sólo un instrumento para la realización de la ideología encarnada por el poder, y de la formación o educación de la opinión pública en un sentido enteramente conforme con la misma ideología operante. En los instrumentos jurídicos fundamentales de los Estados Americanos la subordinación de esos medios de información al poder público de una manera absoluta, se excluye. Más bien la tendencia inmediata es la de la más amplia libertad, entendida en el sentido de la más amplia iniciativa, concedida a los individuos y a las agrupaciones para la difusión de las ideas. No obstante, surge en la práctica un nuevo elemento que puede operar en sentido positivo o negativo, en libertad o cautiverio para el libre juego de las ideas, ese elemento es el principio de la libre empresa.

Mediante una abstracción tratemos de reunir en una sola área local todos los medios materiales que en el mundo son utilizados para la información. Podríamos concretarnos sólo a periódicos, diarios, revistas, semanarios; reuniríamos además todos los servicios de telecomunicaciones, las agencias centrales de noticias, en fin, toda la maquinaria y su personal respectivo, tal y como funcionan en sus medios originales. Hagamos que estalle un hecho significativo. Veríamos entonces cómo, aunque la maquinaria es la misma o casi idéntica, el "producto" noticioso a difundir adquiere los caracteres más diversos, no sólo en la forma o la técnica de presentación sino en el fondo mismo, obedeciendo a la fuerza del régimen directriz. Tendríamos la muestra de cómo operan los principios constitucionales y las reglamentaciones de los estatutos en la

práctica, en cada régimen. Y veríamos también cómo ese "producto" informativo que se difunde regula el "clima" de las relaciones humanas.

La constitución y gestión de los medios materiales necesarios para poder difundir las informaciones ha venido a constituir una extraordinaria industria en el régimen de libre empresa. Ese libre juego de las actividades económicas, inadecuadamente regulado, puede llegar a entorpecer o comprometer de una manera apremiante la libertad de expresión. El elevado costo de los materiales es uno de los elementos, que puede dar base a la concentración tan acentuada, tanto que puede arribar al monopolio declarado u oculto, amordazando el libre juego de las ideas y a los toques teatrales que se permiten algunos diarios de empresas fuerte con el sólo propósito de embutir de falsedad la cabeza de los estatutos en alarde de una técnica que pretende amurallar la competencia, para dedicarse a influir a sus anchas en defensa de intereses de carácter muy privado. Aunque esta dolencia de los toques teatrales la padecen también diarios de menor cuantía en un desorientado alarde de "acierto y popularidad" que a la postre se convierte en "desacierto", y "repudio" por parte de la opinión sensata.

Aparte de este tipo de riesgos y de todo lo que el "papel resiste", en este libre juego de la industria y el comercio de la información parece ser que la génesis de su estructura política-económica reside en fomentar una amplia dispersión del poder entre las instituciones políticas, económicas y sociales, como norma a una mayor dimensión a la libertad colectiva de expresión de modo que opere sujeta en igual proporción por el poder público y por los organismos privados.

En este régimen que excluye la subordinación del derecho de información al poder público y afirma el principio de la libre empresa, toda empresa de información puede formarse y funcionar libremente sin otra regulación que la que da el conjunto de leyes aplicables al régimen económico. No obstante, a la prensa, en algunos casos se le dota de un estatuto de derecho común, mediante el cual las normas aplicadas a todas las empresas de prensa sean las mismas aplicadas a las demás empresas, o un estatuto especial en el cual las reglas de constitución y funcionamiento de la empresa de prensa sean diferentes de las otras empresas. Sin embargo, como la empre-

sa de prensa se mueve dentro de un cuadro jurídico y económico que inexorablemente influye sobre ella, ninguno de los sistemas antes mencionados se aplica en toda su pureza. A la inversa, como es de marcada beligerancia el papel político de la prensa en el cuadro jurídico y económico donde se mueve, por su objeto y su carácter, la empresa de prensa no puede verse como una empresa comercial ordinaria, mas es a los tribunales de justicia, como garantizadores de la libertad, a los que corresponde ventilar sus problemas.

No sucede lo mismo con la empresa de radio o televisión. Aún en el régimen que excluye la subordinación, estos instrumentos están sujetos a la intervención; y la intervención de modo muy directo. Desde antes de constituirse la empresa radiodifusora o televisora ya está planteada de hecho la norma de intervención por la naturaleza misma de los instrumentos de difusión.

El espectro radioeléctrico compulsa al Estado a una reglamentación de orden físico, por decirlo así. Las longitudes de onda del espectro radioeléctrico son limitadas; las convenciones internacionales las han repartido entre los Estados, que las administran a modo de fideicomiso, y de acuerdo a sus propias reglamentaciones reparten los canales y fija las condiciones para su utilización.

Se nos ocurre que sería motivo de una interesante investigación, seriamente realizada, la organización y distribución de esas frecuencias en Panamá. Quizá hallaríamos allí la clave de por qué, mientras en los Estados Unidos "La Comisión Federal de Comunicaciones ha reservado determinado número de canales con modulación de frecuencia para uso exclusivo de las emisiones educativas..." ("FM for Education", U.S.A. Office of Education, Dr. F. Dunham), en cambio en Panamá, con toda su especialísima configuración geográfica, se le otorga a la Universidad 1540 Kilociclos, y cuando se ha hecho solicitud para el cambio por una frecuencia adecuada a los fines culturales y educativos de la misión universitaria a través de la radio, parece no haber frecuencia disponible que ofrecerle. En cambio, muchos tienen concesiones que no han explotado nunca y que religiosamente renuevan cada dos años con excusas baladíes. Tal vez encontraríamos una explicación al por qué proliferan aquí las radio-emisoras como casetas de buhonero, y en consecuencia, este instrumento, la radio —vehículo de la libertad de ex-

presión— se le encuentra convertido en voceador paupérrimo de anuncios comerciales en una jerga dañina, ininteligible y morbosa.

Decíamos que es inevitable la intervención del Estado en la empresa de radio y televisión, tanto en su creación como en su funcionamiento, al menos en lo técnico. Mas, hay algo muy fundamental que obliga a la intervención aparte de lo técnico y es la importancia de la radio y la televisión en la información de masas. El periódico no logra el efecto determinante que imponen estos instrumentos. Al lector bien se le puede abonar un lapso de meditación y, si es un hombre despierto, escoge entre una idea u otra o su propia idea. Pero el "lenguaje" mismo de la radio y la televisión pueden tomar por sorpresa al más avisado y, si se agrega su rapidez, su regularidad constante y la diversidad de los flancos por donde ataca un mismo asunto y su intempestiva entrada en los hogares sin distinciones de edad, entonces se ve claramente por qué el Estado no se desentiende de estos instrumentos que tal influencia colectiva ejercen.

Si para nuestro medio tomásemos la fórmula de Sarmiento de que "gobernar es educar" o la Mendeciana: "la salvación por la cultura" veríamos que la radio y la televisión, como patrimonio de la humanidad que el Estado administra, necesitan de una seria reglamentación en la que exista un correcto equilibrio en el que, mientras se deja en abierta función los intereses económicos (aquí la radio y la televisión están en manos de la empresa privada), se aseguren de modo sistemático los intereses colectivos, tales como la educación, la cultura y el libre juego de las ideas.

Para la radio, y tal vez pronto para la televisión, las fronteras políticas no constituyen obstáculo alguno, por tanto desde el punto de vista de las relaciones internacionales le corresponde un gran papel, y, estas relaciones competen al poder público. Se advierte enseguida una nueva razón válida para que el Estado no se desinterese de la penetración de la radio en la opinión extranjera. Así, del mismo modo que la empresa de prensa, la radio y la televisión son susceptibles a la concentración y al monopolio; si el poder público no quiere perder totalmente su fuerza decisiva en el mando, debe determinar la correcta

reglamentación y funcionamiento de estos medios de información.

Multitud de gobiernos y organizaciones sociales realizan hoy grandes esfuerzos por lograr un mayor grado de educación para el pueblo en las áreas menos desarrolladas del mundo, partiendo de la convicción de economistas, psicólogos, educadores y sociólogos, de que las probabilidades de mejorar las condiciones de vida de un pueblo están basadas fundamentalmente en el nivel que tenga de educación. Un estudio realizado en 1946 por la National Education Association of the United States y publicado bajo el nombre "The Public and Education", para determinar si efectivamente existía esa relación entre el nivel económico y el nivel educativo vino a confirmar enfáticamente que aún en países de escasos recursos económicos los niveles de vida son altos cuando tienen un sistema eficiente de educación. Si esto es así, y numerosos proyectos de UNESCO y de gobiernos de diversos países han venido a demostrar el alto valor de la radio y la televisión para los fines educativos, se explica por qué se ha encontrado allí otra razón válida y de fuerza para la intervención del Estado en el empleo de estos instrumentos. Y todo parece indicar que la misma tesis de la relación entre el alto nivel económico y lo educativo, vendría en favor de aquellos regímenes, como el nuestro, donde la radio se encuentra en manos de la empresa privada para su explotación comercial, a causa del poder adquisitivo de los más.

Nosotros, sin embargo, no estamos defendiendo en nuestra exposición ninguna tesis intervencionista o no intervencionista. Sólo tratábamos de esquematizar el panorama para determinar por qué en la organización de estos medios de información y en su funcionamiento operan extensos poderes de intervención y de reglamentación por parte de los gobiernos.

Si la misma abstracción que antes propusimos para la prensa periódica la aplicásemos ahora a la radio y la televisión obtendríamos un panorama sumamente complejo. Llegaríamos totalmente a comprender por qué ha sido posible la proliferación de tanta norma para regímenes fundados en la diversidad de empresa como el de los Estados Unidos y los países indoamericanos o el régimen australiano; la magnitud de otros donde existe la empresa pública como la Corporación Británica (BBC); las ad-

ministraciones especiales de Francia, Dinamarca, Egipto; los servicios públicos de Alemania, Rumania, etc.; las sociedades comerciales de Italia o Finlandia; la interesante distinción orgánica de Suiza o Suecia, etc. Uno, no sabría decir exactamente cuál régimen es el mejor, como punto de partida para algo. Sin embargo, es claro, que la reglamentación debe estar basada en principios técnicos, sociológicos, jurídicos, educativos, económicos, etc., etc., tomando como punto de partida la realidad nacional, puesto que el marco jurídico, económico y social imperante, donde se mueve la empresa, es lo que al final viene a determinar su verdadero carácter.

Finalmente, es fácil advertir que la industrialización de estos grandes medios de información da una preponderancia extraordinaria al factor económico, elemento que viene a incidir decisivamente en el giro que toma la libertad de expresión. De allí que, como el factor económico se organiza en las unidades llamadas empresas, para la elaboración de un "producto" que va dedicado al "mercado" de la opinión pública, su reglamentación tiene un carácter especialísimo. Su particularidad estriba en dar con una efectiva concepción que en la práctica permita el libre juego de la libertad de expresión a la vez que se deja actuar libremente el sistema económico. La búsqueda de ese equilibrio, asentado sobre bases concretas es tarea por realizar todavía en Panamá. Mientras no llegue a ser así, la libertad de expresión del Artículo 19 de la Declaración Universal o el 38 de la Ley Fundamental panameña, estará fluctuando al ritmo de los intereses económicos, políticos y de tipo muy particular y privado, aunque más de un razonamiento nos quiera hacer pensar que en Panamá poseemos la fórmula mejor, que es sin duda la ideal, o sea aquella donde las limitaciones que ha de tener la libertad colectiva de prensa han de provenir de la propia conciencia de los profesionales y de la disciplina que ellos puedan imponerse libremente dentro de sus organizaciones. Recién se habla aquí de un Ministerio de Comunicaciones. De ser realidad, y si nuestro sistema de información llegara a definirse mejor por virtud de un trabajo científicamente hecho en lo técnico, en lo jurídico y en lo económico, podríamos dar por bien sufridos los años de desorganización.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

UNESCO, "La Información en el Mundo", 1956, 276 Páginas.

TERROU, Fernad y SOLAL, Lucien, "El Derecho de Información", UNESCO 1951, 442 Páginas.

DESMOND W. Robert, "La Formación Profesional de los Periodistas", UNESCO 1949, 108 Páginas.

UNESCO, "El Problema del Papel Periódico", 1949

OIT, "Conditions of work and life of Journalists", Publicación de la Oficina Internacional del Trabajo, 1928.

CODDING Jr. George A., "Broadcasting without barriers", UNESCO, 1959.

WILLIAMS, Francis, "Las Telecomunicaciones y la Prensa", UNESCO, 1954.

GONZALEZ RUIZ, Nicolás, Director, "El Periodismo, Teoría y Práctica", Editorial Noguer, S. A., Barcelona, 1953.

UIT-UNESCO, "La Transmisión de mensajes periodísticos", 1956.

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE PANAMA, 1946, Edición del Concejo Municipal de la ciudad Capital, Editora Panamá América S. A., 1956.

WALLER, Judith C., "Radio the Fifth Estate", Segunda Edición, 1950; Houghton Mifflin Company.

Panamá, Agosto de 1960.

Ética y Filosofía

Por Miguel Bueno

(Profesor de la U.N.A.M.)

Para llevar a cabo el estudio de la ética se debe principiar con un concepto que exponga cuál es su esencia y su significado, de modo que el problema respectivo no se confunda con ninguno de los que tienen afinidad con ella. De la acepción que se otorgue inicialmente a la ética dependerá el desarrollo que adquiera posteriormente; la objetividad de dicha acepción es básica para su firme progreso.

Atendiendo a este requisito, proponemos la siguiente definición: **la ética es la disciplina filosófica que fundamenta el valor de la conducta humana.** Los conceptos que figuran en la definición establecen:

- a).—Que la ética es una rama de la filosofía.
- b).—Que su labor consiste en fundamentar un valor.
- c).—Que se refiere a la conducta humana.

El desarrollo de nuestra materia ha de efectuarse a partir de los términos planteados en su definición. Ahora bien, dando por supuesto que el concepto de filosofía involucra la fundamentación de un valor, puede establecerse otra definición más breve, equivalente a la anterior: **ética es filosofía de la conducta.** Para explicarla hay que desenvolver en primer lugar el concepto de conducta.

Entendemos por conducta la actividad que despliega el hombre en forma consciente. Conducta y actividad consciente son términos sinónimos. Ahora bien, como dicha actividad —según lo indica el término— se origina en la conciencia, es necesario explicar en qué consiste la conciencia. Para ello diremos que **la conciencia es la facultad de darse cuenta de los objetos, y las vivencias de la persona que la ejercita.** El hombre se percata de las cosas por medio de la conciencia, establece el problema que presenta cada una y trata de ofrecer una solución. De acuerdo con ello, la conducta consciente es la que efectúa el hombre comprendiendo lo que significan sus mó-

viles y su alcance, los elementos que la determinan, los fines que persigue y demás factores que la integran. Lo esencial de la conducta es manifestarse en actos, y tener conciencia de ella equivale a percibir sus factores constitutivos, a saber: la esencia, el fin y los medios de la acción, que representaremos por las partículas **qué, para qué y cómo**. Así, pues, en la conducta consciente el hombre se percata de sus actos; sabe **qué actúa, para qué actúa y cómo actúa**. En esos tres elementos se funda la conciencia de la acción, y por consiguiente, el problema de la ética.

Hablando en rigor, no se tiene jamás una conciencia perfecta, que sería capaz de explicarlo todo. La conciencia perfecta correspondería a la conducta perfecta y sería propia de un ser también perfecto, no de un ser humano. Al pedir que la conducta moral se integre en actos conscientes se pretende un conocimiento esencial de dichos actos, con las limitaciones que ello implica, no sólo en profundidad sino también en extensión; el hombre no puede ser consciente en todos los momentos de su vida y con frecuencia posterga en mayor o menor grado al conocimiento, dando cabida a los instintos que operan poderosamente en el psiquismo. Sin embargo, lo distintivo en él es su facultad de actuar conscientemente y en esto se funda el valor moral de la conducta; la ética tiende a explicar dicho valor con el concurso de diversas ciencias que mantienen contacto con ella.

Sobre el concepto de conducta como actividad consciente se erige la ética en calidad de teoría que comprende a los valores como realización humana; los valores se vierten en la actividad cultural, la más elevada forma de conducta, que se efectúa mediante la concepción y realización de sus obras, cuya práctica permanente repercute en la superación del hombre, considerado individual y socialmente, como persona y como especie. En tal sentido, realización cultural y realización humana son términos sinónimos y equivalentes. En ellos se localiza el punto de partida para la verificación de las doctrinas morales.

Para concluir, indiquemos que la ética se desenvuelve como filosofía de la conducta implicando una triple relación que es necesario atender. Dicha relación concierne:

a).—A la filosofía, porque la ética es una rama filosófica y sus doctrinas están conectadas con los sistemas filosóficos.

b).—A la lógica, porque la ética es una forma de pen-

samiento y emplea conceptos, juicios, razonamientos y demás formas cognoscitivas.

c).—A la ética misma, por las ideas que orientan a la conducta, explican su valor y sus consecuencias en la vida.

Las dos primeras formas de relación nos ocuparán de inmediato, como una introducción al estudio de la ética. La tercera abarcará el resto de la obra y constituye su tratamiento.

Puesto que la ética es una rama de la filosofía hay que establecer el concepto de filosofía, para lo cual se puede recurrir al denominador común de sus diversas doctrinas, que se localiza en el saber universal; todos los filósofos anhelan poseer un conocimiento universal, entendiéndolo en ello al conocimiento que se aplica a todos los renglones de la existencia. Dicha universalidad se expresa en la concepción del mundo y de la vida —también llamada *cosmovisión* o *Weltanschauung*— que toda filosofía quiere obtener; un concepto del mundo y de la vida que otorgue dirección positiva a los actos de la existencia. De lo anterior se desprende que: la filosofía es el concepto universal del mundo y de la vida. Esta definición se aplica inexceptionalmente a cualquier sistema y puede ser tomada sin reservas como una idea totalizante de la filosofía. La definición tiene un carácter formal, comprende el propósito que reconocen todos los filósofos y por ello mismo es universal, aunque el contenido de los sistemas —o sea la cosmovisión obtenida— varíe en cada uno; hay siempre un mismo propósito conducente a la comprensión integral de la existencia. Así pues, en el filosofar existen dos factores determinantes, uno constante y otro variable: el primero es la tarea general que se propone y el segundo es la solución particular que se ofrece en cada caso.

El desenvolvimiento de la ética tiene lugar en estrecha relación con toda la filosofía, en la cual se halla inmersa. La relación se prolonga en un doble sentido: general y particular. En sentido general, propone obtener un concepto del mundo y la vida mediante la valoración de la existencia, misma que se traduce en la conducta; su significación humana es expuesta por la ética. En sentido particular, la tarea se lleva a cabo en diferentes sistemas, de acuerdo con el concepto predominante en cada uno, e influye asimismo en la ética mediante la postura moral correspondiente. Por ejemplo, si el sistema es de tipo idealista, la ética que albergue será también idea-

lista; si el sistema filosófico es materialista su ética lo será también, etc. Este paralelo encuentra una explicación en la preponderancia del concepto que predomina en cada sistema y repercute en la analogía formal observada en sus disciplinas particulares.

La formación de las posturas filosóficas puede explicarse a partir de la que designaremos como **relación cultural** entre el sujeto y el mundo que lo rodea, haciendo que éste se proyecte en aquél, y recíprocamente, que aquél influya sobre éste; el sujeto asimila los contornos del mundo exterior y los revierte como una proyección de sí mismo, generando la gama de obras y expresiones que lo manifiestan. Se trata, pues, de una correlación con un doble sentido: el influjo de la realidad en el sujeto y la exteriorización del sujeto en el mundo. La importancia de esta relación es que a través de ella se produce la vida cultural, o sea la expresión del espíritu frente al mundo externo; su producto es la infinitud de obras que se manifiestan en el decurso histórico, ingresando al patrimonio de la humanidad como huella de la acción espiritual en sus diferentes épocas.

La relación del sujeto con el mundo externo determina la confluencia de dos grandes factores que han señalado el derrotero de la filosofía, según la preponderancia que adquiere cada uno en cierto tipo de sistemas. Esos factores son el espíritu y el mundo exterior; aquél es fuente de ideas, y éste, de sensaciones; el primero es un mundo interno y el segundo un mundo externo. De aquí el paralelo que existe entre los siguientes términos:

Espíritu-Realidad.

Mundo interno-Mundo externo.

Ideas-Sensaciones.

Los sistemas filosóficos suelen reconocer con predilección alguno de esos términos, dando origen a dos grandes familias que se agrupan bajo el rubro de **idealismo** y **realismo**, respectivamente. La posición idealista tiende a edificarse afirmando a las ideas con independencia de la realidad, mientras la posición realista arraiga en el mundo de los hechos y las sanciones. La exacerbación de ambas posturas ha repercutido en un nocivo antagonismo por el cual la afirmación de una va en detrimento de la otra, de suerte que los partidarios del realismo suelen declararse enemigos del idealismo, y recíprocamente. Esta es una

especie de miopía intelectual que ve exclusivamente las virtudes de la doctrina que profesa, postergando las que corresponden a otras doctrinas.

Existe una tercera posición que representa una síntesis de las dos anteriores, quiere mantener sus virtudes y eliminar sus defectos; sería pues, una síntesis de lo mejor que tienen ambas. Por otra parte, esa tercera posición plantea la necesidad de transitar dinámicamente de una postura a otra, por lo cual se le ha conocido como dialéctica. En suma, la dialéctica reconoce la necesidad del sujeto actuante y el mundo exterior, así como su mutua influencia, por lo cual el mundo externo recibe la impronta del sujeto, en tanto que éste se configura con la percepción del mundo exterior.

La proyección cultural permite establecer una somera clasificación de las doctrinas filosóficas en idealistas, realistas y dialécticas. Esta clasificación tendrá singular importancia para el estudio de la ética.

El gran número de doctrinas que registra la filosofía suele provocar desconcierto cuando se quieren aplicar a cuestiones concretas de la vida. Tal vez se acepte alguna de ellas durante cierto tiempo y se la rechace después; o bien se quiera tomar ideas que pertenecen a varias doctrinas; o, finalmente, se vacile sobre la forma de aplicar la enseñanzas que contienen. En todo caso resulta indispensable reconocer alguna doctrina filosófica, adoptar un punto de vista para interpretar la vida, dirigir la conducta y valorar la existencia; un hombre carente de filosofía está imposibilitado para definir su vida y orientar progresivamente su comportamiento. La actitud moral tiende a realizar las ideas que se consideran necesarias para la vida; empero, si no se tienen ideas será imposible poseer una actitud moral. La adopción de una postura filosófica es la culminación del criterio para vivir, es el reconocimiento de un punto de vista y al mismo tiempo la herramienta con la cual se construye la conducta.

En otro plano, una postura filosófica es el nexo de unión en cierto tipo de sistemas que, por aceptar los mismos principios, integran un conglomerado cuyos miembros desfilan alternativamente en el curso de la historia; se les encuentra desde la antigüedad a nuestros días, defendiendo parejos intereses y empleando los mismos argumentos, si bien configurados por el tipo de filosofía que corresponde a cada etapa. Los principios filosóficos no

se agotan en un solo sistema, sino permiten un número de ellos prácticamente ilimitado, caracterizándose por aceptar dichos principios y reflejarlos en todo el dominio de su reflexión.

Al elegirse una filosofía participan dos motivos determinantes: el tipo de sistema elegido por el valor que contiene, y el carácter del individuo que lo adopta por cierta afinidad con su temperamento. Esos determinantes de la postura filosófica son los principios que la explican, y la elección misma es el acto de reconocer el carácter del sujeto en los principios que ha escogido. De ahí proviene la objetividad y la subjetividad del filosofar, la primera concierne al valor implícito de los principios, en tanto la segunda pertenece al sujeto que los promueve.

En el aspecto subjetivo, las posturas filosóficas se producen de acuerdo con los elementos que integran a la personalidad, las que antiguamente se conocieron como "facultades del alma", a saber: razón, sentimiento y voluntad. A partir de cada una se establece determinada relación con las posturas filosóficas; también con la rama cultural correspondiente, con la disciplina filosófica que la estudia y con el valor que realiza. De ahí la correlación de los siguientes elementos: a).—Facultad espiritual; b).—Actitud vital; c).—Expresión cultural; d).—Carácter psicológico; e).—Valor preferente; f).—Disciplina filosófica.

Al preponderar alguna de las facultades espirituales se denotan consecuencias teóricas y prácticas, de concepción y ejecución, por ejemplo, un individuo cuyo carácter sea predominantemente racional, tendrá predilección por las ciencias y proclamará que el pensamiento es lo más importante en su vida, la que transcurrirá en medio de preocupaciones científicas; querrá obtener la verdad por medio de investigaciones objetivas, su carácter será racional y la actitud vital que profese es el intelectualismo.

Para otro género de temperamentos, los emotivos, la facultad preponderante es el sentimiento, cuya expresión cultural directa es el arte, y corresponde a una disciplina filosófica como la estética, que se encarga de explicarlo mediante la fundamentación de su valor en lo bello artístico; las reacciones del individuo serán temperamentales, en correspondencia a su actitud vital, que se conoce como esteticismo, o también romanticismo.

El tercer género de relación atañe directamente a la

ética y lo principal de ella es la fuerza de voluntad para llevar a cabo los propósitos, según proclama la postura del voluntarismo; el carácter psicológico que la promueve es activista, y su prototipo en la vida es la acción; su forma cultural preferente es la conducta intensiva, y la disciplina filosófica con que se rige es la ética, cuyo valor implícito es la bondad. Para el tipo voluntarista los actos son plenitud de existencia y, puesto que sus normas conciernen directamente a la voluntad, la postura activista es un voluntarismo; como su normatividad se contiene en la ética, se presenta como eticismo. Por ello, la postura que nos interesa destacar recibe las designaciones siguientes: **activismo, voluntarismo o eticismo.**

La dirección eticista ha tenido especial importancia en los sistemas que procuran la transformación del mundo, contrastando con la actitud contemplativa del esteticista y la comprensiva del intelectualista. La proyección activa puede condensarse en las palabras de Carlos Marx: "Hasta ahora los filósofos no han hecho más que explicar al mundo; a nosotros nos corresponde transformarlo".

Para consignar la correlación cultural y expresarla en función de los elementos establecidos, tenemos el siguiente cuadro:

Facultad espiritual	Razón	Sentimiento	Voluntad
Actitud vital	Intelectual	Sentimental	Voluntarista
Expresión cultural	Ciencia	Arte	Moralidad
Carácter psicológico	Racional	Emotivo	Activo
Valor preferente	Verdad	Belleza	Bondad
Disciplina filosófica	Lógica	Estética	Ética

La posibilidad de dirigir la acción espiritual por varios caminos ha constreñido generalmente a la adopción de alguno de ellos y, como reacción adversa, a negar los demás, de suerte que el partidario del racionalismo se considera antagonico frente al intuicionismo, éste hacia el voluntarismo, y así sucesivamente. Parece, digamos, como si el individuo de talento preclaro fuera incapaz de conmoverse ante una obra de arte, o como si el artista estuviera imposibilitado de cultivar la disciplina racional, o como si el hombre de acción no pudiera percibir la belleza de las formas. Frente a esta deplorable convicción, que se ha repetido con demasiada frecuencia, es necesario definir rigurosamente cada una de las dimensiones del espíritu, que corresponden a sendas vertientes de

la cultura y requieren su mutua participación. No hay ningún impedimento para aprovechar las manifestaciones que cada una brinda al hombre, como un poderoso atractivo para su desarrollo; esto es algo más que un simple requisito para conducir la vida, representa el ideal supremo de la existencia y sólo a través de él es posible dominar el vasto horizonte espiritual, abarcando la nutrida variedad de formas y tonalidades que se manifiestan en la creación humana.

Un postulado como éste puede llamarse el Principio de la integridad del espíritu y es la norma suprema de la existencia; frente a ella cualquiera otra ocupa un lugar parcial y derivado. Incluye a las que se conocieron en psicología clásica como "facultades del alma", si bien con un sentido mucho más dinámico de cómo fueron concebidas su principal deducción estriba en que al tratar alguna de ellas se acude indefectiblemente a las demás y se invocan mutuamente en el proceso infinito de la creación cultural. Así, el matemático pone en juego una fuerte dosis de intuición y requiere gran fuerza de voluntad para efectuar su trabajo, además de la acendrada racionalidad que le es inherente; el artista es, por constitución, un ser emotivo, pero no puede expresarse en obras sin una penetrante racionalidad que le conduzca a la comprensión de las formas técnicas, y también requiere fuerza de voluntad como realizador de sus trabajos; y el llamado "hombre activo", que se caracteriza por su incontenible impulso a la acción, no sería más que un ser desquiciado si no le acompañara el juicio intelectual de los problemas que acomete, y carecería de interés en sus gestas si no fuera por la emoción que ellas mismas le producen.

Así pues, la distinción que efectuamos de tres grandes posturas frente a la vida, obedece, como toda distinción, a la necesidad de resolver el papel que juega cada una de sus realizaciones. Por ello expusimos que en el racionalismo predomina la proyección intelectual, mientras en el esteticismo resalta la emotiva y en el voluntarismo la preponderante es la intención activa. La realidad del espíritu se manifiesta con la participación de esas tres grandes dimensiones y se compenetran de modo que donde aparece una figura, también las demás. De esta compenetración nos interesa destacar la que corresponde al voluntarismo, pues la saturación que reciben los actos del espíritu por parte de la voluntad, da un matiz ético

a todos los momentos de la existencia. De ahí proviene el sentido moral que tienen las actividades de la cultura, igual la artística que la científica, la religiosa o la pedagógica, pues en cada una se encuentra un contenido humano que proyecta la conciencia del valor en los términos que distinguen a la conducta moral. Este es el sentido de la praxis, como se conoció antiguamente a la actividad humana, derivando de ahí la acepción de "práctico" que se otorga a toda acción.

Esta unidad integral del espíritu es de primer orden para el desarrollo de la ética; la concebimos en el amplio sentido que se dirige a todas las formas de actividad consciente, culminando en sistemas como el humanismo y el eticismo, que serán focos de atención en nuestro desarrollo. A reserva de la más amplia mirada prospectiva en la proyección que tiene la filosofía frente a la vida, con el sentido inmanente que la reviste y la función viva que desempeña como instrumento de acción y comprensión en nuestro tiempo.

El nexo entre ética y filosofía repercute en la adopción de un criterio para la vida, que consiste en tener conciencia de lo que se requiere y de lo que se hace. En esta conciencia radica el sentido moral de la conducta; será más elevada la forma de conducirla mientras mayor sea la conciencia que se tenga de ella.

Ahora bien, la conciencia de la acción se manifiesta en tres grandes planos que se distinguen por su nivel estructural. Ordenados de singularidad a generalidad, de concreción a abstracción, están en primer término los acontecimientos singulares de la vida, como testimonio inmediato del existir; en segundo término, se encuentran las obras de la cultura, que son los momentos selectos y creativos de la vida; en el tercero está la reflexión filosófica, capaz de llegar a una generalización máxima de todos los problemas. La filosofía de la reflexión avocada a proporcionar el criterio para vivir, que de modo ingente reclama nuestro tiempo. Así pues, veamos someramente en qué consiste cada uno de ellos, para captar la integración de la unidad existencial.

Los acontecimientos de la vida son hechos concretos y singulares, transitorios e irrepetibles, que se suceden unos a otros en el decurso temporal; se dan en gran número —uno a cada momento, podríamos decir— y su grado de significación varía de acuerdo con la trayectoria en

que se hallan colocados, o sea la finalidad a que se destinan. Desde luego, los menos importantes cubren la mayor parte de la vida, y su neta singularidad contrasta con la universalidad ideal a que aspira el hombre; esta clase de actos provocan en sí mismos un desconcierto que se resuelve únicamente al serles aparejado un criterio de valor que los lleve por una dirección definida.

El segundo plano vital se compone por los actos que poseen una conciencia explícita de la vida, y en ellos destaca la preocupación por realizar un valor; es lo que en términos comunes se dice: "Hay que hacer algo importante en la vida". Este afán creativo de expresión espiritual anima a todos los seres humanos, pero sólo una minoría de ellos pueden realmente producir obras de positivo valor; aun en la vida de los hombres geniales, los momentos de creación significan una parte relativamente pequeña de su existencia. Un poeta concebirá tal vez una metáfora o una rima selecta en el tiempo que su vida registra muchos acontecimientos intrascendentes, pero éstos quedarán desvanecidos por su insignificancia, en tanto aquéllos adquieren una validez permanente y se traducen en obras impercederas.

Por último, el nivel de la filosofía representa la conciencia de la cultura, y como ésta es conciencia de la vida, la reflexión filosófica se convierte en "conciencia de la conciencia" del vivir; por ésto se le designa como **autoconciencia**: filosofía es meditación autoconsciente, solo ella es capaz de producir la deseada unidad, primeramente a través de sus ramas particulares y más tarde como meditación culminante de la vida. La filosofía inquiere por el valor de los actos, indica las demarcaciones culturales y exalta los principios de la ciencia, de la creación artística y del comportamiento en general; el ápice filosófico es la idea suprema del conocimiento, que consiste en la unidad y orientación para la vida. Encauza a los actos cotidianos en la dirección permanente de los valores y por ello la más elevada moralidad tiene su fundamento en una reflexión filosófica, esto es, en la autoconciencia axiológica del vivir.

La más fecunda consecuencia que puede y debe obtenerse de la filosofía es la adopción de un criterio para entender la época actual, no sólo en su elevada manifestación como cultura, sino también en los asuntos cotidianos, que constituyen una parte de cuidado en la existen-

cia. La necesidad de que el filosofar se traduzca en una posición frente a la vida ha ingresado en la conciencia del público, que rechaza a la filosofía especulativa porque se aparta de los problemas contingentes e inevitables de la vida. Al aceptar este requerimiento no hacemos simplemente una concesión al clamor de nuestro tiempo; reconocemos el sentido de la auténtica filosofía, producida en un momento dado y de acuerdo a las circunstancias que rodean su aparición, en acatamiento a los problemas culturales y espirituales. Por ello, nada más justo que la impostergable necesidad de dirigir las conclusiones filosóficas sobre problemas concretos, cumpliendo el sino de toda filosofía que le otorga el supremo contenido moral como orientación para la vida. Esta condición impónese hoy más que nunca, por la encrucijada de inciertas situaciones que tiene ante sí el hombre, para quien carecen de valor las tradiciones por sí mismas buscando en cambio la instauración y renovación de los valores. Contemplamos el surgimiento de un mundo al que se enfrenta la vida actual, con un ritmo de transformación como nunca se había producido. Las instituciones políticas tienen un acaecer tormentoso en la crisis que sortean a cada momento; las fronteras nacionales se diluyen poco a poco y tienden a sumar los núcleos nacionales en bloques continentales y de orden mayor; los descubrimientos científicos producen una sacudida más grande que en toda la historia de la ciencia; el medio mundo que había padecido el letárgico quietismo del coloniaje despierta como un coloso de increíbles dimensiones que clama justicia. Por todo ello, la necesidad de una revisión en las doctrinas humanistas se deja sentir con renovado ímpetu y es el más elocuente síntoma de que la humanidad anhela, hoy más que nunca una profunda transformación en todos los sistemas.

He aquí la necesidad de situarse frente a los problemas reales, con un pertrecho de conocimientos sólidamente fundados, para tomar parte en la gran batalla que se libra en esta omnímoda paz armada que ha puesto a la humanidad en el filo de la navaja, sobre un borde infinitesimal que tiene de un lado su destrucción y del otro la renovación de sus principios tendiente a la realización de los ideales que ha cobijado, a veces utópicamente, en el decurso de su historia. Por ello la filosofía ha perdido el carácter especulativo y adquiere la función de una he-

ramienta al servicio del hombre, destinado a ordenar y comprender sus problemas, a clasificar sus ideas y hacer más accesible el riquísimo contenido que alberga como un inmenso recipiente la civilización monumental de nuestra época.

Compenetrarse en la filosofía no consiste exclusivamente en captar sus doctrinas y enterarse de sus tesis, sino en algo más que trasciende el contexto doctrinario, a saber: el tratamiento que lo sustenta en un plano trascendental, más remoto y profundo que las doctrinas propiamente dichas. Tal vez el deseo congénito de conocerlo todo, de llegar a un saber absoluto, que permita develar el origen de las cosas y el misterio de la creación. En el hombre se agita la inquietud del conocimiento que a su vez obedece al instinto de perfección, uno de cuyos reflejos es el renovado intento de llegar a una verdad definitiva. La gran lucha se libra entre el anhelo de perfección y las limitaciones a que está sujeto, como no es posible trascenderlas, resulta de ahí una forzosa conciliación en que, si no puede ser perfecto, por lo menos debe ser cada vez mejor. Con esta convicción se da un gran paso en la ética porque significa el reconocimiento de que la esencia humana no alberga la perfección, pero sí el instinto de superación, el más sólido respaldo que pueda otorgarse a cualquier postura moral.

Sobre esta perspectiva es dable entender el absolutismo de que han revestido la mayoría de las doctrinas filosóficas, al pretender alcanzar la razón última de las cosas, el origen del universo, la naturaleza del alma, e inclusive Dios mismo, pretensión que sería padentesca si no fuera por la trascendental preocupación de llegar al **Saber**. Esta preocupación de los filósofos tiene el síntoma de una vitalidad inagotable y les hace perseverar en la tarea infinita que, de otra suerte, habrían abandonado ante la perspectiva de no llegar a dominarla jamás. Sus temas bordean en lo absoluto, pues no otra cosa es la razón del universo, el origen del cosmos, la naturaleza del alma, Dios y la vida eterna, temas todos ellos que resultan inasequibles a la mera razón; por eso, no obstante las numerosas teorías que se han emitido para explicarlos, no se ha dado todavía una solución que pueda ser rigurosamente demostrada como correspondería a un verdadero conocimiento. La mayor parte de las opiniones que pretenden

alcanzar el saber absoluto son punto menos que arbitrarias, aunque explicables desde el punto de vista humano, porque obedecen el deseo de conocerlo todo y resolver el misterio que ahoga al alma en la ignorancia y la angustia de la creación, con la conciencia de que pasará la vida y pasarán los siglos sin que el hombre haya sabido a ciencia cierta quién es, por qué vive, qué es el mundo que lo rodea y quién lo formó.

Para su justificación es necesario aclarar que no todo es erróneo en la filosofía ni tampoco es la única que se haya dejado seducir por el afán de conocerlo todo. También las ciencias se han desbocado en su rápido crecimiento, aunque están sujetas por el freno de la experiencia. La filosofía, por su parte, posee un contenido de positivo valor que representa la paulatina conquista del espíritu, aun con las limitaciones que le son inherentes y están en relación a la vida cultural. De ahí que toda filosofía sea auténtica cuando corresponde fielmente a la vida de su tiempo.

El avance del saber es la simultánea acción de lo filosófico y lo cultural, como dos ejércitos que marchan bajo un solo mando y hacia una sola meta: la perfección y el deseo de conocerlo todo. Esta idea es la dirección en la campaña y es el punto al que se encaminan los dos ejércitos en la penumbra del conocimiento, que no es la densa tiniebla de la ignorancia ni la etérea luminosidad del saber absoluto. En el inconmensurable espacio de lo que hay por saber, lo que ya se sabe es apenas un punto infinitesimal, pero se encuentra en suelo firme, y por esta firmeza se ha mantenido a través de los siglos, orientando al pensador en su continua e infinita búsqueda, que no tiene término y se encuentra en constante agitación. El verdadero filósofo no esperará llegar a puerto seguro y amarrar su embarcación, a lo cual equivaldría poseer una verdad absoluta y definitiva; por el contrario, amará profundamente la navegación sin fin y encontrará un gran placer en haberse acercado a aquel punto sin alcanzarlo, en proseguir la ruta que conduce a él, aunque la distancia no se acorte en realidad, pues la luz se aleja a medida que intenta acercarse a ella. El filósofo debe conformarse con la sombra que proyecta aquella luz en su camino y por más que avance estará siempre delante de él; el verdadero filósofo no querrá brincar sobre su propia sombra.

Mediciones y Descripción de Algunas Características Somáticas de los Indios Chocó

Por Guillermo C. Cohen Degovia.

Con la colaboración técnica del Prof. Rubén D. Herrera catedrático de estadística de la Universidad Nacional de Panamá.



INTRODUCCION

Esta corta investigación constituye una simple exploración de hechos antropofísicos entre los chochoes de Panamá y, por ello se puede considerar como una fase previa a estudios mejor organizados. Lejos de esperar el logro de conclusiones, los resultados se tomaban como meros indicios, de mayor certeza en las mediciones, de los rasgos somáticos de la población Chocó. El planteamiento de interrogantes e hipótesis explicatorias tentativas forman parte también, de su legítima misión científica.

Además del interés en determinar las características raciales de nuestros indios, una consideración lateral motivó, en mucho, la realización de este trabajo. Se trata de las teorías inmigratorias a América que originaron su población. Como quiera que dichas teorías presentan una fuerte argumentación con base en las características raciales, la dilucidación de estos rasgos físicos en los grupos actuales, sin olvidar el mestizaje y considerando la endogamia, nos señalarían una pauta sobre la mayor o menor certeza de las mencionadas teorías.

Adaptando el problema a las limitaciones económicas y de tiempo, nos hemos tenido que dar por satisfechos con la medición de dos de las características raciales here-

ditarias más constantes, como son: el Índice Cefálico Horizontal y la talla en un número limitado de individuos y la observación de los rasgos físicos exteriores.

Sujetos y Localización Geográfica: Fueron sujetos de la investigación los indígenas Chocó de la provincia del Darién, R. P., que pueblan las márgenes de los ríos Chucunaque, hasta la boca del río Tupiza; río Tupiza, recorrido en considerable extensión; río Chico, hasta la boca del río Tesca y además los que venían al pueblo de Yaviza, nuestro centro de operación, procedentes de otras regiones tales como: Boca de Cupe; río Sambú y aún, de Colombia.

Procedimiento: Para las mediciones del índice cefálico horizontal y la estatura, se usaron el compás de espesor y un tallómetro respectivamente, ambos en escala centimétrica subdividida en milímetros y que forman parte del "Sobre de Martin".

Para la observación de los rasgos exteriores hemos tenido que contentarnos con ser lo más objetivos posible ya que carecemos de los instrumentos necesarios, tales como, el cuadro de colores de F. Von Luschan y el de R. Martin para la determinación correcta del color de la piel y los ojos respectivamente.

Es necesario señalar la posibilidad de un margen mayor de error en la medición de la estatura, en vista de que éstas se efectuaron en el habitat de los indios, teniendo como base, en todos los casos, una superficie no tan horizontal y plana como hubiese sido de desear.

En todos los casos se efectuaron ambas medidas sobre el mismo sujeto. Estos, los sujetos, se escogieron al azar y todos adultos. En total se midieron veinticinco (25) hombres y veintiuna (21) mujeres.

RESULTADOS

Cabeza: La recopilación estadística de las cuarentiséis (46) medidas cefálicas nos dan los siguientes resultados:

Frecuencia de I. Cefálico Horizontal (25 hombres y 21 mujeres)	
Indice:	73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88
Masc.	1 — 1 — 3 1 — 4 2 2 1 5 1 1 3 2
Fem.	— — 1 1 1 3 2 3 1 3 2 1 — — 1 2

El rango, o amplitud de variación, femenina se calcula de los extremos individuales de 75.8 a 88.6 en tanto que el masculino de 73.0 a 88.8, coincidiendo estas últi-

mas con los extremos de variación del grupo en total. Como se puede apreciar, la muestra ha incluido las tres grandes divisiones de la escala de Retzius en la siguiente proporción:

		Hombres	Mujeres
Dolicocefalos	6.5%	2	1
Mesocéfalos	39.1%	8	10
Braquicéfalos	54.9%	15	10

La Media, resume como característica de todo el conjunto la braquicefalia fronteriza con un índice de 81.7, siendo la media femenina 81.4 y la masculina 81.9. La media estimada tiene un error probable de $\pm 2.1\%$ con probabilidad fiducial de 99.7%, por lo tanto, es casi seguro (probabilidad fiducial) que la media del universo sea 81.7 ± 1.7

(error probable $\pm 2.1\%$).

Las Mediana, de 81.65, nos señala que esta muestra de la población no está marcadamente alejada de una distribución simétrica, ya que el estadígrafo de asimetría (Pearson) resulta 0.04 o sea, insignificante.

La Desviación Estándar de ± 3.77 de la media incluye treintiuñ (31) casos que corresponden con una aproximación significativa al 68.26% del total de los casos. Lo que indica una dispersión que se ajusta, casi perfectamente, a la condición de la distribución normal.

Estatura: En el caso de estatura se obtuvo, como hubo de esperarse, un mayor índice de variabilidad que en el caso del índice cefálico.

La estatura media del grupo es de 148.5 cm. siendo la media femenina de 141.9 cm. y la masculina 154.1 cm. Sin embargo, corroboran la impresión general de la baja estatura de los chochos. Uno de los casos extremos medido es el de una mujer con estatura de 124 cm. que consideramos anómala pero no podríamos determinar si es por disfunción glandular u otras causas.

El error probable para la estatura media del grupo resultó 2.42% con límite de probabilidad fiducial de 99.7%.

Coloración: No ha sido posible determinar correctamente el color de la piel por carecer del instrumento más preciso para ello, el cuadro de colores de Von Luschan, de allí que hemos de contentarnos con la terminología corriente para su descripción; aparecen trigüeños con matiz cobrizo.

Pecho: Los senos de la mujer son muy desarrollados y en forma de ubre de cabra; alargados y con la punta más bien dirigida hacia abajo.

En el hombre, la caja torácica, muestra gran desarrollo tanto de altura como de anchura.

Pelos: El cabello es de color castaño oscuro; de forma leiótrica o lisótrica, grueso y rígido. En el resto del cuerpo es imposible determinar la vellosidad en vista de que practican la depilación. Según su propia manifestación, la pilosidad de la barba consiste en el desarrollo de unos cuantos pelos que muy pronto se arrancan.

Ojos: Color: a falta del cuadro de colores de R. Martin se describirán, conforme escala presentada por el mismo autor para estos casos, como castaño oscuro.

Forma: Leve característica de pliegue mongólico.

Labios: De color vino oscuro que oscilan de medianos a gruesos en cuanto a forma.

Nariz: De perfil que oscila entre rectilíneo y cóncavo acercándose a las formas anchas en la base.

Tipología: El tipo constitucional más frecuente entre los chocoes observados es uno que oscila entre los llamados tipo muscular y respiratorio.

Aspecto General: Los chocoes son más gráciles en su aspecto físico que sus vecinos los Cuna. Su rostro es de contornos más uniformes y de relieves menos agudos; sus proporciones corporales, en especial las extremidades, carecen de la abrupta cortedad y acusada musculatura de los Cuna, siendo estos factores, en los Chocó, mas sinuosos y de aspecto más atlético.

DISCUSION DE LOS RESULTADOS

De la relación que antecede se notará que las descripciones generales coinciden con las de otros autores, las cuales no pasan de ser apreciaciones vagas y, es precisamente por ese carácter nada concreto que evitamos mayores comentarios y aguardaremos la oportunidad propicia para llevar a cabo una investigación más específica de estos caracteres.

Sin embargo, los resultados obtenidos de las mediciones cefálicas nos indican que en vista de la amplitud de variación que satisface el requerimiento de cubrir o incluir las clasificaciones cefálicas más importantes: de medidas de tendencia central que coinciden, con una diferencia no significativa: de una desviación o medida de

variación que cumple, con gran aproximación, con la condición de una distribución normal y con una probabilidad de 99.7% que la media calculada sea la del universo Chocó, debemos concluir que la muestra obtenida es muy confiable y por lo tanto, que la característica cefálica encontrada es representativa de la población Chocó, es decir, braquicéfalos limítrofes o fronterizos cuyo índice cefálico horizontal medio es de 81.7.

Este hallazgo nos ha causado sorpresa ya que, por ser descendientes de los sudasiáticos y mongoloides de la tercera corriente migratoria según S. Canals Frau, esperaríamos que fuesen más braquioides. Esta sorpresa inicial se acentuó cuando, durante la realización de las medidas, notamos un aplanamiento brusco en la región occipital de los sujetos. Relacionamos esta característica con el hecho de que duermen sobre almohadas de madera cuya dureza varía desde la relativamente blanda balsa o balso hasta el más duro caobo. De ser ello así, el índice cefálico al natural deberá caer marcadamente dentro de la clasificación mesocéfala de Retzius.

Sería interesante realizar una investigación estadística para comprobar, por medio de la medición de niños, si esta hipótesis explicatoria de la braquicefalia limítrofe de los Chocoes, es cierta.

RESUMEN

- 1.—Se llevó a cabo una exploración de hechos antropofísicos entre los chocoes de Panamá.
- 2.—Los resultados obtenidos son todos de carácter general y se toman como meros indicios de los rasgos físicos de los chocoes, salvo por el índice cefálico determinado con precisión.
- 3.—El índice cefálico horizontal medio de la población chocó se determinó con 81.7.
- 4.—La estatura media del grupo se calculó en 148.5 cm. Siendo una medida de mayor variabilidad que la del índice cefálico.
- 5.—El índice cefálico presenta interrogantes de interés debido a su localización limítrofe con la mesocefalia. se formuló la hipótesis tentativa de este hecho, como causado por las almohadas de madera en que duermen los indígenas, ya que se notó un aplanamiento brusco en la región occipital de los sujetos medidos.
- 6.—Se sugirió un plan para su comprobación.